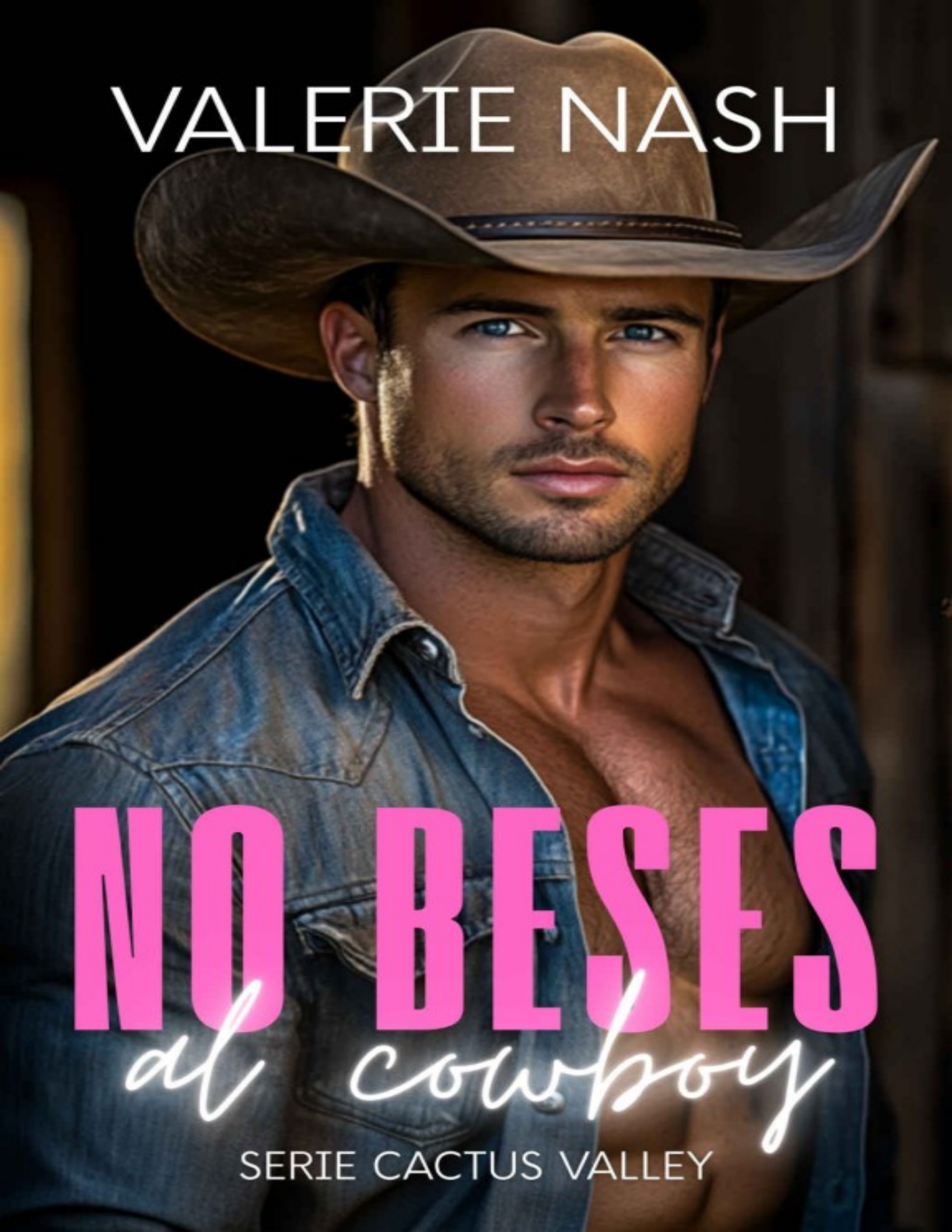

VALERIE NASH
NO BESES
al cowboy
SERIE CACTUS VALLEY

Índice

No beses al cowboy
Sinopsis
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Nota de la autora
Mis otras novelas

No beses al cowboy

Serie Cactus Valley, 1

VALERIE NASH

Sinopsis

No beses al cowboy

Una comedia romántica con cowboy, chica curvy, relación falsa, proximidad forzada y segunda oportunidad

Una chica curvy. Un cowboy irresistible. Y un plan que no puede salir bien… ¿o sí?

Emma Jenkins vuelve a Cactus Valley para asistir a **la boda de su ex**. Sí, *esa* boda. La del hombre que la dejó con un mensaje de voz. Lo último que necesita es ir sola, con cara de «yo estoy fenomenal» y soportar a las **arpías del pueblo criticándole el vestido, el culo o la vida**. Así que hace lo más sensato… o no: **le pide a Nate que finja ser su pareja**.

Nate Russell, el **cowboy** de mandíbula apretada, brazos de escándalo y boca deseable. El que siempre ha estado ahí, pero que nunca ha sido suyo.

Fingir que están enamorados parece fácil. Hasta que **se besan**. Hasta que **duermen juntos**. Hasta que ya no saben **qué parte es mentira** y cuál no lo ha sido nunca.

Divertida, sexy, emocional y adictiva. Una historia de segundas oportunidades, cowboys que besan como si fuera la última vez… y chicas que aprenden a quererse.

© Valerie Nash, 2025.

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

Prólogo
Emma

La manta pica. Es una de esas que se usan para los caballos, gruesa y vieja, con olor a polvo y a cualquier otra cosa no demasiado limpia, aunque eso me da igual, porque la tenemos extendida sobre la hierba y, en este momento, me parece el lugar más perfecto del mundo.

Tengo las manos entrelazadas sobre el vientre, el pelo esparcido por la manta y una sonrisa en los labios. Además, esta noche, el cielo de Cactus Valley está tan limpio que casi duele mirarlo. Es una cúpula oscura salpicada de estrellas que titilan como si supieran algo que de lo que yo aún no tengo ni idea. A mi lado, está Nate que respira con la boca entreabierta, mientras mueve una ramita seca entre los dientes, como si fuera un vaquero de esos que salen en las películas. Estar así con él me hace sonreír, aunque no lo mire. Lo conozco tan bien que ni siquiera necesito girar la cabeza para saber que está con los párpados entornados, tranquilo y feliz.

—Mira esa de ahí —me dice de pronto, señalando al cielo con un gesto perezoso—. ¿Será una estrella fugaz o un avión?

—Un ovni —contesto sin pensar, y suelto una risa bajita.

Él se ríe también ante mi respuesta y yo le imito. Me encanta cuando se ríe así, cuando me habla sin burlarse y cuando me mira como lo ha hecho esta tarde, mientras llenábamos los bebederos del rancho.

Esta noche he decidido que no voy a acobardarme y no voy a esconderme más detrás de frases neutras ni sonrisas torpes. Llevo tantos días ensayándolo frente al espejo que podría recitarlo dormida. Frases cortas, claras y sin rodeos como las que dicen las chicas valientes en las novelas y merecen una respuesta. Pero ahora, aquí, tumbada a su lado sobre esta manta áspera que huele a establo y a verano, con su brazo tan cerca que el calor de su piel

parece rozarme el costado, las palabras se me evaporan en la garganta.

Todo mi cuerpo está en tensión. Las yemas de los dedos me tiemblan contra la tela de mi vestido. Tengo la boca seca, el pecho a punto de estallar y una especie de corriente eléctrica me recorre las costillas, como si mi corazón, ese traidor, estuviera intentando traicionarme con cada latido. Late tan fuerte, tan rápido y alto… que me da miedo que lo escuche y descubra lo que llevo callando desde que empecé a sentir que su sonrisa no era la de un amigo.

—¿Tú crees que las estrellas se acuerdan de lo que ven? —le pregunto, fingiendo que no me importa la respuesta.

Él se incorpora un poco y apoya los codos sobre la manta.

—¿Cómo qué?

—No sé… besos, promesas, secretos... Todo lo que la gente hace cuando piensa que nadie está mirando.

Nate me observa, ladea la cabeza como si estuviera intentando entender por qué he dicho eso y veo cómo se dibuja en su cara un gesto serio, aunque no deja de sonreír.

—Supongo que no. Las estrellas están muy lejos. —Se vuelve a tumbar—. Además, seguro que tienen cosas mejores que hacer.

Se queda en silencio, aunque yo no, porque yo sigo aquí pensando en besarle y en cómo sería que bajara un poco más su brazo y me agarrara la mano sin pedir permiso. También pienso en si sabría que mis labios tiemblan y si le parecerían bonitos o raros. Tengo catorce años y las ganas de que me vea como algo más que su compañera de juegos me muerden por dentro.

—Nate…

Solo decir su nombre me hace temblar.

—¿Qué? —me pregunta girándose hacia mí.

Me mira sin prisa, con sus ojos azul tan intenso, que hasta de noche parecen claros. En mi estómago, algo se enreda, pero trago saliva y me lanzo a decirle lo que hace tanto tiempo que deseo.

—¿Tú… alguna vez te has enamorado? —le pregunto bajito.

Lo noto encogerse un poco como si mi pregunta le incomodara. Se incorpora de nuevo, se quita la ramita de la boca y se pasa la mano por el pelo.

—¿Yo? —Suelta una carcajada suave—. No sé, supongo que sí.

—¿De quién? —me atrevo a preguntarle casi sin voz, con miedo a que su respuesta pudiera hacerme daño.

—Bueno… —Hace una pausa larga, demasiado larga—. Kimberly está buenísima. ¿Has visto cómo se le marca el culo cuando juega al vóley?

Me río. No sé muy bien cómo lo hago, pero lo hago y me obligo a sacar la mejor de mis sonrisas. La que he perfeccionado para que nadie vea cuando se me rompe algo por dentro. Porque eso es lo que me acaba de pasar: se me ha roto algo muy pequeño y silencioso, pero se ha hecho añicos.

—Sí —digo, con una risa que suena como si no me importara—. Kimberly es guapa.

Nate no lo nota, porque él nunca nota nada y vuelve a tumbarse, con las manos tras la cabeza, y sigue mirando el cielo estrellado como si ahí arriba sobre nuestras cabezas estuvieran las respuestas a todo. Yo me quedo quieta, sin atreverme a volver a hablar. Miro las estrellas y, por dentro, repito las palabras que no me he atrevido a decir, ni diré nunca.

Esta noche aprendo que no basta con querer, porque algunas personas no te ven, aunque estés justo al lado.

Durante todos estos años, nunca he logrado olvidar esa noche, ni cómo me sentí.

Capítulo 1
Emma

Intento no dejarme las muñecas mientras cargo con las bolsas del súper y subo los dos tramos de escaleras hasta el apartamento. La del detergente pesa como si llevara dentro un ladrillo, pero no voy a quejarme o, al menos, no lo voy a hacer en voz alta. Porque si empiezo, no paro. Además, hoy ha sido uno de esos días interminables en la biblioteca, en los que el aire acondicionado se ha quedado realmente corto, los adolescentes han gritado como si no existiera la palabra «susurro» en su vocabulario y una señora se ha pasado más de una hora preguntándome por novelas románticas «sin sexo ni drama». La verdad es que me ha costado no ofrecerle la sección de autoayuda.

Hace tiempo que dejé de creer que lo mío es vocacional. La biblioteca tiene sus momentos bonitos, sí, pero la fantasía de vivir entre libros pierde encanto cuando te pasas las tardes quitando marcas de dedos pringosos de las portadas e intentando poner solución al infinito caos que puebla cada una de las estanterías de todas las secciones de la biblioteca. Así que lo único que deseo ahora mismo es llegar a casa y darme un baño largo, muy largo, con espuma, velas y la bomba efervescente de baño con olor a vainilla que compré para una ocasión especial que, francamente, nunca ha llegado, así que hoy es un buen día para usarla.

Después de mi baño quiero cenar sin tener que cocinar, por lo que, probablemente, comeré helado directamente del envase, mientras vea una serie de esas que consigan hacerme reír sin necesidad de pensar demasiado. Algo donde nadie sufra, ni muera y, sobre todo, ni se enamore sin que le correspondan.

Apoyo el hombro contra la puerta del portal para empujarla y noto el frescor del recibidor colarse por el cuello de mi blusa. Me alivia y me recuerda que ya casi he llegado. Cojo el correo de la

bandeja de entrada de un manotazo y veo que la mayoría son revistas, publicidad de restaurantes de comida a domicilio, un catálogo de una tienda de ropa de talla grande de la que soy clienta VIP y… un sobre de color beige satinado y con mi nombre escrito en tinta negra.

Me quedo quieta, dejo las bolsas del super, el bolso colgando de un dedo y el corazón dándome un pequeño aviso de parada cardiaca en el pecho. Al primer vistazo, reconozco de dónde viene ese sobre sin necesidad de leer el remite. El tipo de papel, la caligrafía y esa elegancia empalagosa, como si alguien hubiera querido dejar claro que tiene dinero, buen gusto, tradición, poder y un apellido que no se ve a simple vista, pero lo intuyo: Holloway.

Trago saliva y, durante un segundo, me quedo tan inmóvil que se me clava el asa del bolso en el dedo. Después, lo abro y lo confirmo: efectivamente es una invitación a una boda, pero lo peor de todo es que es la boda de Austin Holloway con *doña perfecta*, alguien que sí encaja en ese mundo, en *su* mundo y en el de la *super familia* del juez de paz de Cactus Valley, el padre de Austin, para quien nunca fui suficiente.

El sobre tiembla en mi mano. Pero no lo dejo caer, ni lo rompo. Lo vuelvo a guardar, con una calma que no siento, entre el montón de propaganda. Cojo las bolsas del supermercado, que esperan junto a mis pies medio desparramadas a mi alrededor y llego a mi apartamento sin mirar atrás. Porque si lo hago, quizá no pueda mantener esta dignidad fingida ni un minuto más.

Cuando abro la puerta de mi casa me encuentro con Chloe, mi hermana pequeña y compañera de piso, que está sentada en el sofá con las piernas cruzadas sobre el cojín, el portátil apoyado en las rodillas y una mascarilla de arcilla verde cubriéndole la cara como si fuera una rana zen. Tiene el pelo recogido en una especie de moño caótico y lleva puesta una camiseta del revés, algo que probablemente no sabe o, directamente, no le importa lo más mínimo.

—¿Has comprado helado? —quiere saber solo al oír que abro la puerta de entrada y sin apartar la vista de la pantalla.

—No.

—¿En serio? —me pregunta con tono de desánimo.

—En serio —sentencio.

Dejo las bolsas en la encimera de la cocina y suelto un hondo resoplido, como si acabara de volver de la guerra. Me descalzo, me quito el sujetador por debajo de la blusa, con la técnica secreta que sólo las que estamos hartas de todo dominamos a la perfección y lo cuelgo del pomo de la puerta. Chloe ni parpadea mientras lo hago.

—¿Qué es esto? —pregunta en cuanto ve el sobre beige que dejo junto al microondas y lo toma con dos dedos, como si quemara.

—Ábrelo —le respondo encogiéndome de hombros.

Ella me mira por encima del portátil, arqueando una ceja y, sin decir nada, agarra el sobre y saca la invitación. La lee en silencio, vuelve a mirar el papel y luego me mira a mí de nuevo.

—¿Estamos de coña?

—Ojalá.

Chloe se quita la mascarilla de un tirón, aunque se le queda un trozo pegado en la barbilla, pero no muestra ni el más mínimo interés por quitárselo en este momento.

—¿Qué clase de psicópata te manda una invitación a su boda después de dejarte colgada delante de medio pueblo?

—Solo a Austin Holloway.

—Ah, claro. Tiene todo el sentido del mundo. —Alza la voz como si estuviera hablando con él—. ¡Hola, soy Austin y además de ser un gilipollas integral, soy también tan egocéntrico que creo que a mi ex le va a encantar ver cómo me caso con una *influencer* de pacotilla en el altar de la iglesia de Cactus Valley, donde todos nos conocen y nos veneran!

—No es en una iglesia. Es en el campo de su padre al aire libre y con vistas al valle. Ya sabes, una boda de día tejana, con barbacoa y banda en directo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque la invitación es un tríptico con fotos.

—No. —Chloe vuelve a desplegar el papel—. No… no me lo puedo creer. ¿Han impreso fotos suyas en la invitación?

—Sí, y un mapa. ¡Ah! Hasta un código QR para confirmar asistencia y un mensaje de los padres.

—Pero ¿qué es esto? ¿Una boda o una campaña política?

—Conociendo al juez Holloway…

Me apoyo en la nevera y dejo caer la cabeza contra el metal frío. Chloe sigue leyendo en voz alta fragmentos de la invitación con un tono que roza el histrionismo, mientras yo la escucho con los ojos cerrados:

—«Nos complace invitarle a compartir con nosotros este día tan especial en la vida de nuestros hijos…».

—Lo firmaron los cuatro. Austin, la futura *señora* Holloway y los padres de ambos.

—¡Qué fantasía! ¿Y qué vas a hacer? No vas a ir, ¿no? —quiere saber abriendo mucho los ojos y justo en ese momento se le cae el trozo de mascarilla de arcilla verde que le quedaba en la barbilla.

—Claro que voy a ir. —La miro con una mezcla de rabia y orgullo que no consigo disimular—. No voy a quedarme en casa como una cobarde mientras todo el pueblo cuchichea que sigo colgada por él o que no me atrevo a mirarlos a la cara.

—Vale. Me parece estupendo. Pero no pretenderás ir sola, ¿verdad? —insiste sin el menor interés de recoger el trozo de arcilla estrellado sobre las baldosas del suelo de la cocina.

—Por supuesto que no. —Respiro hondo—. Necesito un acompañante.

—Uno que te quede bien con el espectacular vestido que elijas para la ocasión, que sepa manejar miradas asesinas y que tenga un trasero digno de ser admirado por los invitados.

—Exacto.

Chloe se estira como un gato y empieza a enumerar nombres.

—Podrías llevar a Adam, el de la biblioteca. Tiene pinta de necesitar una excusa para beber gratis.

—Tiene pareja y de las serias.

—Pues Ben, el del gimnasio.

—Me da miedo que se saque la camiseta a mitad de la boda en un intento de enseñar sus músculos con cualquier excusa —le suelto a Chloe que lanza una carcajada al escucharme.

—Cierto. Aunque eso haría que la novia se atragantara con el cóctel.

—Eso no sería suficiente para compensar el bochorno.

Mi hermana me observa y se muerde el labio, pensativa.

—¿Sabes quién estaría encantado de ir contigo? —dice Chloe mientras se mete una cucharada de yogur de coco de medio litro en la boca y me clava la mirada por encima del borde.

—No empieces.

—Nate Russell.

El nombre flota entre nosotras como una ráfaga inesperada que me revuelve el estómago. Me descruzo de brazos con intención de ordenar los cojines, aunque no estén desordenados, pero necesito moverme y hacer cualquier cosa que no sea pensar en lo que acaba de decir.

—Ni loca.

—Te lo digo en serio.

—Pues suéltame otra barbaridad en broma, porque eso que has dicho no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Por qué no? —Chloe se encoge de hombros y se mete otra cucharada de yogur—. Siempre os habéis llevado bien. Además, es guapo, es del pueblo y, lo más importante… tiene ese aire de vaquero rebelde y buenorro, que hace que todo lo demás cobre sentido.

—No va a querer. —Recojo una manta del respaldo y la doblo sin mirarla—. Hace siglos que no hablamos de verdad.

—¿Siglos o meses?

—Siglos.

—Te escribe en Navidad.

—Eso no cuenta.

—Claro que cuenta. Nadie manda mensajes de «Felices fiestas» a alguien que le da igual.

—¿Tú sí?

—No, yo los ignoro todos. Por eso tengo autoridad moral para juzgar a los que sí lo hacen.

Me giro hacia ella y me mira como si tuviera un as bajo la manga y estuviera deseando jugarlo. Conozco de sobra esa expresión y sé que la usa cada vez que está a punto de proponerme una locura, que acaba siendo peor de lo que parecía. Pero también es la misma que pone cuando acierta.

—No va a querer —repito, aunque esta vez lo hago más flojo.

—Llámale.

—No.

—Mándale un audio.

—Ni hablar.

—Hazlo en plan casual. Dile que necesitas un favor, uno rápido… Además, déjale claro que no tiene que implicar compromiso emocional ni pacto de sangre.

—¿Y si dice que no?

—Pues entonces seguimos buscando. Pero si dice que sí… imagina sus caras cuando entres cogida de su brazo.

Chloe sonríe. No lo dice con malicia. Lo dice como quien te da una llave y te deja decidir si quieres abrir la puerta o no. Yo me dejo caer en el sofá, con la invitación todavía en la mano. Miro las letras, los detalles dorados, la foto de Austin y su prometida sonriendo como si el mundo girara solo para ellos y noto cómo me arde algo en el pecho.

—Tú solo quieres que monte un escándalo.

—Yo solo quiero que nadie se atreva a compadecerte.

Y eso me toca algo por dentro, porque tiene razón.

Si hay algo peor que ver a tu ex casarse con alguien como si tú nunca hubieras existido, es que encima te miren con lástima. Como si fueras la que se quedó atrás, porque nunca fui suficiente para Austin.

A lo mejor, en este momento, no necesito que Nate diga que sí, sino tener el valor de preguntarle.

Capítulo 2
Nate

El calor aprieta tanto que parece que la camiseta se me ha fundido a la piel. Me la quito de un tirón y la dejo colgada en la viga del corral mientras me paso el antebrazo por la frente. El sudor me baja por la espalda como un río terco que no tiene intención de secarse hasta que caiga el sol. Llevo desde las siete dándole al cuerpo, y el ganado no se mueve solo por mucha palabrería que le sueltes.

—¿Esa vaca ha sacado la lengua o soy yo que empiezo a ver visiones? —me suelta Boone desde el otro lado del cercado, con la voz ronca de tanto tragar polvo.

—Te ha sacado algo más que la lengua —respondo, medio riendo—. Esa te tiene calado desde hace semanas.

Boone niega, pero se le escapa una sonrisa bajo la sombra del sombrero. Tiene la cara tan seria que siempre parece que está planeando su testamento, pero cuando se ríe, hasta las vacas lo notan. Hoy hemos tenido que cargar pacas, revisar una cerca medio rota y lidiar con una ternera que ha decidido nacer con las patas por delante. Todo normal en este infierno de tierra seca, estiércol y cuero viejo.

—Dile a tu madre que el pan de ayer estaba espectacular —dice Boone mientras recoge la cuerda.

—Se lo diré cuando consiga pillarla sentada —respondo—. Lleva la semana entera metida en la cocina como si fuese a presentarse a un concurso estatal de cocina.

—Pues que se presente. Yo votaría por ella.

Lanzo el lazo por encima del poste, echo el cuerpo hacia atrás para estirar la espalda y escucho cómo me crujen los hombros. Me siento en el suelo, en una zona en la que hay un poco de sombra, pero es suficiente para refrescarme un rato mientras descanso. Huelo a sudor, a cuero, a heno y a caballo. Pero también a

tierra caliente, a lo de siempre, a todo eso que hace que no me imagine en otro lugar.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón y lo enciendo. Tengo varias llamadas perdidas, aunque ninguna urgente y también algún mensaje. Reviso mi móvil por costumbre y sin ganas, hasta que veo un nombre entre las llamadas perdidas que no esperaba: Emma.

Ver esas cuatro letras en la pantalla de mi teléfono hace que algo se me remueva en el pecho. Hace meses que no hablamos de verdad. A veces intercambiamos mensajes por nuestros cumpleaños o un par de memes absurdos, pero nada serio.

Cuando más embobado estoy mirando lo que aparece en mi móvil, Boone me lanza un silbido y acto seguido me tira una botella de agua desde el remolque.

—Gracias, tío —le digo justo antes de abrirla y bebérmela de golpe.

Cuando acabo de beber, me seco de nuevo el sudor con el antebrazo y miro al cielo azul y vacío de nubes. El sol pega en lo alto, y tengo la sensación de que va a ser un día más largo de lo que creía. Sobre todo, ahora que sé que Emma ha llamado.

Cuando acabo la jornada y regreso a casa, pero antes de acercarme al porche, saco el móvil de mi bolsillo. Al encenderlo, veo que tengo otra llamada de Emma y también un mensaje de voz. Llamo al buzón de voz y ahí está ella y su dulce voz.

—Hola… soy yo, Emma.

La forma en que lo dice me arranca una media sonrisa. Suena como si no estuviera segura de que todavía tenga su número guardado. Claro que lo tengo, evidentemente, y no porque sea de los que se olvidan de borrar cosas, sino porque nunca he querido hacerlo.

—Sé que hace mucho que no hablamos —continúa—, pero me preguntaba si… bueno, si estarías dispuesto a hacerme un favor un poco fuera de lo común.

Hace una pausa larga antes de seguir, como si dudara de su propio atrevimiento.

—Nada grave…Pero quería decirte que… Solo necesito que finjas ser mi novio durante un par de días. Para una boda.

La de Austin, su ex. No hace falta que lo diga. Lo sé, cómo no saberlo viviendo en Cactus Valley.

Sigo escuchando. Hay un roce de fondo, un sonido leve que me hace imaginarla paseando de un lado a otro nerviosa. La imagino mordiéndose la uña del pulgar con ese gesto suyo tan de ella, tan Emma.

—No me mates —dice—. Pero creo que podría funcionar. Tú eres… tú… Y nadie lo sospecharía. Además, no tendrías que hacer nada raro. Solo acompañarme y sonreír. Ya sabes… Ser encantador. Lo de siempre.

El mensaje termina. Y me deja ahí, en medio del polvo y el calor, con el móvil pegado a la oreja y esa vocecita interior que me dice que, si acepto, estoy perdido.

Pero entonces me río, porque tengo muy claro que voy a aceptar. Así que, sin pensármelo ni un instante, marco su número y espero a que coja la llamada.

—¿Has oído el mensaje? —responde sin ni siquiera saludarme. Como si estuviera segura de que soy yo.

—He oído que me estás pidiendo que me convierta en tu novio de mentira durante la boda de tu ex. ¿Lo he entendido bien?

—Lo has clavado.

—¿Incluye cogerte de la mano y hacer de galán frente a los cotillas del pueblo?

—Solo si no me pisas el vestido.

—¿Y si me vengo arriba?

—Entonces te tocará invitarme a un whisky.

—Me estás tentando.

Me recuesto contra la rueda del remolque. El sol ya ha empezado a inclinarse, pero el calor no se va y la idea de acompañarla me parece tan absurda como inevitable.

—Vale. Acepto, pero con una condición.

—Uy, miedo me das.

—Vas a participar en la subasta benéfica del rodeo.

Silencio.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente.

—¿Con público? ¿Y gritando cosas como «doce dólares por el cowboy»?

—Con botas, falda y, si te animas, sombrero.

—Te odio.

—Tú me has llamado.

Tarda unos segundos, pero luego suelta un suspiro.

—Hecho.

—Perfecto.

—Esto es una locura —me suelta con una risa tímida.

—Es tu locura. Yo solo me apunto.

Cuelgo antes de que se arrepienta o diga algo que me obligue a tomarme esto más en serio de lo que ya me lo estoy tomando.

La pantalla del móvil se apaga y se queda negra. Pero su voz sigue ahí, dentro como si se hubiera colado en algún rincón de mi cabeza que no sabía que seguía abierto.

Emma Jenkins me ha pedido que finja ser su novio. Eso ya es una locura en sí misma, pero lo verdaderamente insólito es que me lo haya pedido a mí. De entre todos, a mí. Y no porque no tenga donde elegir, que las opciones las tendrá, sino porque Emma nunca ha sido de tirar de mí para sus batallas. Siempre lo ha hecho todo sola, incluso cuando no tocaba.

Regreso caminando de nuevo hasta el establo y dejo el móvil sobre el banco de trabajo y me quedo de pie un momento. Los caballos mastican heno en sus cuadras, tranquilos. Fuera, Boone ha arrancado el tractor. Hay polvo flotando en el aire y, sin embargo, todo parece extrañamente en pausa, como si algo se hubiera torcido sin romperse del todo.

Recuerdo cómo era de cría. Callada, lista y con esas pecas diminutas sobre la nariz, que siempre se dejaban ver más en verano. Y esa manía de apuntarlo todo en una libreta vieja que llevaba a todas partes. Frases, cosas que le pasaban, ideas que se le ocurrían… Siempre la veía escribir con el ceño fruncido, como si el mundo no fuera lo bastante exacto y ella tuviera que corregirlo. Y

ahora me ha llamado para esto, para fingir. Aunque lo que se me revuelve dentro no tiene nada de fingido.

Cojo un cubo de agua y lo vacío en el bebedero sin mirar. El metal suena como una campana apagada. Me apoyo en la madera y cierro los ojos. Emma. Joder. Hace años que no me pide nada. Hace años que nos perdimos un poco. Que lo dejamos estar. Y ahora, de golpe, quiere que vayamos a una boda juntos, que pongamos cara de ser felices juntos, que le pongamos cuernos simbólicos a un gilipollas con apellido grande y conciencia de estatua.

Y yo a ir, claro que voy a ir, porque he escuchado algo en su voz que no he oído nunca. Una mezcla entre orgullo y vértigo, como si bajara la guardia durante un segundo y ese segundo… me ha bastado.

No sé si esto es una oportunidad para algo más, ni si ella lo ha pensado así. Pero yo sí. Aunque sea por el gusto de volver a verla de cerca y de decirle que sí antes de que vuelva a levantar sus murallas para protegerse de mí. Aunque sea por la posibilidad remota, absurda y peligrosa de que esta vez no tenga que escribirlo en una libreta, sino mirarme a los ojos mientras sucede. Además, si tengo que fingir que soy su novio, más me vale hacerlo tan bien que se pregunte si alguna vez dejé de querer serlo.

Capítulo 3
Emma

Nunca había pensado que una curva en la carretera pudiera doler, pero esta que lleva al valle, con el cartel oxidado que da la bienvenida a Cactus Valley y las mismas casas de madera asomando tras la gasolinera, consigue que se me haga un nudo en el estómago. Es esa clase de dolor que no escuece de golpe, sino que se va instalando poco a poco en medio del pecho, en la boca del estómago y en el cuello, cuando me doy cuenta de que estoy apretando la mandíbula desde hace un rato.

Apago la radio, porque no soporto escuchar ni una canción más que hable de segundas oportunidades, ni de caminos de vuelta, ni de amores que lo cambian todo. Ya tengo bastante con intentar convencerme de que esto es solo una visita, un pequeño paréntesis en mi vida o un teatrillo que terminará cuando la boda de Austin haya pasado y pueda volver a la ciudad con mi dignidad intacta y el corazón más o menos en su sitio.

El apartamento temporal que he alquilado está justo donde decía el anuncio: a tres calles de la plaza del pueblo, al lado del taller mecánico y con vistas a un descampado que ahora mismo tiene más coches oxidados que yerba. El edificio no es bonito ni acogedor, pero tiene agua caliente y una cama decente. Ahora mismo, no necesito más.

Dejo la maleta en el suelo, todavía cerrada, y me siento en el borde del colchón. El cuarto huele a pintura barata y a ambientador de manzana. Me da igual, así que no lo pienso demasiado, me saco los zapatos y me tumbo un momento. Miro al techo blanco e irregular. Y no sé por qué, pero lo primero que hago después es escribir a Nate.

Emma:

Ya he llegado.
Estoy en el apartamento.

Tardo en pulsar enviar y cuando lo hago, me quedo mirando la pantalla, como si él pudiera notar desde el otro lado que tengo las manos frías. Me contesta rápido, mucho más de lo que esperaba.

Nate:
Pásate por el rancho si te apetece.
Hace demasiado que no nos vemos.

Respiro hondo y me incorporo de la cama. Me pongo de pie y me miro en el espejo del armario. Me recojo el pelo con una goma y noto que el pulso no me tiembla, pero no es porque esté tranquila sino porque estoy concentrada en no parecer insegura y en recordar que esto es solo parte del trato. Que si vamos a fingir que estamos juntos, será mejor que empiece a acostumbrarme a verle y a estar cerca de él sin parecer que me falta el aire.

Me cambio la blusa por una sin mangas y me echo un poco de colonia en las muñecas. Pero no por él. Me lo repito varias veces para creérmelo.

—No por él —me repito mirándome al espejo.

El rancho Russell está exactamente como lo recordaba. O quizá soy yo la que no ha cambiado lo suficiente como para notarlo distinto. La valla de madera, el camino de tierra, el crujido del porche, el calor asfixiante... Todo sigue igual, menos yo.

Cuando me bajo del coche, me late el pecho como si hubiera subido corriendo una colina. Camino despacio, porque no quiero parecer que huyo de algo, aunque tampoco me sale caminar con soltura. Justo en ese momento, veo a Nate apoyado en el travesaño de la puerta del establo, con el sombrero calado, la camisa remangada hasta los codos y una expresión en la cara que no necesita hacer mucho para llamar la atención. No sonríe del todo, pero su boca se curva y sus ojos me recorren de arriba abajo.

—Así que has vuelto —me dice cuando estoy lo suficientemente cerca como para escucharlo.

Trago saliva y me acerco un poco más a él.

—No era el plan, pero aquí estoy —le respondo encogiéndome de hombros.

—¿Y qué tal te ha recibido Cactus Valley?

—El apartamento huele a manzana química y tiene vistas a un cementerio de coches. Así que estupendo.

Él suelta una risa baja y áspera, que me llega al centro del pecho.

—Ven, en el granero se está fresco y tengo algo frío en la nevera.

Lo sigo, porque ya no sé si esto es el principio del plan… o de algo que nunca se acabó del todo entre él y yo.

La puerta del granero se abre con un crujido agudo, que parece una carcajada vieja. En el interior se está más fresco que fuera. Me muevo con cuidado, como si estuviera entrando en un recuerdo que todavía no sé si me duele. Nate se adelanta unos pasos por delante de mí. Se quita el sombrero con una mano y abre una pequeña nevera, que hay junto al banco de herramientas. Saca dos botellas y me lanza una, que solo con tocarla sé que está muy fresca. Se lo agradezco y me la llevo al cuello antes de abrirla.

—No recordaba que tu granero tuviera aire acondicionado —bromeo.

—Es un modelo antiguo. Funciona a base de sombra y cerveza.

Doy un trago a mi botella y Nate lo mismo, pero no aparta la mirada de mí. Su forma de mirarme sin decir nada me enciende algo por dentro. Parece como si me analizara y supiera que estoy fingiendo que estoy tranquila.

—Estás distinta —me dice por fin.

—¿Sí? ¿Más vieja?

—Más… —Se encoge de hombros—. No sé... Más tú.

Me río, aunque no de forma demasiado natural. Apoyo la espalda en uno de los postes de madera y me cruzo de brazos para observarlo desde ahí. Lleva la camisa arremangada y las botas llenas

de polvo. Tiene el pelo más largo que la última vez y más desordenado, pero sigue siendo el mismo de hace años. El que me rompió sin querer y el mismo que me gustaba sin que se diera cuenta.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Sigues ligando con todas las forasteras que vienen a montar a caballo?

—Depende. ¿Tú vas a montarte en uno?

—Lo estoy valorando.

Nos miramos y ambos sabemos que esta es una tregua disfrazada de broma. Pero los dos tenemos la certeza de que hay cosas entre nosotros que no se han dicho y que siguen ahí, como el polvo que no se barre por muchas veces que se pase la escoba.

Me acerco al banco donde ha dejado el sombrero y lo toco con la yema de los dedos.

—Siempre llevabas este sombrero —le digo.

—Y tú siempre llevabas esa libreta.

Me giro y veo que me está mirando de frente y con la intensidad justa para descolocarme. De repente, vuelvo a tener catorce años y a estar tumbada en la manta de cuadros, con el cielo sobre nosotros y la garganta llena de palabras que no me atreví a soltar.

—¿Te acuerdas? —le pregunto en voz baja.

—De todo. —Su respuesta es rápida y sincera.

Y, en este instante, el granero se convierte en aquel campo. Y él ya no es solo Nate, el del rancho, el de las bromas y los brazos fuertes, sino también el chico que me escuchaba hablar de las estrellas sin reírse. Pero también es el mismo que no supo ver lo que yo no supe decirle y que en este momento me mira como si sí lo viera.

No digo nada más, porque tampoco hace falta. Lo que estamos haciendo ahora es otra forma de hablar, más torpe quizá, pero igual de real.

Él se apoya en el banco y me pasa otra botella abierta. Al cogerla, mis dedos rozan los suyos. A pesar de que nuestro contacto es breve, también es eléctrico.

—¿Preparada para el numerito? —quiere saber con una media sonrisa.

—¿Te refieres a la boda o a fingir que me aguantas?

—A lo primero. Lo segundo ya lo hice durante años.

—Y yo a ti.

—Entonces estamos en paz.

Brindamos nuestras botellas que chocan sin hacer apenas ruido y me doy cuenta de que somos dos personas que vuelven a empezar sin admitir que están empezando algo, aunque sea mentira y solo por unos días.

Capítulo 4
Nate

En este pueblo todo el mundo se prepara para la fiesta previa a la boda de Austin como si fuera la última del calendario. Aunque sepan que dentro de dos semanas habrá otra igual. El mismo ruido, la misma carne a la brasa, las mismas banderitas colgadas entre los faroles y la misma señora del comité organizador mandando más que el alcalde. La plaza está decorada como una postal de esas que venden en las gasolineras: luces de colores de lado a lado, manteles de cuadros blancos y rojos sobre mesas, olor a costillas ahumadas, a cerveza y a pastel de melocotón recién salido del horno.

Boone está apoyado en el barril que han convertido en barra. Lleva una cerveza en la mano y la expresión de tipo que preferiría estar en su rancho reflejada en su gesto. Le hago una seña desde lejos, pero no me acerco. Estoy esperando algo que no quiero reconocer y que sé que va a cambiar el ambiente de esta fiesta en cuanto ocurra. Y ocurre…

La veo cruzar el arco de luces que da entrada a la plaza como si lo hiciera a cámara lenta. Lleva un vestido que no enseña nada escandaloso, pero que deja claro que su cuerpo no es el mismo que el de la muchacha que se fue de Cactus Valley hace unos años después de romper con Austin Le ciñe la cintura y le acaricia las piernas cuando camina. Lleva el pelo recogido sin complicaciones y la mirada alerta. Camina de una forma que mezcla nervios con orgullo, como si se hubiera obligado a estar aquí y estuviera dispuesta a tragarse lo que hiciera falta con tal de no dar un paso atrás.

Mientras la observo, noto que se me encoge algo en el pecho, aunque no es nada nuevo para mí, Emma siempre ha tenido ese efecto en mí. No obstante, esta vez percibo algo distinto en ella, como si llevara encima una declaración de guerra que aún no ha

pronunciado. Por lo que parece no soy el único que lo ve, porque cuando se giran algunas cabezas a su paso. También observo cómo la miran de arriba abajo dos vecinas del pueblo que están cerca de la fuente. Una de ellas susurra algo al oído de la otra.

Me acerco hasta Emma abriéndome paso entre la gente con una seguridad que no sé si tengo o si finjo, pero me da igual. Cuando estoy a su lado, sin un ápice de duda, la rodeo con el brazo por la cintura. Al hacerlo noto cómo se tensa un poco. Por lo que parece su cuerpo no se esperaba ese contacto. Me inclino hasta que mi boca queda a la altura de su oído.

—Más te vale sonreír. Myrna nos está mirando y tiene el móvil en la mano.

—¿Nos está grabando?

—Me juego la cabeza…

—Pues qué suerte que me he puesto pintalabios.

Me río de forma sincera al escucharla y le paso un whisky con hielo.

—¿Y esto?

—Para que te parezca menos terrible fingir que estás colgada por mí.

—No estoy fingiendo —suelta de forma totalmente imprevista para mí.

Levanto una ceja y, en ese mismo momento, se da cuenta de lo que ha dicho e intenta disimularlo rápido con una sonrisa, pero la frase ya ha salido de sus labios y yo ya la he oído.

Avanzamos entre la gente como si fuéramos pareja. Algunos nos saludan a nuestro paso y otros cuchichean. Austin no está en la plaza aún, pero su padre, el juez de paz de Cactus Valley, sí. Está junto a la fuente, con un vaso de plástico en la mano y una chaqueta de lino. Nos mira y aprovecho para mantenerle la mirada, mientras me acerco más a Emma y le doy un beso lento en la mejilla. No es un beso casto, pero tampoco íntimo.

Se queda quieta, sin moverse ni un milímetro, pero tampoco se aparta, y justo cuando parece que va a decir algo, se le escapa una sonrisa que no tiene ni rastro de ser forzada. Me giro solo un instante para mirarla de verdad, para grabarme ese gesto

que no esperaba, y ahí noto, como un clic suave, silencioso, pero implacable, que cambia todo entre nosotros. No hace falta que diga nada para saber que ese gesto, el de su boca curvándose así, sin permiso y sin guion, no forma parte de este plan. Ni siquiera ella se lo cree.

Me separo un poco, apenas lo justo para que pueda respirar, pero sin alejarme del todo, porque no me apetece ni un poco soltarla, y le paso la mano por la espalda como si lo hubiera hecho toda la vida, con esa seguridad que da el tiempo compartido… o el deseo contenido. La conozco desde hace años, sí, pero ahora hay algo que no encaja como antes entre nosotros, algo que se ha movido dentro de mí y que hace que su cuerpo encaje distinto con el mío, más cerca, como si siempre hubiera estado hecho para ese lugar. No sé si soy yo el que ha cambiado o si es ella la que se ha vuelto nueva de repente, pero no importa, porque lo que siento es tan claro que no necesito entenderlo. Solo seguir ahí cerca de ella, tocándola como si por fin estuviera en el sitio correcto.

—Estás temblando —le murmuro, sin dejar de mirar al frente.

—Estoy helada, aunque hace un calor de muerte —contesta con la voz muy baja.

—Será el whisky —le suelto encogiéndome de hombros.

—O tú.

La miro de reojo y veo que tiene los ojos clavados en su vaso. Lo sujeta con más fuerza de la que hace falta, como si no supiera dónde poner las manos si no tiene algo que agarrar.

Myrna aparece en escena con un sombrero de paja con flores secas y una sonrisa que no promete nada bueno.

—Vaya, vaya… Qué pareja más inesperada. Aunque tengo que decir que hacéis buena pareja juntos.

Emma respira hondo y noto que se prepara algo educado y diplomático, pero me adelanto.

—Bueno, Myrna… Ya sabes lo que dicen. Las parejas falsas son las más peligrosas, porque nunca se sabe cuándo van a dejar de fingir.

Ella suelta una risa ahogada, mezcla de escándalo y fascinación. Emma me clava los dedos en la costilla disimuladamente, pero con ganas.

—Qué simpático estás esta noche —me suelta entre dientes.

—Estoy interpretando mi papel de novio encantador. ¿Lo estoy haciendo mal?

—Lo estás haciendo demasiado bien.

Levanto la ceja y le acerco el vaso para brindar.

—Por eso estamos aquí, ¿no? Para convencer a todos de que somos novios. Incluidos nosotros.

Chocamos los vasos y doy un sorbo a mi whisky y ella también. Pero no aparta la mirada de mí y eso es lo que me confirma que esto ya no es un juego o no solo eso. Esto se está convirtiendo en algo que ninguno de los dos ha previsto y que, si no lo frenamos, va a llevarnos a un sitio donde el teatro se quedará corto.

Y lo peor… o lo mejor, según cómo se mire, es que no tengo ganas de frenar nada. Ni ahora, ni más tarde.

Capítulo 5
Emma

La música suena fuerte y la plaza vibra con ese ritmo lento y machacón que tienen las bandas *country* cuando ya han superado varias rondas de cerveza. Los farolillos de papel tiemblan colgados de cuerda en cuerda y el olor a costillas ahumadas, a sudor y a ponche de melocotón caliente se mezcla con el perfume cargante de alguien que ha usado más colonia de la que exige una noche al aire libre. Tengo la sensación de que todo me queda grande: el ambiente, la risa impostada de algunos vecinos, la cantidad de veces que tengo que fingir que estoy disfrutando, que todo esto me da igual y que mi vestido no me aprieta en la cintura ni me sube hasta el pecho cada vez que alguien me mira como si no me correspondiera estar aquí.

Me he separado un momento de Nate para ir a por algo fresco, aunque lo he hecho más por tomarme un respiro que por sed. Él se ha quedado hablando con Boone junto a los barriles donde sirven la cerveza. Camino entre mesas desordenadas, sillas de metal, servilletas arrugadas y platos de cartón con restos de pastel y de carne. Una niña se me cruza corriendo con la cara llena de chocolate y una señora que no sé quién es me sonríe como si sí me recordara. Me fuerzo a devolverle el gesto mientras agarro un vaso de plástico con hielo y un líquido que espero que sea limonada. Justo en este momento aparece Whitney, la prometida de Austin. Va impecable con un vestido ajustado y sin una sola arruga, los labios de un rojo perfecto y las pestañas tan largas que parecen abanicos. Lleva una copa en la mano y una seguridad en la mirada que no se compra ni se improvisa.

—Emma —dice, con una sonrisa que podría afilar cuchillos.

—Whitney —respondo sin mover ni un músculo que no tenga que mover.

—Te veo... distinta. Supongo que el campo te sienta bien.

—O puede que me haya sentado mejor marcharme —le respondo con una sonrisa apretada. Sin embargo, ella no modifica nada de la suya, pero algo cambia en su mirada.

—Me alegro de que hayas venido. Las bodas son para todos. Incluso para las ex.

Tengo la sensación de que la fiesta se ha quedado en silencio. Solo soy capaz de oír el ruido del hielo en mi vaso y la respiración que se me vuelve un poco más superficial.

—Siempre he tenido buen gusto. No me las pierdo por nada del mundo —digo, sin apartar la mirada de la suya.

Whitney da un sorbo a su copa, aunque el labial no se le borra ni un poquito.

—Ese vestido... qué valiente. Yo no podría llevarlo con mis caderas.

La frase se clava como un puñal en medio de mi espalda, aunque trato de que no se note, por lo que solo levanto una ceja y sonrío. No voy a darle el gusto de que vea que sus palabras me hieren.

—Tú sabrás. Yo me lo he puesto porque me gusta.

Justo en ese instante, noto una mano firme en mi cintura y que me gira un poco hacia él. Huele a madera y a whisky. Es Nate con la camisa desabrochada hasta el segundo botón, las mangas subidas hasta el codo y caminando de una forma, que parece que no tiene prisa, aunque siempre llega a tiempo. Se para a nuestro lado y no dice nada durante unos segundos. Solo nos observa a ella, a mí y a la distancia que hay entre nosotras.

—Myrna nos está mirando —murmura muy cerca de mi oído —. Y Whitney también.

—Me había dado cuenta.

—Tú sonríe. Yo me encargo del resto.

Y sin decir nada más, se gira hacia Whitney, con una sonrisa que parece casual, pero que sé que no lo es en absoluto.

—Siempre es un placer verte ser tú misma, Whitney. Aunque, en un sitio como este, donde ya no sorprendes a nadie, debe de ser agotador seguir intentándolo.

—En cualquier caso —dice Whitney, como si no hubiera notado nada—, me alegra que no hayas venido sola, Emma. Se nota que tenéis… química.

Ahí es cuando Nate actúa. Me toma la mano con firmeza y sin soltarme, me acerca a él y me rodea con el brazo.

—La tenemos —responde con voz serena—. Y lo que no se nota también, pero tú eso no lo entenderías.

Un silencio cortante, que no dura mucho, pero lo suficiente como para que Whitney parpadee dos veces seguidas, más rápido de lo habitual. Su sonrisa permanece, pero algo en sus ojos se apaga. Me fijo bien en ese instante, porque es la primera vez que noto un resquicio en su muralla de seguridad y un leve temblor en su voz cuando se despide.

—Disfrutad de la noche.

Se gira con un movimiento medido y se aleja, dejando tras de sí una estela de colonia y orgullo herido. Yo me quedo quieta, con la mano atrapada en la de Nate y los latidos desordenados, como si hubiera estado aguantando la respiración demasiado tiempo. Nate me suelta despacio, quizá piensa que con eso puede aflojarme también los músculos solo con estar pegado a mí.

—Gracias —le susurro.

—No hay de qué. Pero si me vas a dejar solo cada vez que aparezca una arpía con pintalabios caro, al menos llévate una bengala para que te localice con facilidad.

Al escucharle, suelto una carcajada sincera por primera vez en toda la noche.

—Eres idiota.

—Pero funcional. ¡Mira cómo se ha largado!

Me coloco más cerca de él y me pregunto si este papel que estamos interpretando... no se está convirtiendo poco a poco en algo más real de lo que nos atrevemos a admitir.

La música vuelve a subir desde el escenario y las voces del fondo se reactivan como si alguien hubiera pulsado el *play* de una cinta. Un niño se ríe a carcajadas junto a la fuente, alguien choca una copa contra otra y la vida en la plaza continúa como si nada

hubiera pasado. Pero yo sí he cambiado de sitio, no en el espacio, sino por dentro.

Nate vuelve a tomarme de la mano. Tengo la sensación de que no necesita preguntarme si estoy bien, porque ya lo ha leído todo en mi cara antes de llegar hasta mí. Y eso, eso es lo que me desmonta. No lo que ha dicho, ni la frase mordaz que le ha soltado a Whitney sin despeinarse. Lo que me remueve por dentro es que lo ha hecho sin pedir permiso. Porque sí, porque estaba allí y me ha visto.

Le aprieto los dedos con suavidad, fingiendo que todo forma parte del papel y que esto es una actuación de dos días. Pero algo ha cambiado, porque lo que siento ahora mismo en el pecho no es ni rabia ni vergüenza, sino esa sensación de estar de pronto demasiado despierta y sensible a cada roce de nuestros cuerpos.

Me miro los pies y observo mis sandalias nuevas y mi esmalte de uñas a juego con el color de mi vestido. Después, alzo la mirada y veo que varias personas nos observan. No de forma descarada, pero lo suficiente para que se note. Es el pueblo entero convertido en una jauría silenciosa que no necesita palabras para juzgar.

—¿Quieres que nos vayamos? —me pregunta sin rodeos.

Podría responderle que sí y dejar que me llevara de la mano lejos de aquí, al coche, al rancho, a cualquier sitio donde nadie me mire como si fuera una aberración en medio de esta nueva etapa *perfecta* de la vida de Austin, pero niego despacio con la cabeza.

—No. Ya estoy aquí. Y tú también. Así que vamos a seguir fingiendo… un poco más.

Nate sonríe y me ofrece su brazo como si fuéramos dos personajes de otra época. Lo cojo y la música cambia y alguien empieza a cantar una versión country de una canción pop que conozco. Nos mezclamos de nuevo entre los invitados. Las luces tintinean sobre nuestras cabezas como si todo fuera una película de sobremesa. Pero yo tengo la espalda recta, la mirada alta y la sonrisa tensa, porque, aunque no quiera reconocerlo del todo, algo se ha reescrito entre nosotros. No sé cuánto de esto es teatro. Ni cuánto voy a poder seguir fingiendo. Pero por ahora, sigo agarrada

del brazo de Nate y la cabeza llena de preguntas que no me atrevo a formular.

Capítulo 6
Nate

Me despierto antes de que suene la alarma, con esa sensación absurda de que he olvidado algo, aunque no sea verdad. El ventilador del techo da vueltas lentas, aunque el aire no se mueve ni un centímetro, como si también estuviera esperando a que algo pasara. Me quedo unos minutos tumbado, con el brazo sobre los ojos y la imagen de anoche repitiéndose sin pausa dentro de mi cabeza.

La forma en que Emma me apretó la mano, su risa contenida, su intento torpe de parecer indiferente mientras Whitney la envenenaba con sonrisas afiladas y la sonrisa que me dedicó justo después y que no tenía nada de fingido, cuando pensaba que nadie la estaba mirando.

Me levanto sin pensarlo más. Bajo las escaleras descalzo y me dejo guiar por el olor a café que sale de la cocina. Boone ya está sentado a la barra, con un trozo de pan en la boca y el móvil en la mano.

—¡Buenos días, rompecorazones! —suelta sin levantar la vista de la pantalla de su teléfono.

—Tú calla y mastica. —Me sirvo una taza de café sin mirarlo, pero lo oigo reír por lo bajo.

—¿Hoy no revisabas las vallas del este?

—Eso parece. —Doy un sorbo largo, aunque el café está hirviendo y me abraso la lengua.

No necesito decirle nada más, porque cuando me mira veo que ha entendido todo y no necesita que le explique nada. Pero yo sí necesito aire y una excusa para llamarla sin que parezca que la echo de menos.

El teléfono no suena más de dos veces antes de que Emma lo coja. Su voz suena más clara de lo que imaginaba, más cerca. Como si no estuviéramos hablando a través de una línea, sino en mitad de un banco de madera, con los pies colgando sobre el agua y las latas de refresco a medio terminar sobre la tierra.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Ya lo he visto —dice—. Solo tú llamas a estas horas sin escribir antes.

Me apoyo en el marco de la puerta del granero. El calor es menos cruel que hace unas horas, pero el polvo sigue suspendido en el aire como si no supiera dónde posarse.

—¿Te he despertado?

—No, aunque no puedo asegurarte que esté del todo despierta. He dormido… regular.

—¿Pesadillas o resaca emocional?

—Un poco de todo —contesta—. Aunque no estoy segura de que lo de anoche no haya sido un episodio colectivo de locura.

Me río por lo bajo y echo la cabeza hacia atrás, mirando las vigas del techo.

—Oye… —le digo después, sin saber bien cómo meterme en el tema sin parecer torpe—. Esta tarde voy a revisar una zona del rancho que no piso desde hace tiempo. Por si te apetece venir. No es nada espectacular, pero han cambiado un par de cosas. Cerca del arroyo, ¿te acuerdas?

Se queda callada unos segundos hasta que me responde.

—Claro que me acuerdo. ¿Quieres que lleve algo?

—No, no hace falta. Solo a ti.

—Vale. Me paso después de comer. ¿A qué hora?

—Sobre las cinco, así no hará tanto calor y habrá algo de sombra.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

—Emma…

—¿Qué?

—Trae calzado cómodo y pantalones. No quiero que termines con las piernas hechas polvo por mi culpa.

—No te preocupes, soy todo terreno.

Se ríe y ese sonido me deja la piel como si acabara de lanzarme al agua sin quitarme la ropa. Cuelgo sin decir mucho más. Con el teléfono aún en la mano, camino hacia el abrevadero y me echo agua fría en la nuca. La tarde va a ser larga o corta, depende de cómo se mire. Pero lo que sí sé es que va a removerme y que, por mucho que repita que esto es solo parte del acuerdo…, hay algo que no encaja ya con esa idea. Porque anoche, en medio de la plaza, con su mano en la mía, sentí que algo se me abría en mitad del pecho y ahora no tengo ni la más mínima intención de cerrarlo.

El camino hasta la zona del arroyo está seco y limpio. El verano ha dejado grietas en la tierra, aunque a mí me gusta verlas ahí, como heridas antiguas que no terminan de cerrarse del todo. Me detengo un momento junto a la verja de madera que da al sendero y apoyo el codo sobre el travesaño. Recuerdo cuando veníamos aquí siendo críos. Emma se subía a las rocas como si fuera inmune a las caídas. Siempre iba un paso por delante de todos. Pero cuando me miraba, lo hacía como si yo fuera el centro de ese universo salvaje que habíamos inventado entre la escuela, los caballos y las hogueras de fin de curso.

Saco el móvil otra vez y reviso la hora. Faltan diez minutos. Me paso la mano por la nuca, como si eso sirviera de algo para calmarme, pero no. El nudo sigue en mi estómago, aunque no es nerviosismo sino algo distinto.

La tierra cruje bajo mis botas y el olor a heno seco flota en el aire, mezclado con ese aroma inconfundible a madera caliente y polvo. Me acerco hasta el remolque, fingiendo que reviso una de las ruedas, aunque hace diez minutos que terminé de echarle un vistazo. Lo que en realidad hago es estirar el cuello como un idiota cada vez que escucho un coche en el camino. El sonido del motor se hace más nítido y, antes de que la nube de polvo se disipe, ya sé que es ella. Su coche se detiene junto al porche con un traqueteo suave y el motor se apaga. Emma baja con una calma que no sé si ha ensayado frente al espejo o si es de verdad. Lleva el pelo suelto,

revuelto por el aire, con algún mechón que le roza los labios y las mejillas. Una camiseta sin mangas de algodón y unos vaqueros que no buscan impresionar, pero que le sientan de forma criminal. Las zapatillas deportivas ya están algo manchadas de tierra, pero eso no le resta ni un gramo de encanto. La observo como si la viera por primera vez y, en cierto modo, es así, porque esta Emma no es la chica que solía leer tumbada en el porche de su madre. Esta tiene una forma de mirar más decidida y más jodidamente atractiva.

Cuando me ve, se detiene un segundo y me mira con una expresión que está a medio camino entre la ironía y el reto.

—¿Vigilando el remolque para que no se escape? —pregunta cuando está lo bastante cerca como para que su voz me roce los oídos.

Me enderezo con lentitud, pasándome la mano por la parte trasera del cuello como si estuviera espantando el calor.

—Alguno tiene que hacerlo. Este remolque lleva años amenazando con declararse en rebeldía.

Emma ladea la cabeza con gesto divertido y veo cómo le brilla la mirada.

—¿Y qué hacemos si decide marcharse? ¿Le escribimos una nota de despedida?

—Le invito a una cerveza y lo escucho, como a todo el que está a punto de explotar.

Hay un silencio breve, no incómodo, pero sí lleno de significado. Nos quedamos quietos, uno frente al otro, sin tocarnos ni hablar. Pero hay algo en esa brisa cálida que llega desde el arroyo, que parece estar empujando nuestros cuerpos a reducir la distancia que hay entre ellos.

—¿Te apetece que te enseñe la zona nueva del arroyo? —le pregunto con la voz más neutra que puedo, aunque me delata la forma en que tenso los dedos al meter las manos en los bolsillos.

—¿La misma donde acampábamos y decías que los grillos te daban miedo solo para que me acercara más a ti?

—Eso jamás lo admitiré.

Camina a mi lado sin decir nada más, pero noto el pequeño gesto con el que se recoge el pelo tras la oreja. Recuerdo que ese

gesto lo hacía también en clase, cuando se concentraba mucho y no quería perder el hilo. Solo que ahora, al hacerlo, le deja al descubierto la suave curva del cuello y un escalofrío me recorre la espalda.

El camino hacia el arroyo no es largo, pero se vuelve interminable con ella caminando a mi lado, con ese paso firme que le hace mover las caderas de una forma que me obliga a mirar hacia otro lado.

—Oye —me dice de pronto, sin mirarme—, ¿recuerdas la vez que intentaste enseñarme a montar a caballo a pelo?

Suelto una risa breve.

—¿Recuerdas cómo terminaste de culo en la charca? Yo me acuerdo perfectamente. Lo que no recuerdo es por qué me volviste a hablar después.

—Porque me diste una chocolatina y me dejaste ganar al UNO. Esa fue una jugada estratégica muy sucia.

—Y eficaz. Visto lo visto, aquí estás.

Nos miramos, pero no digo nada más, porque no hace falta. En sus ojos leo algo que no me esperaba. No es deseo ni ternura sino una mezcla de ambos, aliñada con la historia que compartimos y todo lo que nunca nos atrevimos a decir.

Me gustaría tocarla solo un segundo. Ponerle la mano en la espalda y sentir si su piel sigue igual de suave que la última vez. Pero no lo hago, aún no me atrevo.

Caminamos sin rumbo marcado, dejando que nuestros pies elijan por nosotros. El sendero que baja hasta el arroyo ha cambiado con los años, igual que nosotros, pero aún conserva esa mezcla de polvo y memoria que se te mete bajo las uñas sin pedir permiso. A un lado, los álamos inclinan las copas, y al otro, los restos secos de la última temporada de lluvias dibujan surcos entre la tierra.

Emma lleva el pelo recogido a medias, pero hay mechones que ya han escapado y le acarician el cuello. Le ha dado el sol en la cara durante el trayecto y le ha quedado ese rubor tenue que no necesita maquillaje. Va con unos vaqueros que han pasado por mil lavadoras y unas zapatillas que han pisado más asfalto que campo, pero hay algo en su forma de andar, en cómo empuja las ramas con

la mano o en cómo entrecierra los ojos para protegerse del viento, que me recuerda exactamente por qué hace años no podía dejar de mirarla en clase.

—¿Sabes qué? —le pregunto, mientras aparto un arbusto que invade nuestro paso—. La señora Carter ha vuelto a hacer su famosa tarta de manzana, pero ya no es lo mismo. Juraría que ha cambiado de manzanas.

—¿Cómo puedes saber eso? —me pregunta alzando una ceja—. ¿Eres algún tipo de experto en manzanas?

—No. Pero sí en decepciones —le contesto sin dejar de mirarla.

Ella se ríe con una de esas carcajadas sinceras, que no se oyen todos los días. La clase de risa que se te cuela por la piel y se queda haciendo eco donde no debería.

—Te sorprendería lo mucho que echo de menos esa tarta y eso que, de pequeña, siempre pensaba que era culpa de las pasas que añadía a la tarta de manzana si no me salía bien la tarde.

—Tú tenías buenas tardes, bibliotecaria. Aunque una vez te la jugó el barro, ¿te acuerdas?

Se gira hacia mí de golpe, con los ojos muy abiertos.

—No.

—¿No? Venga ya. Fue justo antes del examen final de ciencias. Te empeñaste en ir hacia el instituto por el camino corto, se te quedó el pie clavado en el barro y te caíste entera. Fuiste al examen con la camisa del revés y una coleta que pretendía ocultar los restos de barro, que se te habían quedado pegados en el pelo.

—Dios... —resopla llevándose la mano a la frente—. Creía que había conseguido borrar aquello de mi memoria.

—Pues no. Además, aquí tienes al testigo para recordártelo siempre que sea necesario —me rio con ganas.

—Qué vergüenza... —ser ríe ella también negando con la cabeza.

—Tranquila. Ese día te saqué del barro. Hoy te sacaría de cualquier sitio —le suelto sin pensarlo demasiado.

Ella se queda quieta y solo me observa. Hay algo en su mirada que no sé cómo interpretar. Ni ella lo sabe, y eso es lo

jodido.

—¿Y tú? —me pregunta al fin—. ¿Recuerdas cuando robaste aquella corona del baile?

—¿La de cartón? ¿Esa que llevaba el nombre mal escrito?

—La misma. Apareció en mi mochila al día siguiente, doblada y con una nota en letra horrible que ponía: «Reina del baile no oficial».

—Eso fue idea mía, porque siempre pensé que eras la única que merecía llevarla.

La brisa se cuela entre los árboles y levanta polvo a nuestro alrededor. Los pájaros se han callado o igual soy yo, que ya no oigo nada porque tengo la sangre palpitando en las orejas.

Emma me sostiene la mirada un segundo más de lo habitual. Después baja la mirada, como si no supiera muy bien qué hacer con todo eso que se le está acumulando por dentro. Seguimos andando, pero ya no es lo mismo. Ahora hay una tensión que se ha instalado entre nosotros como una cuerda tensa que cruje a cada paso que damos.

Cuando pasamos por la vieja valla del establo, ella tropieza. No mucho, solo un pequeño desequilibrio que hace que su cuerpo busque el mío por instinto. La agarro por la cintura sin pensar y la mano me queda justo sobre su piel, entre el vaquero y la camiseta. Su respiración choca con mi cuello. Huele a champú de cítricos, a calor de tarde y a ella, una deliciosa y explosiva mezcla.

No dice nada, ni yo tampoco, porque parece que el tiempo se ha detenido y flota entre los dos, agarrado a nuestras miradas. Me inclino un poco, lo justo para que nuestras bocas compartan la misma corriente de aire y ella no se aparta. Me está dejando elegir y eso es lo peor, porque podría hacerlo. Podría besarla, agarrarla más fuerte y dejarme ir. Pero no lo hago. Me separo. Un paso, solo uno, y me rasco la nuca, como si algo me picara de repente, y tuerzo el gesto, fingiendo que no ha pasado nada.

—Vas a matarme del susto cualquier día de estos —le digo con una media sonrisa que no engaña a nadie.

—Estoy bien —responde, con la voz más firme de lo que esperaba, mientras se recoloca la camiseta.

No nos miramos durante un buen tramo del camino, pero sé que ambos sentimos que algo acaba de cambiar.

Un rato después, Emma dice algo sin importancia, como que la brisa ha bajado un poco o que el sendero parece menos empinado que antes. Pero la forma en la que lo dice es como si dentro de esa frase corriente hubiera algo más. No lo dice, pero lo noto. Se le ha roto algo por dentro. No tengo ni idea de qué es, pero lo noto.

Sigue caminando, sin detenerse. Yo voy a su lado, pero ya no con ese paso ligero con el que habíamos empezado. Ahora parece como si nos hubiéramos internado en un lugar nuevo, uno que no conocíamos y del que no sabemos si vamos a salir igual que entramos.

No volvemos a hablar de la fiesta, ni del caballo de Boone, ni del pastel de la señora Carter. Nada de eso parece tener sentido ahora. Hay pausas largas. Miradas que duran demasiado. Como si estuviéramos buscando palabras que no llegan. O como si temiéramos decir lo que realmente pensamos. Me gustaría preguntarle si está bien, si le duele algo o si quiere parar, pero no lo hago. Porque me da miedo que me diga que no lo está, que sí le duele, o que lo que le duele soy yo.

Cuando por fin el sendero nos devuelve al punto de inicio, donde el polvo del camino se mezcla con las huellas de nuestras botas, nos detenemos. Emma se pasa una mano por la frente. Yo la miro de reojo y veo que tiene el pelo un poco alborotado, un par de mechones pegados al cuello y las zapatillas manchadas de barro seco.

—Gracias por el paseo —me dice mirándome con una media sonrisa, y su voz es suave, pero arrastra una sombra que antes no estaba ahí.

—Gracias a ti por venir —respondo sin moverme, con las manos en los bolsillos y la garganta hecha un nudo que no sé de dónde ha salido.

Se queda quieta, como si dudara de si decir algo más, pero al final asiente despacio, da un paso hacia atrás y se encamina hacia su coche. Yo no me muevo, viendo cómo se aleja. El coche arranca y

el motor suena un poco más fuerte de lo necesario. Las ruedas levantan una nube de polvo que se alza y lo cubre todo durante unos segundos.

Ella no mira atrás ni yo levanto la mano. Pero sigo ahí, de pie, como si el cuerpo no me respondiera y como si lo único que pudiera hacer ahora mismo fuera aceptar que lo que sea que brotó entre nosotros no se va a deshacer por arte de magia. Ni con distancia, ni silencio, ni aunque lo intentáramos con todas las fuerzas del mundo.

Me rasco la nuca, escupo al suelo y me giro hacia el rancho. Pero tardo un poco más de la cuenta en dar el primer paso, porque sé que lo que acaba de suceder, por más que intentemos fingir que no ha sido nada, ha cambiado el rumbo de todo y ahora ya no hay marcha atrás.

Capítulo 7
Emma

Desde fuera, el taller de la señora Ruby parece una de esas tiendas de pueblo que nunca cerraron porque se negaron a morir, aunque todo a su alrededor haya cambiado ya. Tiene las ventanas con los cristales algo empañados por dentro, cortinas de encaje que parecen hechas a mano hace mil años y una campanita oxidada que suena cada vez que alguien entra como si le costara recordar cuál era su función.

—Vamos, que no muerde —me dice Savannah, la hermana de Austin, al abrir la puerta sin darme tiempo a replicar.

La sigo con pasos cortos, como si cada uno de ellos me acercara más a una trampa mortal que ya conozco. El interior huele a polvo de tiza, a lavanda vieja y a calor estancado. Hay ventiladores de techo que giran con desgana, como si hicieran lo que pueden, y rollos de tela colgados de ganchos torcidos que cubren casi toda una pared. Los colores me abruman: crema, marfil, blanco roto, beige, champán... Todos esos tonos que dicen ser diferentes, pero que a mí me parecen iguales, como si todos me empujaran hacia un lugar al que no quiero ir.

Ruby White aparece desde el fondo de la tienda con un metro colgado al cuello y unas gafas con la montura torcida. Tiene el pelo teñido de rojo anaranjado, un moño demasiado tirante y que amenaza con soltarse en cualquier momento, y una expresión que mezcla profesionalidad con una pizca de sorna.

—Mira quién ha venido —dice con una voz que no necesita micrófono para llenar la estancia—. La señorita Emma Carter en carne y hueso. Más guapa que cuando se fue y con cara de haber aprendido a callarse muchas cosas.

No sé si lo dice como halago o como advertencia, pero me limito a sonreír.

—Hola, señora Ruby.

—Ven, ven. Tengo algo para ti que te va a encantar. No te hagas la remolona.

Ni siquiera pregunto a qué se refiere. Me dejo llevar, como si decir que no a Ruby supusiera ofender a toda la comunidad de Cactus Valley. Savannah se instala frente al espejo principal con una botella de agua con limón que ha traído de casa y me lanza una mirada cargada de complicidad y de diversión, quizá.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —me susurra, aunque sé que no lo piensa.

—Ya estoy aquí, ¿no?

Ruby me lleva hasta el fondo del taller, donde hay un pequeño espacio separado por una cortina floreada que huele a naftalina. Al otro lado, hay un maniquí con un vestido que parece sacado de una revista antigua de novias modernas: escote profundo, tirantes finos, espalda al aire, tejido que se pega como una segunda piel hasta las caderas y que luego cae en una abertura lateral.

—Este es el que tienes que probarte —me dice con ese tono categórico que no me deja lugar a réplica—. Tienes unos hombros de escándalo y una cintura que no se ve todos los días. ¿Sabes cuántas mujeres matan por unas caderas como las tuyas?

—No lo sé. Pero dudo que estén en este taller —murmuro sin demasiada convicción.

—Calla y pruébatelo. Ya me lo agradecerás luego.

Me quedo quieta mientras Ruby me tiende el vestido con ambas manos como si fuera una reliquia. Lo cojo con cuidado, aunque lo que quiero es decir que no, dar la vuelta y marcharme de este lugar. Pero no lo hago, porque ya he empezado a andar este camino y no sé cómo salir de él sin parecer frágil o ingrata.

Me meto en el probador, donde la cortina no llega hasta el suelo y deja una línea abierta de luz que deja a la vista parte de mis piernas. Me quito la camiseta despacio, los vaqueros con algo más de urgencia. El sujetador se queda en su sitio, pero ya siento la piel demasiado expuesta. Me paso el vestido por la cabeza y dejo que se deslice con mi cuerpo. Se ajusta más de lo que esperaba a mi silueta y también lo alisa, aprieta y marca mis curvas.

Cuando levanto la vista hacia el espejo, la mujer que me mira no soy yo… o sí, pero una versión de mí misma que no reconozco. Más atrevida, desnuda y atrapada en un cuerpo que no sabe si es suyo. Me toco los tirantes, me ajusto la parte del pecho e intento recolocar el tejido para que no se marque tanto las caderas, pero nada cambia lo que veo.

Entonces, justo cuando estoy a punto de volver a llamar a Ruby para decirle que este no es mi vestido y que nada de esto me representa, oigo unos pasos rápidos y torpes.

—¿Ruby? ¿Has visto a…?

La cortina se abre con un tirón y ahí está Nate frente a mí. De pie, con el pecho agitado y la expresión aún relajada de quien no sabe que está a punto de ser fulminado.

—Pero ¡¡¿qué haces?!! —grito con una mezcla de terror, rabia y algo que no sé nombrar—. ¡Sal ahora mismo!

Él se queda paralizado. Su mirada baja a mi cuerpo y luego vuelve a mis ojos, aunque tarda más de lo que debería y yo siento que me arde la piel desde el escote hasta los tobillos.

—Perdón… joder, lo siento —balbucea mientras da un paso atrás—. No sabía que...

—¡Fuera! —grito de nuevo.

El vestido me aprieta el pecho como si intentara contener algo que ya se ha roto dentro. Me lo quito de golpe, casi con rabia y sin cuidar el tejido, ni preocuparme por los alfileres que se me clavan en la piel mientras me enredo en los tirantes. La tela cae al suelo como si también quisiera esconderse. Me agacho y la recojo con los brazos temblorosos, la respiración agitada, los muslos tensos y las mejillas ardiendo. Me siento en un pequeño taburete y me abrazo con los codos, como si pudiera recogerme en mí misma y desaparecer.

La voz de Nate me llega desde el otro lado de la cortina.

—Emma… lo siento, joder. No sabía que estabas ahí. Te lo juro.

No contesto. Ni siquiera me atrevo a emitir un sonido. El corazón me golpea en la garganta como si tuviera prisa por salir.

—Ha sido un error, nada más. No quería…

Se calla antes de terminar la frase. No quería… ¿qué? ¿Verme? ¿Desearme? ¿Recordar lo que siente cuando me tiene cerca?

Agarro la cortina con una mano, la aparto solo lo justo para asomar medio rostro.

—¿Tú sabes lo que acabas de hacer? —le susurro, sin alzar la voz, pero cargándola de todo lo que no puedo poner en palabras —. ¿Tienes la más mínima idea de lo que cuesta mirarse en un espejo… y no reconocerse?

Él se queda callado. Sé que sigue ahí, porque puedo oír cómo traga saliva. Puedo sentir su cuerpo detenido a un metro del mío, al otro lado de la tela, como una sombra enorme que no se atreve a moverse.

—Emma…

—Vete —le digo, y esta vez sí me tiembla la voz, pero no me importa.

No espero a ver si lo hace. Me doy la vuelta y avanzo hasta el baño que hay al fondo del taller y me encierro. Echo el pestillo con un clic seco. Me apoyo contra la puerta y me dejo resbalar hasta quedar sentada en el suelo frío, con las piernas estiradas y los brazos colgando a los lados como si ya no fueran míos.

El espejo del lavabo me devuelve una imagen que no entiendo. Ni con luz cálida ni con maquillaje. Sigo siendo yo, pero hay algo que no cuadra. El sujetador se me ha subido por un lado y el pelo me cae sobre la frente en mechones que no he recogido. Parezco una adolescente pillada a medio cambiarse en los vestuarios del instituto.

¿Pero esto no se suponía que ya lo había superado? ¿No había aprendido a no necesitar que nadie me viera para sentirme válida?

Sin embargo… Nate me ha visto de una forma en la que nadie me ha mirado desde hace años. No con hambre ni con juicio. Me ha mirado como si mi piel le doliera y verme así le hubiera despertado algo. Eso es lo que me tiene aquí, en el suelo, desnuda hasta el alma, sintiéndome como si me acabaran de arrancar la coraza, que tanto me ha costado construir durante todos estos años.

Porque por mucho que intente decirme que ha sido un accidente, que no significa nada, que solo ha sido un error… hay algo en mí que sabe que no es verdad y que ha significado todo.

Me incorporo con las manos apoyadas en las rodillas y miro hacia la taza del váter como si me diera vergüenza estar llorando delante de un sanitario, pero aun así dejo que se me escape la primera lágrima. No hay forma de detenerla, después viene otra y otra. Me cubro la boca con la mano para no sollozar en voz alta, porque si alguien entra y me oye así, me muero. Literalmente, me disuelvo en el aire y desaparezco para siempre.

Escucho pasos fuera y las voces apagadas de Savannah y de Ruby. Ninguna menciona a Nate. Quizá ya se ha ido y ha comprendido que no puede mirar así a una mujer como yo sin que me tambalee entera.

Me enjuago la cara en el lavabo con agua que apenas sale tibia. Me limpio la máscara de pestañas con el dedo y me abrocho el sujetador con manos torpes. Me pongo la camiseta vieja que llevaba antes, esa de tirantes anchos que ya se me ha dado de sí por las axilas, y me recojo el pelo en un moño. Mientras me miro al espejo, me siento como una versión arrugada de mí misma, pero tengo que salir. No puedo quedarme aquí encerrada como una niña asustada porque un hombre ha visto lo que no debía o, peor aún, porque ha visto lo que yo ni siquiera quiero ver.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Me acerco más y ahí está. La pregunta que no me atrevo ni a pensar y, mucho menos, a decir.

¿Por qué me importa tanto lo que Nate piense? ¿Por qué ese puñetero instante en el que se ha quedado mirándome con los labios entreabiertos me ha afectado de tal forma que ahora no sé si quiero abrazarlo o esconderme debajo de la cama?

A lo mejor es porque, por primera vez después de todos estos años, me ha visto. De verdad, sin capas, sin humor, sin ironía, sin distancia y sin el disfraz de chica fuerte que todo lo puede.

Y yo no tengo ni puñetera idea cómo se gestiona eso sin romperme un poco más por dentro.

Afuera alguien llama a la puerta del baño.

—Emma, ¿estás bien? —me pregunta Savannah con un que no sé si suena a preocupación o a cotilleo.

—Sí —respondo con voz neutra, clara y seca—. Ahora salgo.

Pero no lo hago enseguida. Me quedo ahí un momento más, sola con mi reflejo y esa sensación de que acabo de abrir una puerta que no voy a poder cerrar. Me paso la mano por el escote, intentando alisar la tela. Pero también intento domar algo más, una necesidad que empieza a asomar y que no entiendo del todo. Una necesidad extraña, contradictoria, punzante. La necesidad de que la próxima vez que Nate me vea… lo haga porque yo lo he decidido, porque yo me haya dejado ver y no por accidente.

Porque hay una diferencia enorme entre que alguien te vea sin querer, y que alguien te mire porque tú has elegido desnudarte delante de él. No solo el cuerpo, sino también el miedo, la inseguridad y la herida que late debajo de tu piel.

Salgo del baño con pasos firmes, aunque por dentro siga igual de revuelta. Savannah está en uno de los probadores, probándose un vestido azul con volantes, mientras la señora Ruby le ajusta la cinturilla entre alfileres y comentarios mordaces.

—Ya era hora, cariño —dice Ruby al verme—. Pensábamos que te habías fugado por la puerta trasera.

—No me tientes —respondo sin mirarla directamente, con una sonrisa leve que apenas me llega a los ojos.

Nadie menciona a Nate, pero sé que lo han notado o al menos Ruby. Tiene esa mirada de sabueso viejo que no necesita que le den datos, porque adivina las grietas por el olor y, ahora mismo, yo debo oler a terremoto.

—Si quieres volver a probarte el vestido, está ahí colgado. Aunque si te soy sincera, no necesitaba tantos retoques. Te sienta como un guante. El tipo de guante que uno no quiere quitarse nunca —añade con un guiño rápido y una sonrisa de medio lado.

Asiento y camino hasta la silla donde he dejado mis cosas. Me siento un momento, como si solo fuera una espectadora más, pero no lo soy. Porque sigo teniendo la piel abierta, la herida expuesta y el deseo absurdo y peligroso de que Nate vuelva a mirar.

Pero no por accidente, sino que mire porque yo lo invito a hacerlo. Porque la próxima vez, seré yo quien decida cuánto quiero que vea.

Capítulo 8
Nate

Los altavoces están apoyados sobre unos bidones viejos, cubiertos con mantas de cuadros alrededor de la plaza central de Cactus Valley. El cableado serpentea por el suelo como un animal adormilado, y los niños corren entre las mesas plegables con coronas de flores mal hechas y los zapatos llenos de polvo.

Varios vecinos ya se han lanzado a la pista improvisada. Algunos bailan como si les fuera la vida en ello y otros se dejan arrastrar por la música sin preocuparse de las miradas. Alguien ha traído una garrafa de limonada, que reposa sobre una mesa decorada con blondas, y un par de botellas de whisky circulan con discreción entre los grupos de adultos. Savannah ríe con una mujer que no reconozco, mientras Boone, sin camiseta, intenta enseñarle a un niño de cinco años a dar vueltas sin marearse. A lo lejos, la señora Carter recoloca el mantel de la mesa, donde ha colocado sus típicas tartas, con una precisión que raya en la obsesión.

Yo no debería estar aquí. De hecho, sólo he venido a dejar unas balas de paja que iban a usarse como bancos, pero, al final, me he quedado. Como si algo me sujetara por los tobillos y me impidiera volver al rancho. Pero, entonces, justo en este momento la veo sentada en los escalones frente a la puerta de la iglesia, con una lata de refresco en la mano y la espalda un poco encorvada, como si llevara demasiado peso en ella. Lleva un vestido de algodón, de esos que parecen pensados para los veranos largos y los cuerpos que no buscan llamar la atención, pero que igualmente lo hacen sin querer. El dobladillo le roza la mitad del muslo y el tejido se le ha pegado justo ahí, como si quisiera quedarse a vivir en su piel. Tiene el pelo suelto, movido por la brisa, y una expresión que me rompe algo por dentro: entre distraída, ausente y demasiado sola para estar rodeada de tanta gente.

Me acerco sin pensarlo o puede que sí lo haya pensado, pero no me haya dado cuenta de que ya estaba caminando hacia ella.

—Si te quedas sentada tanto rato sola, vas a acabar con fama de gruñona —le digo sin levantar demasiado la voz, justo cuando me planto frente a ella.

Emma alza la vista y entrecierra los ojos como si el sol le molestara, aunque ya casi ha caído del todo y solo queda ese resplandor cálido que lo tiñe todo de tonos anaranjados.

—Quizá me lo merezca —responde mientras da otro trago a su refresco.

La miro sin decir nada. La suya no es una respuesta cualquiera. En su voz hay una algo que no estaba ahí hace una semana y que se ha agrietado en ella desde lo del taller y, aunque no me haya dicho una palabra al respecto, lo noto en su forma de esquivar mis ojos y en cómo aprieta los labios cada vez que se queda callada más de la cuenta.

—Ven —le digo tendiéndole la mano—. Es solo una canción y no será más ridículo que ver a Savannah intentando enseñarle a un cactus cómo se baila un vals.

Ella parpadea. No se ríe, pero sus labios tiemblan un poco antes de estirarse en una mueca casi imperceptible.

—¿Te vas a reír de mis pasos?

—No más que tú de los míos —respondo sin apartar la mano.

Duda un momento y después mueve la lata entre las manos y clava la mirada en el suelo de la plaza como si buscara una señal escrita entre las grietas del cemento. Después, con un leve suspiro, se pone en pie. Su mano roza la mía y no hace falta que la apriete, porque con tocarla, ya tengo electricidad suficiente para alimentar todo el rancho durante una semana. La ayudo a incorporarse y caminamos juntos hasta el centro de la plaza, entre los grupos que aplauden sin saber muy bien si lo hacen por nosotros o por la canción que empieza a sonar.

Los primeros compases son alegres, de esos que te hacen mover los pies, aunque no quieras. Emma me mira de reojo.

—¿Sabes bailar esto?

—No tengo ni idea —respondo encogiéndome de hombros con despreocupación.

—Menos mal. Pensaba que eras perfecto y eso sería inaguantable.

Coloca una mano sobre mi hombro y yo le tomo la otra. Empiezo a moverme con torpeza, exagerando a propósito cada paso, y ella suelta una carcajada que me atraviesa el pecho. Gira una vez, luego otra, y tropieza con mis botas.

—Estás intentando matarme —dice entre risas.

—Un plan lento pero efectivo. Nadie sospecharía de un cowboy inofensivo —añado moviendo las cejas de forma cómica.

—Inofensivo no es la palabra que usaría para ti.

Lo dice sin dejar de sonreír, pero hay algo en su mirada que ha cambiado.

La plaza está medio llena, pero nadie se fija en nosotros. Los vecinos andan ocupados colocando centros de flores sobre las mesas, estirando manteles arrugados o revisando cables que no llevan a ninguna parte. Boone habla con un grupo de chavales junto a los altavoces y alguien ha conectado un viejo reproductor portátil, de los que todavía tienen cinta de cassette. Suena una versión lenta, con sabor a granero y voz rasgada. Una balada con aire country que habla de segundas oportunidades que no siempre llegan cuando deberían.

Coloco una mano en la espalda de Emma, justo por encima del punto donde la tela del vestido deja adivinar la curva de la cintura. Ella tarda un segundo más en acercarse, pero después apoya la palma sobre mi hombro con la misma delicadeza con la que uno coloca una pieza de porcelana.

—No me mires así —murmura sin alzar apenas la voz.

—¿Así cómo?

—Como si todo esto fuera más de lo que es.

—¿Y si lo es?

Ella no responde. Pero se deja llevar. Siento el peso suave de su cuerpo, su respiración cerca de mi cuello y el ritmo de sus pasos que no son perfectos pero que encajan con los míos como si

los hubiéramos ensayado sin darnos cuenta. No necesito cerrar los ojos para saber que ahora mismo no existe nada más que este momento.

—Siempre fuiste buena bailando —le digo, bajando apenas la voz.

—Tú siempre has mentido muy bien.

La giro despacio y su pelo se agita un poco con el movimiento. Tiene el cuello ligeramente húmedo y la mirada tan fija en la mía, que durante un segundo me olvido del mundo, de la plaza y de los demás. Ella no sonríe, pero tampoco se aparta. Cuando la atraigo de nuevo hacia mí, nuestras caderas rozan. Su pecho se apoya un instante contra el mío y las yemas de mis dedos sienten cada milímetro de su espalda bajo la tela fina. Mi otra mano sube, dudando, hasta la base de su cuello. No es una caricia todavía sino una pregunta muda que no sé si me va a dejar terminar.

La música se ralentiza. La canción entra en ese punto en que los instrumentos se quedan desnudos y solo queda la voz y la distancia se acorta sin que nadie la fuerce. Me inclino apenas y ella levanta la barbilla, pero no para huir sino para verme mejor. La línea de su mandíbula vibra, sus labios están separados y el calor entre nuestros cuerpos es algo vivo, denso, que no se disfraza ni se controla.

Estoy a un suspiro de besarla, pero, entonces, como una bofetada del mundo real, alguien tropieza con una de las mesas, un vaso cae al suelo y se rompe, y una carcajada escandalosa irrumpe como una ráfaga de aire frío en mitad de la tormenta.

Al escucharlo nos separamos con una rapidez que duele. Emma da un paso atrás. Yo meto las manos en los bolsillos. La música sigue, pero ahora se ha convertido en un murmullo lejano.

—Gracias por el baile —murmura ella, sin mirarme directamente.

—Gracias a ti por aceptar.

Nos reímos con esa risa nerviosa de quienes saben que acaban de cruzar un límite y no saben si lo lamentan o si solo están esperando a dar el siguiente paso.

No hay más palabras. Emma se aleja hacia el otro lado de la plaza caminando de una manera, que parece no tener prisa, pero que siempre llega donde quiere. Se para a hablar con la panadera del pueblo y se inclina un poco hacia delante cuando escucha, como si todo su cuerpo se concentrara en no perder una sola palabra de lo que le dice la mujer. No me mira ni una sola vez, pero cada parte de mí sigue atenta a ella, como si todavía la llevara entre mis brazos.

Yo me quedo en el centro, sin saber muy bien qué hacer con las manos, ni con el cuerpo, ni con todo esto que me arde dentro. Me acerco a la mesa de las bebidas con la excusa de coger un vaso de limonada, que a estas horas ya está caliente, pero me da igual. Lo único que quiero es algo que me ocupe las manos y me distraiga de la sensación de sentir su piel bajo mis dedos. De ese momento que no ha llegado a ser un beso, pero que ha dolido igual que si lo hubiéramos roto a mitad.

Por los altavoces sigue sonando la música, pero ya no la oigo. Solo noto el eco de su respiración contra mi cuello. Esa pausa exacta en la que ha decidido no apartarse. Ese gesto mínimo, como un permiso que se da sin decirse en voz alta y que después alguien roba antes de que pueda cumplirse.

Me giro y la busco otra vez, aunque sé que no debería, porque me juré hace mucho que no volvería a dejar que una mujer me revuelva el mundo solo por mirarme como si supiera algo que yo no sé. Pero Emma no mira como las demás. Tiene una forma de sostener la mirada que parece que te desnuda sin tocarte.

Vuelve a reír con la mujer con la que charla. Se lleva la mano al pelo y se recoge un mechón tras la oreja. Ese gesto. El puto gesto que lleva haciéndome perder el hilo desde que teníamos catorce años.

Bebo otro sorbo de limonada caliente, pero me sabe a excusa. Así que dejo el vaso en la mesa y camino hacia el borde de la plaza, donde los farolillos empiezan a encenderse, uno tras otro, como si el pueblo estuviera poniéndose guapo para una fiesta que no acaba nunca.

No sé cuánto rato pasa, ni qué me impide acercarme otra vez a ella. Quizá porque sé que, si vuelvo a estar tan cerca, esta vez sé que no

podré contenerme, quizá porque me he dado cuenta de que ya no estoy jugando, ni flirteando, ni recuperando recuerdos. Estoy metido hasta el cuello en ella y en lo que despierta de mí.

Emma se despide con una sonrisa breve de la panadera y luego camina en dirección contraria a la mía. Nos cruzamos la mirada solo un segundo y nos dedicamos un gesto mínimo con la cabeza. Ni siquiera sé si me ha sonreído o si me lo he inventado. Pero lo que sí sé es que, después de este baile y de tenerla tan cerca y no besarla, ya no voy a poder mirarla igual. Porque nuestros cuerpos ya se han reconocido y han estado a un centímetro de algo que ahora no sé cómo contener.

Capítulo 9
Emma

Caminar es lo único que me calma. No importa si me rozan las tiras de cuero de las sandalias o si la falda se me pega a las piernas con este calor pegajoso de última hora del día. Prefiero eso a quedarme quieta y tener que seguir fingiendo que estoy bien y que lo que ha sucedido en la plaza no me ha cambiado nada.

Me alejo de la plaza sin decir nada. Solo he dicho que iba a dar una vuelta, no hace falta que diga nada más. Savannah ni me ha mirado, porque está demasiado ocupada con los preparativos del *brunch* familiar de mañana. El polvo seco de la carretera de tierra se levanta con cada paso que doy y los arbustos que bordean el camino crujen con los saltos perezosos de los saltamontes. Tengo los brazos cruzados sobre el pecho, como si así pudiera mantener todo lo que siento bajo control y así pudiera evitar que se me saliera lo que se me está rompiendo.

No sé cuánto tiempo llevo caminando. Pero no me importa. Mis pasos suenan huecos sobre la gravilla, y aun así intento que son firmes. Como si no estuviera escapando y no llevara dentro un huracán que no sé cómo parar.

Cierro los ojos un instante y vuelvo a estar en la plaza con la mano de Nate en mi espalda. Su cuerpo tan cerca del mío que ni el aire tenía sitio. La forma en la que me miraba como si me desnudara sin tocarme. Mientras todo el mundo a nuestro alrededor bailaba, reía, aplaudía... pero yo no oía nada. Solo su voz, su respiración y el ruido de mi propio deseo golpeándome en el pecho.

Pero luego... desapareció de repente, como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe y me quedé sola. Y ese vacío sigue ahí, marcado a fuego sobre mi pecho.

—Eres idiota —murmuro entre dientes, pero no sé si se lo digo a él o a mí misma.

Sigo andando. A mi derecha, hay una verja de madera baja que protege un jardín lleno de hortensias azules y margaritas blancas, que se inclinan hacia el sol sin pudor. Cruzo junto al salón de belleza del pueblo, que está cerrado, con el cartel de neón apagado y el escaparate lleno de revistas antiguas. Me fijo en una, en la esquina, con una modelo de sonrisa perfecta y cintura imposible. Algo en su expresión me da rabia. Miro mi reflejo en el cristal, distorsionado por el polvo y siento que estoy cansada, pero no de caminar, sino de fingir que tengo las cosas bajo control. De seguir siendo la Emma que se ríe y organiza planes. La que aguanta los comentarios, la que sonríe cuando la llaman «valiente» y la que se encoge un poco cuando alguien le pregunta si *es verdad eso del novio*.

Suspiro hondo. La tierra cruje bajo mis pies y el aire parece más espeso con el olor dulzón de un rosal viejo que trepa por la esquina de una casa vieja. Me detengo y apoyo la mano en la verja. El metal arde con el calor de la tarde y la retiro con rapidez.

Todo ha sido un espejismo. ¿Verdad? Lo que pasó en el taller y la manera de mirarme como si me conociera. El baile que parecía una declaración muda. El roce de sus labios sobre mi sien y la manera de aguantar el deseo como si le doliera contenerse. ¿Me lo he inventado? ¿Me he dejado llevar por el ambiente, por el alcohol o por las ganas de que alguien me tocara sin prisa ni pena?

¿Y si él no sintió nada?

No sé si es el calor o el nudo que me pesa en el pecho, pero empiezo a marearme. Apoyo la frente sobre mi antebrazo y dejo que el mundo se pare un segundo, solo uno. A lo lejos, se oye el motor de un coche viejo y el graznido de una urraca que sobrevuela la calle. Todo sigue su curso como si nada. Como si yo no tuviera el corazón lleno de dudas.

Me paro de golpe. No porque quiera, sino porque el cuerpo se me detiene solo. Como si supiera antes que yo que no puedo dar un paso más sin romperme. Estoy justo al borde de la plaza vieja, frente a una de esas tiendecitas que parecen haber resistido al paso del tiempo. La han adornado con cintas de yute, ramitas de lavanda y una mesita de hierro forjado, donde descansan varias tartas

caseras, cubiertas con campanas de cristal. Hay una sombrilla de tela clara, deshilachada por los bordes y bajo esa sombra están sentadas cuatro mujeres. El tipo de mujeres que siempre encuentran algo que decir sobre todo el mundo. Whitney está entre ellas.

Por suerte no me ven, porque estoy medio oculta tras una estructura de mimbre con galletas envueltas en papel celofán. Pero su voz me atraviesa como un cuchillo. Su tono es dulce, azucarado y venenoso.

—Ay, qué ganas tengo de que llegue el sábado —dice, mientras se sirve limonada en un vaso con bordes de colores—. Aunque, entre nosotras, hay cada invitada que…

La prima de Whitney, una de esas mujeres, lanza una risa chillona.

—¿Te refieres a la exnovia fantasma?

—Pobrecita… —murmura otra, con el tono exacto que se usa cuando alguien no da pena, pero conviene fingir que sí—. A estas alturas, seguir fingiendo que tiene novio…

—No tiene gracia —responde Whitney, pero la sonrisa le trepa por la comisura de los labios—. Nate está siendo muy amable. No sé si es por pena o por vergüenza ajena.

La sangre se me escapa de las mejillas. Siento el calor en las orejas, en la garganta y en el pecho. Pero no me muevo.

—Yo creo que como está gorda —añade la prima de Whitney, como si hablase de una receta— se tapa tanto. Ese vestido que llevaba en la prueba… Uf. No le hacía ningún favor.

—Austin hizo bien —sentencia la mayor de todas, una de esas mujeres con manicura impecable y ojos de halcón—. ¿Te imaginas llevar eso al altar? Qué deslucido quedaría todo.

Cierro los ojos sin atreverme a respirar. Tengo las manos heladas, aunque el sol me dé de lleno en la nuca. Me agarro los brazos con más fuerza y noto cómo la mandíbula me tiembla.

No es la primera vez que oigo cosas así, aunque esta vez no sean susurros, sino carcajadas a pleno pulmón. Lo que me rompe no es lo que dicen sino lo que confirman. La idea de que, en el fondo, nunca han creído que yo merezca estar aquí. Que solo soy un recuerdo incómodo en una historia que ya no me pertenece.

Doy un paso atrás y la gravilla cruje bajo mis sandalias. Me quedo paralizada. No quiero que sepan que las he escuchado, porque por nada del mundo quiero ser la ex que se esconde ni la que se enfrenta. Quiero irme. Pero algo, dentro, me mantiene sin moverme en el sitio, como si tuviera que oírlo todo. Como si fuera necesario tragármelo entero para, al fin, soltarlo.

Entonces, siento una sombra que aparece sin ruido. Se proyecta junto a mí y me cubre la piel como una sábana húmeda. Al girarme, lo veo. La expresión de Nate es ilegible. Sus ojos recorren mi cara como si ya supiera lo que acabo de escuchar, pero no dice nada ni se gira hacia ellas. Simplemente se acerca un paso más y me toma la mano. Como si ya supiera que necesito algo que me ancle y me saque de ahí.

Sus dedos son firmes, cálidos y seguros. Y entonces, sí, habla.

—Yo que vosotras aprovecharía este buen día para callarme, porque hay cosas que solo se dicen cuando una no ha tenido nunca lo que otras sí.

El grupo entero de urracas se queda congelado. Whitney tarda dos segundos en reaccionar. Parpadea, se incorpora un poco y suelta una risita forzada, como si no hubiese pasado nada.

—Ay, Nate, siempre tan protector…

Pero su sonrisa se descompone, porque Nate no le responde y sigue sujetándome de la mano. Sabe que ese gesto lo dice todo y que no hace falta levantar la voz.

—Vamos —dice, sin mirarlas y sin soltarme.

Asiento, porque no me salen las palabras. Solo bajo la mirada y lo sigo.

No es vergüenza lo que siento, sino algo que me revuelve sin llegar a romperme, porque no me ha defendido solo con una frase, sino con una calma devastadora que no suplica explicaciones. Solo dice: «Yo estoy aquí», me tiende la mano y no se mueve hasta que yo la cojo.

No dice nada mientras caminamos. Me lleva hasta a un banco de una esquina tranquila de un parque sin mirar atrás y sin

prisa. El calor de su mano me acompaña y no la suelta hasta que me siento. Y, aun así, su presencia no se va.

Me acomodo al borde del asiento, con la espalda recta y los dedos entrelazados en el regazo. Necesito algo que me sostenga, aunque solo sea el tacto áspero de la madera contra la parte trasera de los muslos.

El canto de las cigarras se cuela entre los espacios del silencio y también el chasquido suave de un aspersor automático en el césped cercano. Él sigue en silencio, aunque no está esperando que yo hable, ni tampoco espera para intervenir. Solo está... conmigo.

Respiro y, por primera vez en horas, lo hago sin tener que controlar el aire. Me llevo las manos al vientre y dejo que mi pecho se hinche.

—No tenías que hacer eso —murmuro.

Él gira un poco la cabeza y me observa sin sorpresa como si ya supiera lo que iba a decir.

—Claro que tenía. No por ti sino por ellas, porque alguien tenía que recordarles lo que es la decencia.

En su tono no hay dureza, ni condescendencia. Solo verdad.

—Me ha dolido —susurro—. Más de lo que creía. Y no debería... pero me ha dolido.

Nate asiente al escucharme.

—Te ha dolido porque no es verdad. Si lo fuera, no te importaría.

Muevo los labios, pero no me sale nada, porque lo que acaba de decir me atraviesa y me hace ver que hay algo en mí que se niega a desaparecer. Algo que grita cuando la aplastan y que arde cuando intentan humillarla. Algo que, aunque esté agotado, sigue aquí.

—¿Tú crees que soy fuerte? —le pregunto sin pensarlo, con la voz ronca de tanto contenerme.

Me mira como si la respuesta ya la tuviera, como si le pareciera una pregunta inútil, pero me responde.

—Lo sé. Eres más fuerte de lo que tú misma te permites ser. Lo que pasa es que estás cansada de demostrarlo todo el

tiempo.

Cierro los ojos y siento cómo se me forma un nudo en la garganta. Uno que no nace del dolor, sino del reconocimiento, de esa sensación de haber sido, por fin, mirada. No observada, ni evaluada, sino mirada desde dentro. Como si él supiera que debajo de todo lo que aparento hay algo que tiembla y que vale la pena quedarse ahí.

Cuando abro los ojos, él sigue mirándome. Entonces me giro lo suficiente para que nuestras rodillas casi se rocen. Para que sienta la seguridad que me transmite sin decir ni una palabra. Lo miro y hay algo en su expresión que me desarma. No es deseo, ni pena, pero sí respeto y complicidad. Apoyo la cabeza en su hombro y con delicadeza. No me muevo más ni digo nada, porque el gesto lo dice todo. No le estoy pidiendo ayuda, porque acepto su consuelo. Sus dedos se posan sobre mi mano, sin atraparla. Solo se quedan ahí.

El mundo no cambia. Las cigarras siguen cantando y el aspersor vuelve a dar una vuelta completa y moja una baldosa cercana. Una pareja pasa por la acera del fondo y no se detiene. La tarde avanza, pero aquí, ahora, el tiempo se ha contenido para nosotros y yo, en este momento, no necesito nada más.

Cuando nos levantamos del banco, el sol ya ha descendido lo justo para que la calle empiece a perder definición. La plaza se ha vaciado y las voces se han apagado. Caminamos en silencio, pero yo ya no soy la misma. No me siento más fuerte ni más segura. Pero algo se ha activado. Un resplandor tibio en el fondo de algo que llevaba mucho tiempo apagado.

Ya no miro a Nate como al chico que me gustó una vez, ni tampoco como al cowboy que me remueve el estómago y la cabeza y todo lo que hay entre medias. Ahora lo miro como el hombre que se ha quedado cuando los demás se fueron. El que no me ha pedido explicaciones, ni ha buscado excusas. Simplemente ha estado ahí en el momento exacto en el que empezaba a olvidarme de cómo se sentía ser vista sin miedo.

Capítulo 10
Nate

El ventilador de techo da vueltas despacio, con ese zumbido sordo que no refresca nada y lo hace todo más insoportable. No se mueve el aire, ni siquiera se nota el leve alivio que suele entrar por la rendija de la ventana del porche. Afuera, el rancho duerme, pero dentro, yo no.

Estoy tumbado en la cama, con la espalda pegada al colchón, el torso al descubierto y una mano detrás de la cabeza. La otra reposa sobre mi estómago, justo donde siento ese nudo que no consigo deshacer desde hace horas. La sábana está enredada a la altura de mis tobillos, y me sobra hasta el aire.

Me he dado la vuelta al menos veinte veces. He cerrado los ojos, me he concentrado en el ritmo del aspersor encendiéndose al otro lado del jardín, he escuchado también cómo un caballo golpeaba con la pezuña la puerta del establo y aun así, sigo aquí, clavado sin poder pegar ojo. Sin embargo, lo peor no es no dormir, sino saber por qué y la causa de mi insomnio se llama Emma Jenkins.

Me froto la mandíbula con fuerza con una mano y noto cómo la barba me raspa la palma, pero no me importa. Hace días que no me paso la cuchilla, aunque tampoco tengo ganas. Me incorporo un poco, cambio de postura y me tumbo de lado. Pero poco después, me vuelvo a poner boca arriba otra vez. El colchón cruje bajo mi peso y a estas alturas de la noche todo me molesta y me sobra.

Desde que apoyó la cabeza en mi hombro esta tarde... no hay forma de quitármela de la cabeza. Ese gesto tan simple y silencioso, que no me pedía nada, pero aun así me lo decía todo. Evidentemente, hoy no ha sido la primera vez que me ha tocado, ni la primera vez que me ha mirado así. Pero hoy… ha sido distinto. Se

me ha quedado dentro como una cuerda que se tensa y no se rompe.

—¿Qué me estás haciendo, Jenkins…?

Lo murmuro sin pensarlo, con la voz ronca por el calor, o por el deseo contenido, o por ese nudo que me aprieta el pecho desde que la vi bajar la mirada y seguirme, como si caminar conmigo fuese lo único que tenía sentido.

Me paso las manos por la cara y suspiro. El techo sigue igual de blanco e inútil. Me siento en el borde de la cama, con los pies apoyados en el suelo. El suelo está frío, y eso se agradece. Me echo hacia delante, con los codos sobre las rodillas, y dejo caer la cabeza entre las manos.

No me duele. Pero tampoco estoy bien. No sé qué es esto. No sé cómo llamarlo. Solo sé que me atraviesa. Cierro los ojos, aunque no tengo sueño, pero necesito quitarme del medio todo lo que tengo delante. El techo, el ventilador y la cama vacía. A oscuras, las imágenes llegan más claras. Como si la memoria aprovechara el silencio para colarse por los huecos que yo ya no controlo.

De repente en mi cabeza aparece Emma con siete años, con las trenzas deshechas y la cara cubierta de tierra. Se colaba en el granero como si fuera suyo, con un palo que decía que era su espada y el empeño de quien no acepta que se le niegue la entrada. La recuerdo con las piernas flacas llenas de rasguños, descalza y con los ojos muy abiertos. Me perseguía por todas partes y decía que yo era su héroe. En cambio, yo solo quería estar solo, pero ella siempre encontraba la forma de quedarse a mi lado sin molestar.

Me acuerdo de uno de mis cumpleaños. Uno de esos en los que nada salía bien, en el que mi madre no tenía ganas de prepararme pastel, y mi padre ni se molestó en aparecer. Pero Emma trajo galletas que había hecho con su abuela y una corona de papel. Me la plantó en la cabeza sin preguntar y me dijo que ese día era mi turno de ser el rey del rancho. Luego se quedó a mi lado toda la tarde, sin pedir nada. Como si supiera que a veces la mejor forma de cuidar a alguien es no obligarle a hablar.

También la veo dentro de mi cabeza en los veranos. Con los codos llenos de costras y el pelo recogido con horquillas de colores

que se le caían a los cinco minutos de ponérselas con máximo esmero. Siempre iba detrás de su hermana, siempre gritando que *ella también podía ser valiente*, aunque tuviera miedo a las serpientes o se negara a montar a caballo sin que yo la sujetara por la cintura.

Recuerdo aquellas tardes eternas, que pasábamos sentados los dos en el establo, apoyados en la pared de madera, sin decir nada. A mí me dolía la cabeza de tanto pensar en cosas que no sabía resolver. A ella le bastaba con sentarse cerca. Me pasaba una manzana, o un caramelo, o simplemente estaba a mi lado. No hacía falta más. Sabía cuándo hablar y cuándo no y también cuándo reír y cuándo callar.

Emma ha sido siempre eso. Un hilo fino que no se notaba, pero ahora que lo estoy siguiendo y lo veo, me doy cuenta de que me atraviesa entero, porque está tejido en partes de mí que creía vacías y que siempre ha estado ahí, esperando.

Abro los ojos y me tumbo otra vez, pero no aguanto más de unos segundos. El cuerpo me echa fuera de la cama. Me siento, con los pies en el suelo y la cabeza agachada. Me paso la mano por la nuca. Estoy empapado, pero no por el calor sino por todo lo que se me ha quedado dentro y que no sé cómo soltar.

La niña que me perseguía por los establos y la mujer que hoy me mira con esa mezcla de desafío y ternura se han fundido. Son la misma. La que me conoce desde siempre, la que nunca se fue, aunque yo no me diera cuenta.

Me vuelve la imagen de esta tarde de Emma en la plaza con ese vestido que le marcaba las caderas y le dejaba la espalda al aire. La forma en la que me buscó con la mirada cuando todo el mundo reía a su alrededor. Lo cerca que tuvo la boca de la mía y su respiración contenida. El temblor cuando la rocé por detrás para sujetarla y el gemido que se le escapó cuando toqué la costura de la espalda. También recuerdo sus dedos entre los míos y su frente casi apoyada en la mía. La forma en la que no se apartó y se quedó.

Y luego, en el banco. El calor de su cuerpo junto al mío. El peso de su cabeza en mi hombro y su forma de apoyarse sin pedir permiso como si supiera que ese era su sitio.

Cierro los puños y los abro de nuevo despacio, como si aún tuvieran los suyos dentro.

Me echo hacia atrás. Me dejo caer sobre el colchón, con los brazos extendidos y la cabeza vuelta hacia la almohada vacía.

Miro el techo otra vez y observo la otra mitad de la cama. La almohada hundida, la sábana arrugada y el hueco donde no hay nadie. Me imagino su cuerpo ahí. La curva de su espalda iluminada por la claridad que entra desde el porche. Una pierna fuera de la tela, el muslo asomando al aire y la respiración acompasada rozando el silencio. El pelo revuelto enredado sobre el colchón y su piel tibia. El cuerpo entero rendido al descanso sin miedo, como si confiara en mí para dormirse así.

La echo de menos sin haberla tenido nunca de esa forma. Sin haberla visto despertar conmigo. Sin haberla oído reír justo después de abrir los ojos. Sin haber sentido el peso de su mano en mi pecho, medio dormida, sin querer soltarme. Pero la echo de menos igual. Como si me faltara desde hace años. Como si ya fuera parte de todo esto, de mí, del rancho y de esta casa que me suena distinta desde que ella volvió.

No es solo deseo, aunque también lo hay. En los huesos, en los dientes y en las ganas de tocarla hasta que se olvide del mundo. Pero hay algo más, porque también la quiero en el caos. En los lunes en los que me duelen las manos de tanto arar. En los martes que huelen a estiércol y a campo recién mojado. En los domingos de tormenta donde lo único que se oye es el agua golpeando los cristales. La quiero aquí. No solo en esta cama. En todo.

Me dejo caer hacia atrás. El cuerpo se hunde sobre el colchón como si pesara el doble y me apoyo el antebrazo sobre los ojos. Y en voz baja, casi en un susurro que no espera respuesta, respiro su nombre:

—Emma...

Es decirlo y notarlo dentro. Como si tuviera filo y doliera, pero al mismo tiempo aflojara algo que llevaba años apretado.

El ventilador de techo gira despacio, la casa calla y el rancho duerme, pero yo no, porque Emma Jenkins me está

arrastrando a un lugar del que no quiero salir. Y lo sé. Lo tengo tan claro como que estoy aquí, solo, ardiendo en esta cama vacía:

«Emma Jenkins me está volviendo loco… y lo peor es que no quiero que pare».

Capítulo 11
Emma

No me reconozco en el espejo, a pesar de que me he peinado tres veces y me he quitado el brillo de labios otras tantas. Y aquí sigo de pie, frente al espejo, con el estómago tan retorcido que no sé si tengo hambre o ganas de llorar.

El vaquero oscuro que me he puesto me aprieta y se ciñe a mi cuerpo. Las botas me hacen daño en el talón, pero no quiero cambiarlas porque pegan con la blusa blanca de manga tres cuartos que he elegido para esta noche y que, por algún milagro, hace que mi piel parezca menos apagada.

Respiro hondo y me repito en voz baja:

—Hoy es la puñetera subasta.

Tengo que hacerlo. Se lo prometí a Nate y me lo prometí a mí. He dicho que sí. Lo he dicho en voz alta y varias veces. Pero ahora que tengo una pierna fuera del coche y la otra aún dentro, siento que el cuerpo no me obedece y que cada paso que doy hacia la plaza es un paso que doy en mi contra.

Escucho la música antes de que vea nada. Guitarras rápidas, tambores y alguna que otra voz demasiado entusiasta gritando algo desde los altavoces. Cuando doblo la esquina, lo veo todo.

La tarima con el toldo blanco, el micrófono apoyado en el atril de madera, las guirnaldas colgadas entre los postes de luz, las banderolas rojas, los bancos con paja y mantas a rayas para los asistentes y los focos disimulados entre los árboles que se irán encendiendo al anochecer. Todo tiene ese aire típico de rodeo que parece inofensivo, hasta que recuerdas que eres tú la que se va a subir ahí arriba. Trago saliva al ver que mi nombre está apuntado en una pizarra a un lado, justo después del nombre de otra chica a la que no conozco. Siento cómo me flaquean las piernas y me sudan

las palmas de las manos. Una pareja mayor me sonríe al pasar y yo intento devolverles la sonrisa, pero no sé qué cara me sale. Solo sé que tengo las mejillas calientes y el corazón descompasado. Justo en ese momento, noto cómo me vibra el móvil. Miro la pantalla y para mi sorpresa veo el nombre del casero del apartamento que he alquilado. Un mal presentimiento me aprieta el pecho antes de que descuelgue.

—¿Sí?

—Emma. Lo siento. —Su voz suena incómoda, como si ya supiera que lo que va a decir me va a joder el día—. Ha venido el técnico y tenemos una plaga de termitas peor de lo que pensábamos y tienen que fumigar todo el edificio.

—¿Qué significa eso? —pregunto, aunque ya lo intuyo.

—Que no puedes volver al piso en al menos tres días y tampoco te puedo asegurar que solo vayan a tardar ese tiempo...

Me quedo en blanco.

—¿Tres días?

—Como mínimo. Lo siento, de verdad. Me he enterado hace una hora.

—Ah… —no sé qué más decir, por lo que cuelgo sin más. No porque quiera ser grosera, sino porque si me quedo un segundo más escuchando su voz voy a romperme otra vez y justo en este momento rodeada de personas, que sé que están demasiado pendientes de mí, no puedo permitírmelo.

Miro a mi alrededor y veo que la gente va llegando. También hay niños con sombreros enormes de cowboy, que les tapan media cara; Mujeres con vestidos estampados y vasos de limonada.; y hombres con el sombrero calado hasta los ojos y las mangas sus camisas de cuadros subidas hasta los codos. Ríen, se saludan y comen bollos recién hechos. En cambio, yo continúo aquí, tragándome las ganas de salir corriendo.

Pero ¿salir corriendo a dónde? No puedo volver a mi apartamento, ni tengo ropa limpia. Ahora mismo no tengo un sitio a dónde ir. No tengo nada. Y encima voy a subirme a una tarima delante de todo el pueblo para pujar por una cita con Nate. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Una mano se posa en mi espalda y me doy la vuelta de golpe, con el cuerpo en tensión. Es una de las chicas de la organización, que me sonríe como si los males del mundo se hubieran evaporado como por arte de magia. Camino como puedo hasta la zona de participantes, donde hay un pequeño corrillo de gente apoyada en una valla improvisada con cuerdas y flores secas. Algunos ya han salido y otros esperan, pero todos parecen mucho más tranquilos que yo.

Me quedo en un rincón, intentando respirar con calma, mientras me repito que puedo hacerlo. Que esto solo es un evento benéfico, en el que participo porque se lo prometí a Nate a cambio de que él me hiciera el favor de hacerse pasar por mi novio. No obstante, ahora mismo no sé ni quién soy. Solo sé que el suelo tiembla bajo mis pies, que quiero volver a casa, aunque esa casa, ahora mismo, ya no existe.

La camiseta me roza la piel como si quemara y tengo las manos heladas. El murmullo general va subiendo de volumen a medida que se suceden las pujas y los nombres. Uno tras otro, los cowboys del pueblo suben a la tarima con más o menos ganas, entre risas, gritos y aplausos del público. Savannah los presenta con un desparpajo que parece innato, bromea, exagera algún dato y anima a las mujeres a levantar la mano.

—¡Vamos, chicas, que este también cocina! —grita mientras un tipo rubio se quita el sombrero entre vítores y posa como si estuviera en un anuncio de colonia.

La plaza está tan llena que cuesta caminar entre los bancos decorados y los puestos de dulces. En los árboles cuelgan guirnaldas hechas con retales de tela y las luces, aunque aún no han encendido todas, empiezan a marcar el paso de la tarde hacia la noche. El aire huele a algodón de azúcar, a cerveza recién abierta y a campo. A vida de pueblo en su versión más exhibida. Pero yo tengo la garganta cerrada.

«Tranquila. Solo es una subasta.»

Me repito mientras intento controlar el temblor de mis piernas. Cuando de pronto, el presentador cambia de tono. Baja la voz y estira las palabras, como si supiera que lo que viene es

especial. A mi alrededor noto cómo la gente empieza a murmurar, como si todo el mundo esperase ese momento. Como si hubieran venido solo por él.

—Y ahora… atención, porque este sí que es un premio que no se consigue todos los días. Tenemos aquí a Nate Russell.

El ambiente de la plaza cambia. No es algo que se vea, pero se siente. Y entonces lo veo. Camina hacia la tarima con las mangas arrugadas justo bajo el codo, los pantalones marcando unas piernas que saben lo que es trabajar de sol a sol, y las botas manchadas de polvo. El sombrero lo lleva echado hacia atrás, mal colocado, como si ni siquiera se hubiera mirado en un espejo antes de subir al escenario o le diera igual.

Con los labios entreabiertos y el pecho tan tenso que cuesta respirar, lo miro y me olvido de que estoy rodeada de gente. Me olvido del teléfono, de las termitas y de todo lo demás.

Nate sabe que todo el mundo lo está observando, pero no se pavonea. Se limita a avanzar con paso seguro y el gesto serio. No busca miradas, pero las arrastra todas. También la mía, por supuesto.

Se queda en el centro del escenario y mira al presentador. Luego al público y esboza una sonrisa pequeña, como cansada, como si se preguntara qué demonios está haciendo allí. Aunque no es solo la sonrisa lo que no cuadra con la escena, tampoco lo hace él y la forma en la que baja la mirada un segundo, como si le diera pudor ser el centro de todos los que estamos congregados en la plaza. Ese es el Nate que conozco, el que levanta una ceja cuando algo le incomoda, el que no tiene ni idea de lo que provoca, y por eso lo provoca aún más.

—¡Una cena con Nate Russell! —anuncia Savannah, que continúa siendo la presentadora—. ¿Quién da el primer dólar?

Hay una pausa y un segundo en el que todos los asistentes nos quedamos en silencio. Luego una mano se alza entre la multitud.

—Diez.

La voz es clara y femenina. Cuando busco de dónde viene, la veo. Alta, morena, de melena perfecta y vestido entallado. No es

del pueblo, porque no tiene el aire ni la piel ni los andares de quien pisa establos, pero sabe cómo comportarse. Sonríe al levantar el brazo, como si estuviera de broma, pero no del todo. A su alrededor, unas chicas ríen y Savannah aprovecha.

—Diez dólares por una cena con Nate. ¿Alguien da más?

Otra mujer levanta la mano. Luego otra y la puja sube a quince, a veinte... Nate niega con la cabeza y sonríe, como si no fuera con él, aunque las comisuras de su boca tiemblan. Lo sé porque se las estoy mirando como si no existiera nada más.

Me duele verlo ahí y verlas a ellas. También me duele la risa en el fondo de la plaza y los comentarios, porque él no es mío, nunca lo ha sido, pero tampoco lo es de ellas. Y, sin embargo, lo están comprando, lo están vendiendo y él lo permite. Y yo lo estoy viendo y no estoy haciendo nada. En ese momento, una punzada me cruza el pecho, no es solo de celos sino también de pánico. Una corriente que sube desde el estómago y me aprieta la garganta. Una sensación que no tiene forma, pero que lo llena todo, como si mi cuerpo dijera algo que mi cabeza no quiere escuchar.

«Van a llevárselo.»

No sé quién. Ni cómo. Pero sé que no quiero verlo con otra, ni quiero que nadie lo toque, ni quiero que otra escuche su risa cuando se relaja. Que le vea la nuca cuando se agacha a calzarse las botas, ni que descubra el tacto de sus manos grandes y la paciencia infinita que tiene. No quiero que nadie lo vea con mis ojos, ni con mi miedo, ni con mi deseo.

Y entonces ocurre. Sin pensarlo alzo mi mano derecha.

—¡Trescientos dólares! —grito.

Un silencio se extiende por la plaza, para justo después escucharse una carcajada y luego otra. Después una ola de gritos y vítores que me sacude entera. La gente aplaude y alguien silba. Una mujer con la sonrisa torcida me lanza una mirada que me recorre de arriba abajo, pero no me arrepiento. Ni siquiera pienso, solo respiro como si acabara de correr durante kilómetros sin parar.

Nate me mira desde lo alto de la tarima, buscando mis ojos con los suyos. No dice nada, ni siquiera se ríe. Solo me observa con esa intensidad que tiene cuando no sabe qué sentir. Su sonrisa ha

desaparecido de sus labios y por su gesto deduzco que no sabe si debe agradecerme o echarse a reír, pero no se mueve. Se queda quieto, con el sombrero ya en la mano y la camisa pegada al pecho.

Savannah rompe el momento.

—¡Vendida! —grita—. ¡Una cita con Nate por trescientos dólares!

Las luces parpadean y el micrófono chirría un poco. La multitud vuelve a agitarse y Nate baja los peldaños de la tarima sin apartar la mirada de mí. Cuando está a medio camino, me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que acabo de hacer. Solo sé que la camisa vaquera le queda como de maravilla, que tiene la mandíbula apretada y que camina hacia mí como si esperara una explicación. Pero no la tengo, porque ni yo misma sé qué he hecho. Solo sé que no podía quedarme allí mirando y que lo quiero cerca, aunque sea solo por una noche.

El mantel de cuadros rojos y blancos tiene una mancha de vino y una esquina quemada por una vela. El camarero me ha guiñado un ojo antes de dejarnos solos y ha dicho algo como «ya era hora», pero yo estaba demasiado ocupada intentando respirar con normalidad como para contestarle. Ahora estamos frente a frente. Nate y yo. Sentados en una mesa ridículamente pequeña, en un rincón del restaurante más íntimo de todo Cactus Valley.

No sé por qué he pedido vino blanco, porque no suelo beber vino y menos en verano, pero necesitaba tener algo entre las manos. Nate ha pedido una cerveza y se ha apoyado en el respaldo, con los brazos cruzados, como si quisiera tomar distancia. Aunque cada vez que levanta la vista y la posa en mis ojos, siento que me desviste por dentro.

—¿Así que trescientos dólares? —dice, sin cambiar la expresión.

Muerdo el borde de la servilleta. No sé si reírme o pedirle disculpas.

—He entrado en pánico. Supongo que necesitaba salvar tu reputación —respondo sin pensar demasiado encogiéndome de

hombros.

Él se inclina un poco hacia delante.

—¿La mía? ¿O la tuya? —me dice a media voz.

Tardo un segundo en contestar. El tiempo suficiente para que me tiemble un poco la mano al coger la copa. No quiero mentirle, pero tampoco sé cómo decir lo que me hizo levantar el brazo sin pensarlo y decir esa cifra absurda solo para no verlo irse con otra. Aunque él no sea mío, ni nunca lo haya sido.

—La nuestra —respondo al final.

Él asiente despacio, sin apartar los ojos de mí. La cerveza sigue intacta entre sus dedos y me da la sensación de que también está conteniendo palabras, impulsos, recuerdos…

—No tienes que justificarte, Jenkins —dice entonces—. Aunque ha sido bastante impresionante. Hasta he visto a la señora Barlow aplaudirte.

Suelto una carcajada tonta. El camarero, que ha vuelto para dejarnos unas patatas en el centro de la mesa, se nos queda mirando un segundo de más antes de marcharse con una sonrisa.

—Puede que me haya pasado, pero es que la morena del vestido ajustado me estaba poniendo de los nervios.

—¿Cuál? ¿La que gritó que sabía montar mejor que yo?

—Esa misma.

—Pues suerte que has pujado tú. A saber lo que me habría tocado hacer en esa cena.

—¿Montar? —le lanzo una mirada entre divertida y peligrosa —. ¿O ser montado?

Él abre mucho los ojos y se lleva la mano a la boca fingiendo escándalo. Me echo a reír, esta vez de verdad. Una risa desenfadada y ligera, como si durante unos segundos todo este enredo no me doliera. Pero en cuanto se apaga mi risa, vuelve el silencio. Él baja la mirada un instante, como si le estuviera dando espacio a algo. Luego vuelve a subirla hasta mis ojos lentamente.

—¿Esto es una cita? —pregunta sin parpadear.

—Creo que sí —respondo, apenas sin voz.

Él asiente y su mandíbula se tensa. La luz del farolillo que cuelga justo encima de nuestra mesa le marca la curva del cuello, la

sombra del pómulo y el contorno de la boca. Esa boca… Me doy cuenta de que hace rato que no respiro con normalidad.

—No se parece a ninguna cita que haya tenido antes —añade.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende —me contesta alzando una ceja.

—¿De qué?

—De si vas a detenerme si te beso.

Mi espalda se arquea sin querer. Como si mi cuerpo respondiera antes que mi cabeza. Él no se ha movido aún, pero ya siento que está demasiado cerca o demasiado dentro de mí. No sabría decirlo. No puedo apartar los ojos de su boca. No hay risas ahora, ni excusas, ni bromas para salir del paso… Ahora solo estamos él y yo en un rincón demasiado pequeño de un restaurante que parece fuera del tiempo.

Nate se inclina despacio, como si me estuviera dando la opción de alejarme, aunque sepa que no pienso hacerlo.

El aire cambia o eso me parece a mí. De pronto todo se reduce al roce de sus dedos sobre la mesa, a la curva de sus labios cuando se abren medio milímetro, a su respiración rozando la mía y a mi pecho que no encuentra el ritmo habitual de mi corazón.

—Emma… —susurra.

No digo nada, porque no hace falta. Mis labios están demasiado cerca de él. El vino se me ha secado en la lengua y todo lo que quiero y deseo está justo ahí, a muy poca distancia de mí. Entonces me besa. Sin prisa, sin fingirlo y sin buscar una excusa. Su boca encuentra la mía como si ya supiera el camino y esto fuera inevitable. Como si lleváramos toda la vida acercándonos sin saberlo. Cierro los ojos y dejo que me bese de verdad y sin necesidad de público y sin mentiras.

Él me besa. Yo lo dejo. Y esta vez… no lo detengo.

Capítulo 12
Nate

La puerta del copiloto se cierra con un golpe sordo. Emma deja el bolso a sus pies, se cruza de brazos sobre el regazo y se queda mirando al frente como si las luces apagadas del rodeo pudieran darle alguna respuesta. Yo arranco la camioneta, pero no meto la marcha todavía.

—¿Estás bien? —pregunto sin girarme del todo.

Ella tarda en contestar y cuando va a empezar a hablar, se humedece los labios y traga saliva.

—No tengo dónde ir esta noche.

Parpadeo, dándole tiempo por si va a continuar a hablando, pero no aparto la vista de su cara.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado mi casero mientras estábamos en la subasta para decirme que el edificio tiene una plaga de termitas y tienen que fumigar todo. Así que no puedo volver en al menos tres días.

La observo mientras habla y me fijo en que juega con el borde de la manga de su blusa. El pelo empieza a soltarse del recogido improvisado que se ha hecho antes de subir al coche y hay un mechón que le roza la mejilla. Me gustaría apartárselo, pero no lo hago.

—Te vienes conmigo —digo sin pensarlo.

Ella levanta la cabeza despacio.

—¿Dónde?

—Pues dónde va a ser… —le respondo encogiéndome de hombros.

—¿A tu casa?

—Claro. ¿Dónde si no? No vas a quedarte en un banco del pueblo ni en un motel de carretera. Te vienes al rancho. Hay espacio de sobra.

Sus ojos se clavan en los míos. Quizá está pensando que le estoy haciendo una broma, o que se lo digo con una segunda intención, pero no hay ninguna.

—Gracias —susurra.

—No hay de qué —le contesto con una sonrisa antes de quitar el freno de mano y meter la marcha.

—Savannah me ha ofrecido que me vaya a su casa…

—¿Quieres que te lleve a su casa?

—La verdad es que no me apetece demasiado…

—Lo sé, por eso prefiero que te quedes en el rancho.

—Sí, será mejor…

La camioneta avanza despacio por la tierra compacta del aparcamiento, y cuando salimos de la zona del rodeo, las luces traseras del último camión se pierden a lo lejos. El pueblo duerme, Emma respira hondo y yo también. Y durante un rato, nos quedamos en silencio. El trayecto hasta el rancho apenas dura unos minutos, pero la forma en la que el silencio se acomoda entre nosotros lo hace eterno. Emma no ha dicho ni una palabra desde que subimos a la camioneta. Mira hacia fuera, aunque el cristal solo le devuelve sombras y reflejos. Tiene las manos juntas sobre las piernas y aprieta los labios como si no se fiara de lo que podría salir si los abriera.

El volante me cruje bajo los dedos. Lo agarro con más fuerza de la necesaria, intentando no pensar en lo que acaba de pasar, en ese beso que no debería haber sido, pero que no cambiaría por nada. Un beso que me ha encendido el cuerpo como si no llevara semanas ardiendo por dentro cada vez que ella se me acerca o me mira o pronuncia mi nombre.

Al girar el último tramo del camino de tierra, el rancho aparece entre los árboles como una silueta conocida, pero esta vez todo me parece distinto. El porche en penumbra, la luz parpadeante del farol junto al granero, la silueta del corral al fondo… todo sigue igual y, al mismo tiempo, todo ha cambiado. Porque ella está aquí y va a quedarse esta noche. Porque no tengo ni la menor idea de cómo voy a sobrevivir a esto sin tocarla.

Aparco sin apagar del todo el motor. Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve. Después ella suelta el cinturón, baja con cuidado y me obliga a hacer lo mismo. El crujido de las botas sobre la grava me suena a presagio y también el sonido hueco de los escalones de madera al subir al porche.

Busco las llaves en el bolsillo. Cuando las saco, noto cómo me tiemblan un poco los dedos cuando las meto en la cerradura. El clic metálico me retumba en las sienes. Empujo la puerta con más fuerza de la que pretendía y la madera gime al abrirse. Emma entra con paso corto, como si no quisiera molestar ni tocar nada. Mira alrededor con los ojos muy abiertos, aunque ya ha estado aquí. Pero esta vez es diferente, porque esta vez es de noche y está conmigo a solas.

—¿Estás segura de que no prefieres que te lleve con Savannah?

Ella se gira despacio. Me mira y tarda en contestar, pero cuando lo hace, su voz suena tranquila.

—No. Prefiero quedarme aquí. Si no te importa.

Trago saliva antes de contestar y me rasco la nuca con una mano, intentando disimular el temblor que se me cuela por el estómago.

—Claro que no me importa.

Nos quedamos, a medio metro el uno del otro sin movernos y sin saber muy bien qué hacer ahora. Yo intento pensar con claridad, pero todo lo que tengo dentro de mi cabeza es una maraña de ruido y calor. Porque su presencia lo llena todo y porque aún puedo saborearla en mis labios. Además, sé que va a dormir a menos de un palmo de mí. Y no tengo ni idea de cómo coño voy a hacer para no estropearlo todo.

Emma se adelanta un paso, sin decir nada. Lleva los brazos cruzados y el pelo un poco revuelto por el viento, pero su espalda sigue recta, como si cada centímetro de su cuerpo supiera que está entrando en terreno peligroso. La sigo con las llaves aún en la mano. No enciendo la luz del techo, porque con las lámparas del recibidor y del salón bastan. No es que queramos vernos del todo, ni tampoco escondernos. Solo nos sentamos cada uno en un extremo del sofá

como si no acabáramos de creernos lo que ha pasado hace apenas una hora.

No hay rastro de música, solo nos acompaña el cantar de los grillos y el tic del reloj de la cocina. Emma se remueve un poco en el sofá, como si el cuerpo le pidiera irse, aunque ambos sabemos que no tiene dónde. Me aclaro la garganta y señalo con la barbilla hacia el pasillo.

—Puedes dormir en mi habitación. Yo me quedo en el sofá.

Ella niega antes de que acabe de hablar.

—No seas idiota.

—No es ninguna heroicidad. Es lo normal.

—No —responde, alzando la voz lo justo—. Lo normal sería que durmiéramos los dos en la cama y que dejáramos de actuar como si no hubiera sucedido nada entre tú y yo.

No sé qué decir a eso. Me quedo quieto, con los brazos apoyados en las rodillas y mirándola sin saber por dónde seguir. Hay algo en su forma de mirarme, tan directa y a la vez tan jodidamente frágil, que me hace tragar saliva.

—Te voy a buscar algo de ropa para que te pongas cómoda —le digo yendo hacia la cajonera de mi habitación.

Cuando regreso se lo tiendo, ella lo coge y deja el bolso en una de las sillas del comedor y se dirige al baño.

La puerta del baño se cierra con un clic suave que resuena en la quietud del dormitorio. Me quedo de pie en medio de la habitación, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la espalda recta, como si no supiera muy bien qué hacer con mi cuerpo. La colcha está estirada y las sábanas tensas como las cuerdas de una guitarra. He cambiado toda la ropa de cama en cuanto hemos llegado, como si eso pudiera borrar lo que significa que Emma duerma aquí esta noche. He puesto una botella de agua en su mesita y he entreabierto la ventana, para que el frescor de la noche amortigüe un poco el calor del dormitorio.

La luz del techo aún está encendida, pero parece muy blanca. Demasiado clara para la oscuridad que se me está empezando a formar por dentro. Me paso la mano por la nuca y me vuelvo a sentar al borde de la cama, con la espalda inclinada y los

codos sobre las rodillas. Me miro las botas, luego el suelo y luego otra vez las botas. Escucho el sonido del grifo en el baño y después una puerta de armario. Pasos breves y después de nuevo silencio. Mi pecho se contrae sin motivo o, quizás, con demasiados a la vez.

Cuando Emma sale, no digo nada ni ella tampoco. Se queda en el umbral, con mi camiseta, que le queda demasiado grande y no deja ver nada pero que, al mismo tiempo, enseña más de lo que debería. El pantalón de algodón le llega justo a media pierna. Lleva el pelo recogido, como si se lo hubiera agarrado sin mirarse al espejo. Me mira, pero ni sonríe ni baja la vista. Me observa con una intensidad que se me clava entre las costillas.

—Está bien así —dice al fin, con un tono tranquilo, como si no pasara nada.

Se acerca y se mete en la cama. Lo hace con naturalidad, sin prisa. Como si esto fuera lo más normal del mundo, pero no lo es. Me levanto y apago la luz del techo. Luego rodeo la cama y me tumbo al otro lado con cuidado y sin mover demasiado el colchón ni rozar su cuerpo. Ella está boca arriba, con una mano sobre el vientre y yo también.

La ventana deja entrar una luz tenue, azulada, lo justo para intuir el contorno de su cara, la línea de su nariz y el movimiento leve de su pecho al respirar. Se escucha cómo los grillos cantan fuera y un caballo resopla en el establo. El ventilador gira con su zumbido lento. Pero lo que de verdad noto es a ella, su presencia, el calor de su cuerpo y el perfume leve de su champú, que me llega a ráfagas y me revuelve algo dentro que no sé cómo nombrar.

No la toco, aunque cada centímetro de mi cuerpo grita por hacerlo. Tengo las manos sobre el abdomen, la mandíbula tensa y los pies anclados como si tuviera que contenerme desde los talones. La sábana nos cubre a los dos hasta la cintura. Ella no se mueve y o tampoco.

—Gracias por dejarme quedarme aquí —susurra de pronto.

—No tienes que darme las gracias. No es ningún favor.

—Claro que lo es —insiste.

—No, no lo es, de verdad.

Pasa un rato lo bastante largo como para que me duela el cuello de no girarlo hacia ella.

—Buenas noches, Nate.

Su voz suena más baja y cercana. Me giro muy despacio, sin hacer ruido y la observo con la poca luz que entra por la ventana. Tiene los ojos cerrados, el pelo desordenado sobre la almohada y la boca entreabierta. Respiro por la nariz para no hacer ruido. Mi respuesta sale más baja de lo que esperaba, casi ronca.

—Buenas noches, Emma.

No sé si me oye. Pero yo sí escucho su respiración. El modo en que se acomoda con un pequeño suspiro, como si ya estuviera dejando atrás el día. Cierro los ojos, pero no sirve de nada, porque la tengo al lado y en mi cama. Tengo el cuerpo en tensión y la cabeza patas arriba. Y aún no he logrado dormir ni un minuto.

Me doy la vuelta hacia el hueco de su cuerpo bajo las sábanas. Lo hago despacio, con cuidado de no rozarla, aunque lo que más deseo en el mundo ahora mismo es pegarme a su espalda y meter la cara en la curva de su cuello. Cierro los ojos, pero no sirve de nada. Los abro otra vez. La habitación no está completamente a oscuras, porque la luz de la luna entra por la ventana entornada, más como un reflejo lechoso que como un haz claro.

Emma respira de forma distinta, más tranquila y profunda. A su ritmo. El ritmo del sueño. Pero no sé si eso me da paz o me jode más todavía.

La noto moverse. Es un gesto suave, casi imperceptible. Un giro de su cuerpo bajo la tela fina de la camiseta. La sábana se tensa un poco, como si el colchón reclamara su forma. No veo bien lo que hace, pero lo siento. Su brazo cruza el espacio que nos separa y su mano acaba apoyada en mi pecho. Justo encima del corazón como si lo supiera. No presiona. No busca nada, solo reposa como si ese fuera el sitio natural y ya hubiera estado ahí antes.

El temblor que me recorre empieza por la base del estómago y sube despacio, por las costillas, hasta los hombros. Me muerdo la lengua por dentro para no hacer ningún ruido. No quiero

despertarla, ni romper esto. Sea lo que sea. Lo que hay ahora mismo en esta cama es tan frágil que un suspiro podría destrozarlo.

Apoyo la mano sobre la sábana, cerca de la suya. No la toco ni la acaricio, pero necesito tenerla cerca. Algo que me recuerde que esto está pasando de verdad. Cierro los ojos otra vez y trago saliva. Me duele el pecho, pero no de miedo ni de deseo, sino de algo más lento, grande y hondo. Como si esa mano, dormida e inconsciente, acabara de arrancarme un trozo de alma y se lo hubiera llevado con ella sin darse cuenta.

El techo está oscuro, pero yo sigo viéndolo como si pudiera descifrar algo en él. Las sombras que proyecta la ventana no me dicen nada, solo me recuerdan que no estoy durmiendo, porque no puedo o no quiero, no lo sé ya.

El cuerpo de Emma sigue a mi lado caliente y tranquilo. Su mano aún está sobre mi pecho, podría quitarla y apartarme, pero no lo hago. Me quedo quieto, con el brazo en tensión, el pecho en llamas y el corazón a un ritmo que no le había pedido.

No sé en qué momento llegamos a esto. En qué instante la línea se convirtió en algo difuso. Solo sé que ya no la distingo y que me cuesta incluso recordar por qué empezamos con esta mentira. Sé que había una razón con una lógica detrás, una especie de trato para salir del paso… pero ahora todo eso me suena a una broma pesada. Porque esta mujer no es una solución sino una pregunta constante. Un nudo en la garganta y un anhelo que no se diluye con cerveza ni con trabajo.

No sé si esto es amor. No sé si se puede llamar así cuando lo que sientes no te deja dormir. No sé si es amor cuando lo único que deseo es que nunca se despierte, solo para poder seguir mirándola así. Que descanse a mi lado con ese abandono tan jodidamente íntimo que me dan ganas de hacer una estupidez.

Suspiro.

No me atrevo a moverme. Ni a rozarla. Ni a pensar demasiado alto.

Y ahí, justo antes de que me venza el insomnio, antes de que me deje llevar por este temblor que no se me quita, una frase seca, cruda y real me atraviesa como una en medio del pecho.

«Si todo esto es un juego, ya no sé cuándo hemos dejado de jugar.»

Capítulo 13
Emma

El primer pensamiento que tengo al abrir los ojos no es una pregunta ni tampoco es culpa y ni siquiera es miedo. Es una sensación de estar… dentro de algo. Una calma que no esperaba, que no estaba buscando y que tampoco creo merecer, pero ahí está.

Estoy en su cama. ¡Su cama! La sábana me roza la piel desnuda de las piernas y aún huele a detergente y a él. La vieja camiseta que me ha dejado me cubre hasta medio muslo. Me echo hacia atrás en la almohada y dejo que el mundo se acomode alrededor como si no tuviera que fingir que no me importa dormir donde no me toca.

La luz es suave, el runrún del ventilador ha parado y, desde fuera, se cuela el rumor sordo de un caballo pisando la tierra o el canto torpe de un gallo sin reloj. Me estiro un poco antes de incorporarme y siento cómo mis músculos crujen con esa pereza buena que solo aparece cuando has descansado más de lo que esperaba. Me tapo con la sábana hasta la cintura, sin atreverme a mirar al otro lado del colchón, porque no sé si Nate sigue ahí o si ha madrugado como el cowboy que es. Me giro hacia su lado, pero no hay rastro de su cuerpo, solo una hendidura en el colchón y su inconfundible aroma.

Salgo de la cama despacio y me recojo el pelo con una goma que dejé antes de acostarme encima de la mesita. Estoy descalza, pero el suelo no está frío. Camino por el pasillo escuchando el crujido suave de la tarima de madera bajo mis pasos y el rumor lejano de lo que parece algo cocinándose en una sartén. En ese instante, me llega un delicioso olor a café. No de cápsula, ni de hotel, ni de cafetería de autopista sino hecho en casa. De los que huelen antes de estar listos. Me asomo al marco de la puerta, pero no digo nada.

Nate está de espaldas. Lleva el pelo alborotado y el cuerpo desnudo de cintura para arriba. Los omóplatos se le marcan con cada movimiento de los brazos, y la piel de la espalda tiene un tono dorado por el sol. Se inclina hacia la sartén y la mueve con la cuchara de madera. Está haciendo huevos, creo. Aunque no me importa, porque lo que tengo delante no es un hombre cualquiera preparando el desayuno. Es él en su cocina y conmigo.

La cafetera empieza a burbujear y de repente las tostadas saltan en la tostadora. Él se gira y al verme, me lanza una de esas sonrisas que no enseñan dientes, solo confianza.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Mucho mejor de lo que pensaba —contesto sin moverme del umbral.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —digo bajando la vista hacia el suelo.

Nate arquea una ceja y señala la taza que está justo al lado de la cafetera.

—Entonces empieza por esto.

Camino hasta la encimera y cojo la taza con las dos manos. El calor del café me calienta los dedos. Doy un sorbo pequeño y me dejo envolver por el delicioso sabor amargo del café.

Nos quedamos en la cocina sin hablar demasiado. Apoyados en la encimera, con el olor a pan tostado flotando entre nosotros. Nate me pone los huevos revueltos directamente desde la sartén a un platito. Yo lo cojo con una sonrisa que no sé muy bien de dónde sale. Puede que de esa parte de mí que ha dejado de ir con el freno echado.

La cocina parece más grande por la mañana o más cálida. La nevera tiene fotos viejas pegadas con imanes de rodeo y pegatinas de cerveza. En una de ellas sale él con un caballo. En otra, aparece con un sombrero ladeado y una sonrisa torcida. La luz que entra por la ventana no embellece nada, pero lo hace más real. Hay un bote de miel abierto junto al fregadero y un tarro de mermelada sin etiqueta. Todo parece colocado al azar, pero de una forma en la que nada desentona.

—Hueles bien —le digo, casi sin pensarlo.

Él me mira de reojo, como si no se esperara el comentario.

—Es el café.

—No. Eres tú.

No me responde, pero sonríe. No esa sonrisa que te dan por compromiso, sino una que se le sube por las mejillas y le cambia hasta la forma de mirar. Me acerco un poco más hasta ponerme a esa distancia exacta en la que las cosas todavía no arden pero ya se sienten calientes.

De repente, una voz femenina y alegre se escucha desde fuera:

—¡Nate! ¿Estás ahí, hijo?

Él deja el tenedor en el plato con un golpe seco y yo lo miro, confusa. Nate me devuelve la mirada y abre los ojos como si acabara de recordar algo importante.

—Es mi madre.

—¿Nate? ¿Estás despierto? He traído mermelada casera —insiste la voz que cada vez se escucha más cerca.

Mi columna se endereza como un resorte y el corazón me da un salto en el pecho. Me recojo el pelo con la mano, intentando arreglarme como puedo. Miro a Nate, que se ha girado hacia la puerta, pero no parece ni sorprendido ni alarmado, solo... incómodo.

Escuchamos cómo los pasos avanzan con decisión sobre la tarima del pasillo, hasta que su madre aparece en el umbral. Lleva un vestido con flores minúsculas que le llega por debajo de la rodilla. El moño en lo alto de la cabeza parece un poco despeinado, aunque eso no le resta ni un gramo de autoridad. En un brazo lleva una cesta con dos botes envueltos en tela y en la otra mano, una bolsa de pan. Pero, entonces, me ve y se detiene en seco. Observa mi cara y luego baja la vista y se fija en la camiseta amplia y de su hijo, que me cubre hasta medio muslo. Luego levanta la cabeza y lo mira a él y se queda en silencio durante un instante, que se me hace eterno.

—Pero bueno —dice al fin, con una carcajada tan franca que me sobresalta—. ¡Si eres tú! ¡Madre mía, qué cambiada estás! ¡Cuánto tiempo sin verte, muchacha!

Antes de que pueda decir nada, planta la cesta sobre la encimera y me abraza con una efusividad que me pilla desprevenida. La tela de su vestido roza mis brazos desnudos mientras me envuelve con un cariño que no sé cómo gestionar.

—Hola... —acierto a decir, con la voz algo temblorosa.

—Pero mírate. Estás guapísima. Siempre tuviste esa piel tan bonita, pero ahora… vamos, que se nota que te sienta bien el aire de aquí.

Me echa un vistazo más atento, con la cabeza ladeada y una media sonrisa. Tiene los ojos de Nate. No del mismo color, pero sí la misma forma, la misma manera de mirar.

—No esperaba encontrarte aquí esta mañana —me dice, pero en su tono no hay reproche, solo una especie de alegría maternal—. Aunque mira, me alegra tanto, porque te veo mejor que nunca.

Me vuelve a rodear con los brazos y, por suerte, esta vez no me tenso. Me dejo hacer, como si ese gesto suyo hubiera disuelto el nerviosismo que llevaba agarrado al pecho desde que he escuchado su voz.

—Estás igual que cuando venías a casa con tu mochila cargada hasta los topes. ¿Te acuerdas? Te pasabas las tardes en el porche leyendo mientras este cabeza hueca —señala a Nate sin mirarlo— estaba en el establo haciendo como que trabajaba.

Nate se cruza de brazos, apoyado contra el fregadero, sin saber muy bien dónde meterse.

—Mamá...

—No, no, no me interrumpas ahora que tengo a una invitada de verdad. ¿Te he contado que siempre me encantó esta chica? Siempre tan educada y sensata. Pero con un punto rebelde que se le notaba en la forma de andar, ¿verdad?

—Sí, claro. Me acuerdo —digo, y no miento.

Recuerdo aquella casa, de su olor, de sus plantas en las ventanas y de los bizcochos que dejaba enfriar sobre la encimera. De cómo siempre tenía algo que decir sobre cualquier cosa, pero lo hacía con la experiencia de quien ha vivido mucho y no se arrepiente

de nada. Me acuerdo también de sus risas y de cómo me ponía la mano en la espalda como si supiera que yo la necesitaba.

—¿Quieres café, mamá? —pregunta Nate, rascándose la frente con un gesto torpe.

—Café, siempre. Pero con una pizca de leche, ya sabes.

Nate se gira para servírselo, pero cuando le da la espalda, ella me mira de nuevo. Y en ese instante, sin que me lo espere, me guiña un ojo. Un guiño cómplice sin una pizca de incomodidad. Solo una aceptación tan limpia y sencilla que me desarma. No sé si ha asumido que hemos pasado la noche juntos o si simplemente le parece lógico que esté aquí. Pero lo cierto es que, después de mucho tiempo, me siento como si tuviera un sitio en el que quedarme.

Me pasa un brazo por los hombros y me lleva hacia la mesa como si llevara haciéndolo toda la vida.

—¿Te gusta la mermelada de arándanos o eres más de fresa?

—Me gustan las dos —respondo sin pensarlo, con una sonrisa que me sale sin permiso.

—Así me gusta. Que no te pongas exquisita, que aquí se come lo que hay.

Me suelta la frase mientras me sirve un poco de pan con la mermelada morada y espesa que saca del tarro. Huele dulce y a fruta de verdad. Me pasa el plato y se sienta frente a mí como si no pudiera imaginarse un plan mejor que desayunar con nosotros esta mañana. Tiene las mejillas coloradas y un brillo alegre en los ojos. Entonces suelta la pregunta como si se le escapara sin querer, aunque el tono no tiene nada de inocente.

—Bueno, ¿y qué? ¿Vosotros estáis saliendo?

La pregunta me cae encima sin esperarla. Nate se da la vuelta con la taza en la mano y su madre lo mira con una ceja levantada y una expresión demasiado divertida.

—Mamá...

—¿Qué? Es una pregunta como otra cualquiera. Si estuviera embarazada, también lo querría saber, ¿no?

—No estoy embarazada —aclaro con una risa que me sorprende a mí misma.

—Ya lo sé, mujer. Era un ejemplo. Pero, vamos a ver, ¿esto es una cosa seria o estáis haciendo el tonto?

Abro la boca para contestar, pero no me sale ninguna frase. No tengo un discurso preparado ni tampoco sé cuál sería la respuesta políticamente correcta. Solo sé que miro a Nate, que él me sostiene la mirada, y que ni uno ni otro dice nada. Así que solo me encojo de hombros, bajo un poco la mirada y murmuro:

—No lo sé. Pero... no lo estoy negando.

Su madre asiente despacio y sonríe antes de dar un sorbo de su taza. Luego nos mira a los dos con una expresión propia de quien ya han visto pasar todos los líos del amor por delante de sus narices.

—Ya era hora, os lo digo en serio. ¡A mí no me engañáis! Pues entonces a ver si no lo estropeáis.

La frase se queda sobrevolando nuestras cabezas, como una advertencia que suena más a deseo que a amenaza.

Me meto un trozo de pan en la boca para no tener que decir nada más y mastico despacio, dejando que el sabor de la mermelada se mezcle con todo lo que estoy sintiendo ahora mismo. Porque, por primera vez desde que llegué a Cactus Valley, tengo la sensación de que esto no tiene que ser una pelea constante y que a lo mejor hay algo más allá del miedo. Algo parecido a un hogar.

Le lanza una mirada cómplice a su hijo, que sigue sin hablar. Se encoge de hombros como si no le sorprendiera y empieza a recoger los papeles de la bolsa del pan.

—Bueno, me voy ya y os dejo tranquilos. Tengo que pasar por casa de mi hermana antes de que empiece a hacer más calor. Pero volveré. Eso seguro.

Me da un beso rápido en la mejilla y noto que huele a crema de manos y a albahaca fresca.

—Encantada de verte, Emma. De verdad. Dale un beso a tu madre si la ves. Y si no, díselo de mi parte cuando hables con ella.

—Gracias… por todo —respondo sin saber muy bien a qué me refiero.

Nate la acompaña hasta la puerta, aunque ella insiste en que no hace falta. Cuando se marcha, el silencio que queda es distinto como si se hubiera dicho algo muy importante, sin necesidad de decirlo en voz alta. Me quedo mirando el mantel de cuadros, las migas sobre la encimera y la cuchara olvidada junto al bote de mermelada. Y por primera vez, no me parece una locura imaginarme quedándome aquí un poco más, no como huésped, ni como solución de emergencia sino como alguien que pertenece a este lugar.

—¿Quieres más café? —me pregunta Nate sin mirarme del todo.

—Vale.

Lo observo mientras lo prepara. Podría decir que lo hace con gesto automático, pero no es verdad, porque cada cosa que toca la trata como si pudiera romperse. El filtro, la cuchara, la tetera metálica que vuelve a posar sobre el fuego… Sus movimientos hablan por él y dicen que es un hombre práctico y con ternura en los dedos.

Recojo los platos de la encimera y me sorprende sentirme más tranquila de lo que creía.

—Déjalos, ya los friego yo luego —murmura Nate, cuando ve que los empiezo a enjabonar.

—No pasa nada, me gusta hacerlo—le respondo sin levantar la voz.

Él me mira un segundo y luego se acerca con su taza sin insistir. Estamos codo con codo. Él seca y yo enjabono. El sonido del agua cayendo por el borde del fregadero se mezcla con el leve tintineo del cristal al tocarse. Me sorprende lo bien que nos entendemos en el silencio, como si lleváramos años ensayando este gesto cotidiano y ahora lo ejecutáramos de memoria.

Su brazo roza el mío al coger un plato y no me aparto, porque me gusta.

—Mi madre te adora —dice al cabo de un rato, casi con desgana después de dar un sorbo a su taza de café.

—Sí, lo he notado.

—Siempre ha tenido debilidad por las mujeres que no se dejan pisar.

Me río un poco, sin mirarlo.

—¿Eso crees que hago yo?

—Creo que eres más fuerte de lo que crees.

Su voz tiene algo distinto y me atraviesa como una caricia larga, de las que se quedan en la piel durante mucho rato.

Vuelvo al agua caliente y noto cómo la espuma me lame los nudillos. El último cubierto es un tenedor que se ha colado entre los platos, con uno de los dientes torcidos. Lo aclaro despacio y dejo que el chorro resbale por el metal mientras lo sujeto con firmeza. Y ahí, en ese gesto tan absurdo, algo se me ordena dentro.

No sé en qué momento exacto ha pasado. No sé si fue en su cama, o cuando me ha pasado la taza con el café, o cuando su madre ha dicho eso de «ya era hora», o cuando él me ha defendido sin una palabra. Pero ha sucedido, porque ahora tengo la certeza de que ya no estoy de paso, ni en modo huida. Desde que toda esta movida ha empezado, la idea de quedarme no me parece una locura ni un error. Me parece natural, como si no hubiera nada más que tuviera más sentido.

Respiro hondo y me giro para mirar a Nate, que también me está mirando. No digo nada, aunque por dentro lo digo todo. Y aunque me asuste, aunque no lo entienda del todo, aunque aún me resista a verbalizarlo en voz alta, hay algo dentro de mí que lo empieza a aceptar que le amo. Sí, le amo… tampoco me parece tan imposible, ¿no?

Capítulo 14
Nate

Hay algo en el ambiente esta noche que no sé si me gusta o me incomoda. A veces, en Cactus Valley, las cosas parecen más claras bajo la luz sucia de los faroles que durante todo el día bajo el sol. Pero hoy no. Esta noche hay un zumbido de fondo que no me termina de dejar en paz, aunque el pueblo parezca en calma.

El bar tiene las ventanas abiertas y la música se escapa por ellas como si fuera humo. Una guitarra rasguea con pereza una canción que conozco, aunque no recuerdo de quién es. Empujo la puerta con el hombro y dentro el calor es agradable. La gente habla, se ríe y levanta los botellines de cerveza para brindar con alguien de la otra punta. Savannah está en la barra con un vestido de tirantes y un vaso de whisky con hielo. Wyatt le dice algo al oído que la hace reír por lo bajo. Todo parece como siempre, pero no lo es, porque esta noche Emma está conmigo. Camina un paso detrás de mí, como si no estuviera del todo segura de si estar aquí o salir corriendo. Lleva puestos los mismos vaqueros de la fiesta, esos que se le ajustan como si hubieran nacido con su cuerpo, y una camiseta mía, anudada a un lado de la cintura. No le cuelga, ni le queda grande. Le queda perfecta. Como si lo hubiera hecho aposta, sin esfuerzo, pero sabiendo exactamente el efecto. Y no hay nadie en este sitio, ni una sola persona, que pueda mirar a otro lado cuando la ve entrar.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, una junto a la pared de madera vieja, donde a veces cuelgan carteles de rodeos o anuncios de tractores. Ella se sienta a mi lado y deja que nuestras rodillas se rocen, pero no se aparta.

—¿Qué te apetece beber? —le pregunto sin mirarla demasiado, porque sé que si lo hago voy a olvidarme de todo lo demás.

—Una cerveza. Fría, por favor —responde con esa media sonrisa que le sale cuando se siente más vulnerable de lo que le gustaría.

Pido dos y cuando nos las traen, le paso la suya y siento el roce de sus dedos con los míos. Tiene las uñas cortas y los nudillos suaves. No hablamos demasiado, pero tampoco hace falta. La música sigue, la gente bebe y las conversaciones se cruzan entre las mesas. Alguien nos mira, no sé si es Savannah, si es Nora o si es cualquier otro con ganas de empezar un chisme nuevo. Pero me da igual. Emma coge la botella y da un trago sin apuro. Luego me mira, y hay algo en su expresión que me hace querer besarla ahí mismo, me contengo y no lo hago, pero estoy cerca.

Sus piernas están cruzadas y cada vez que se mueve, mi muslo nota el roce. El vaquero se le pega a la piel como si hiciera calor, pero no. El aire dentro del bar es fresco, ventilado por las corrientes que entran desde la calle. Tiene el pelo suelto y ligeramente revuelto por el viento del camino y aún huele a mi jabón.

—No te gusta este sitio —murmuro, más para probarla que para provocarla.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu cara o tu manera de mirar al suelo cada vez que alguien te reconoce.

Emma baja la vista y acaricia la etiqueta doblada de la botella con los dedos.

—No es eso. Es... que todo el mundo sabe quién soy o cree saberlo. Y me da la sensación de que cualquier movimiento equivocado que haga va a convertirse en una historia de la que se hable durante semanas.

—Aquí todo se habla, pero no todo se escucha.

—Tú sí que escuchas.

—Solo cuando me interesa.

Levanta una ceja y me desafía sin maldad. Volvemos a quedarnos callados. No es un silencio incómodo. Es como si el mundo fuera más fácil así, con nuestros cuerpos cerca, las botellas

medio vacías y la sensación de que hay algo que se está formando entre los dos, aunque no sepamos ponerle nombre.

—¿Estás bien? —me pregunta de pronto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque llevas mirándome un rato como si estuvieras a punto de decir algo importante, pero no terminas de decirlo.

Trago saliva, aunque lo niego, pero tampoco lo admito.

—Estoy… intentando no cagarla.

Ella se ríe, aunque no se burla. Es una risa leve, que se le queda enganchada en los labios como si tampoco supiera muy bien por qué.

—Tranquilo. Si alguien tiene el historial necesario para fastidiar las cosas, soy yo.

—No lo creo.

—Entonces no me conoces tanto como crees.

La miro. Esta vez sí y la observo con calma, sin miedo a que lo note. Tiene la piel sonrosada y sus ojos verdes están más claros de lo habitual. Como si el bar le hiciera bien, aunque no quiera admitirlo.

Ella no lo sabe, pero está preciosa. Ni maquillada ni peinada. Solo… así. Vestida con lo primero que ha encontrado, bebiendo cerveza directamente de la botella y con la cabeza llena de contradicciones.

Si en este instante, el mundo se detuviera, yo me quedaría exactamente aquí con ella a mi lado. Con el sonido de los botellines chocando, la música de fondo y sus piernas rozándome con cada mínimo movimiento.

—¡Pero míralos! Si hasta parecen una pareja de verdad —suelta Buck, desde una mesa cercana sacándome de repente de mis pensamientos.

Lo dice con tono burlón, pero sin mala intención. Como quien lleva viéndome solo desde hace años y no puede creerse que ahora tenga a alguien al lado que no se asuste cuando hablo poco o me cruzo de brazos. Emma sonríe, pero se nota que no sabe muy bien cómo recibir ese comentario. Hace un gesto con la mano, como quitándole importancia, aunque la sonrisa no le desaparece del todo.

Yo no digo nada, solo la miro. Entonces, en ese mismo momento, la puerta se abre.

Sin girarme para comprobar quien llega, lo noto antes de verlo por cómo cambia el ambiente en el bar. Como si algo innecesario hubiera entrado en un lugar donde ya estaba todo colocado. Es Austin Galloway, el ex de Emma. Lleva una camisa entallada y cara. Sonríe al entrar y nos mira a todos como si fueran figurantes en la historia que protagoniza él. Nadie le devuelve la mirada con la misma intensidad. Algunos asienten y otros ni se giran. Pero a él le da igual y camina con ese aire de tipo al que nunca le han dicho que no.

Emma se pone rígida de inmediato y baja la vista y se tensa. Rodea el botellín de cerveza con las manos como si necesitara sujetarse a algo. Austin la ha visto y viene directo hacia nosotros sin dudarlo ni un segundo.

—Vaya, vaya… —dice, como si el saludo le supiera a triunfo —. Mira quién está aquí. La estrella del oeste.

Se planta al lado de la mesa, aunque no me dirige la palabra y me ignora. Como si lo único que importara en este momento fuera ella.

—Emma… Estás espectacular. Me encanta cómo te queda… esa camiseta. Supongo que es prestada.

Emma levanta la cabeza, pero no dice nada. Me basta ese gesto para saber que está tragándose un cóctel de humillación, vergüenza y rabia. Austin le pone la mano en el hombro con una seguridad de quien cree tener aún algún tipo de derecho sobre ella. Se inclina y le dice algo al oído, aunque no lo escucho. Pero veo cómo a Emma se le apaga la expresión de golpe, aprieta la boca y se le nubla la mirada. Sin duda, Austin le incomoda.

Sin dudarlo, me levanto lo justo para que la distancia entre ella y yo sea mínima, le rodeo la nuca con una mano y la beso sin aviso ni permiso. La beso no para marcar territorio frente a Austin, sino porque llevo conteniéndome durante demasiado tiempo y ya no puedo más.

Mis labios encuentran los suyos con hambre, pero sin torpeza. Le abro la boca con la lengua y ella tarda medio segundo

en reaccionar, pero reacciona y me besa de verdad. Le acaricio el cuello con los dedos y siento cómo respira por la nariz, como si no quisiera romper lo que está pasando.

El bar se queda en silencio. Cuando nos separamos, le sostengo la cara un instante más para asegurarme de que ha entendido que esto no es una escena.

Ella respira hondo y no dice nada, pero no se aparta.

—Joder… —suelta Wyatt, desde el fondo del bar—. Eso sí que ha sido convincente.

Unas carcajadas brotan en la mesa de al lado. Alguna mujer murmura algo por lo bajo y hay alguien que hace un brindis a medias, otro que deja caer un «bueno, bueno…». Pero yo no oigo nada, solo la miro con la boca aún caliente. Este beso no ha sido por ella, ni por Austin, ni por los que nos rodean. Este beso ha sido por mí, porque no aguantaba más.

Ella me mira también. No se ríe ni baja la vista. Me la sostiene con fuerza y por un momento tengo la impresión de que, si digo algo ahora, si cometo el error de ponerle nombre a lo que acaba de pasar, puedo estropearlo. Así que no digo nada y ella tampoco, pero sé que lo ha sentido, porque yo también lo he sentido. Y eso, para bien o para mal, ya no tiene marcha atrás.

Austin no dice nada durante unos segundos. Se recoloca el cuello de la camisa y lanza una mirada a Emma que me hace querer levantarme otra vez. Pero no lo hago. Ahora ya no necesito medirme con él, porque sé lo que ha visto.

—Bueno —dice al fin, con ese tono de superioridad en conserva que se le empieza a agriar—. No quiero molestar. Os dejo con vuestro teatrillo.

Su voz suena más floja que antes. Como si supiera que ha perdido algo y no tenga muy claro cuándo se le ha escurrido de las manos. Emma no le responde y yo tampoco. Solo lo sigo con los ojos mientras se aleja entre las mesas, cruzando el local como si aún esperara que alguien lo detuviera, aunque nadie lo hace.

Cuando se va, el bar vuelve a respirar. Pero Emma no. Ella sigue ahí sentada, con la botella entre las manos, como si le costara

decidir si volver a mirar al frente o quedarse donde está. Ya no sonríe ni bebe y tampoco finge estar cómoda.

Me paso la mano por la barba. Necesito salir de aquí. No por Austin ni por lo que ha dicho, sino por todo lo que me remueve tenerla tan cerca sin poder tocarla. Así que me levanto y camino hacia la puerta, aunque no me giro para ver si me sigue.

El frescor del exterior del bar me golpea la cara. Hay farolas encendidas en la calle, pero ninguna ilumina demasiado. Apoyo la espalda contra el marco del porche de la entrada. Me cruzo de brazos y respiro por la nariz. Trato de concentrarme en el sonido lejano de un coche que pasa, el canto lento de los grillos y las voces apagadas que aún suenan dentro del bar para intentar tranquilizarme. De repente, la puerta se abre detrás de mí. No hace falta que me gire, porque sé que es ella. Se queda a medio paso de mí. Al principio no dice nada al principio, pero un instante después, se acerca un poco más a mí, aunque no me toca.

—¿Ese beso ha sido solo para provocar?

Su voz no suena molesta sino contenida. Como si necesitara la respuesta para saber por dónde seguir. No le respondo enseguida, solo la miro y veo una expresión en su cara que me desconcierta. No hay enfado en su gesto, sino algo más parecido al miedo o a las ganas de creer en algo y no saber si se está equivocando.

Levanto un poco la cabeza y ella frunce los labios, como si me hubiera entendido sin necesidad de que lo diga.

—No quiero seguir fingiendo, Nate —. Lanza un hondo suspiro antes de continuar—. No sé si esto es real, si tú lo sientes así o si todo esto nos ha arrastrado sin darnos cuenta. Pero sí sé lo que he sentido y lo que siento cuando me miras así. Cuando me besas así.

Bajo la mirada a sus manos, que están sueltas a los lados de su cuerpo y veo como mueve los dedos nerviosa.

—Tampoco estoy fingiendo —le digo, sin adornarlo—. No lo hice en el baile, ni cuando me senté a desayunar contigo esta mañana, ni tampoco ahora.

Se queda quieta. Pero la forma en que respira lo dice todo. Como si con lo que acabo de decirle le hubiera roto algo por dentro,

pero para bien.

No se lanza a mis brazos ni me pide otro beso. Solo se acerca lo justo a mí como para que los dorsos de nuestras manos se rocen. Yo no digo nada y ella tampoco, pero el cuerpo habla más que cualquier frase que se nos pudiera ocurrir.

Nos quedamos bajo las luces cálidas del porche, con la noche extendiéndose a nuestro alrededor y el canto de los grillos marcando el ritmo. No necesitamos nada más.

Capítulo 15
Emma

La casa está en silencio, salvo por el canto intermitente de un grillo que parece haberse instalado bajo la ventana y el crujido rítmico que hacen los maderos del establo cuando algún caballo se mueve al fondo. He cerrado los ojos más de una vez, he cambiado de postura al menos una docena y me he dicho lo mismo en bucle: *«duerme»*. Pero nada, no puedo dormir.

Estoy tumbada con la cabeza hundida en su almohada, envuelta en una de sus camisetas que huele a campo, a lavanda seca y… a él. No me he atrevido a usar otra cosa. Ni tampoco he querido. La tela me cae suelta por un hombro, y cuando me muevo, el algodón me roza los muslos como si me recordara que no llevo nada debajo.

Él duerme en el sofá. Lo sé porque lo he oído caminar por el pasillo cuando nos hemos dado las buenas noches. No ha cerrado la puerta del todo y eso me tranquiliza, aunque también me inquieta. Porque si ahora la abriera, si cruzara ese pasillo y lo encontrara sin camiseta, no sé si sería capaz de darme la vuelta.

Me tapo un poco más, aunque las piernas me arden y la nuca también. Miro el techo, aunque solo veo la oscuridad densa y levemente azul, que aparece cuando la noche se alarga demasiado. Me giro hacia la izquierda, abrazo la almohada y cierro los ojos otra vez, pero en lugar de vaciar la cabeza, la lleno.

Vuelvo a estar en el bar con su mano en mi nuca y sus labios en los míos. Recuerdo el calor de su cuerpo y el temblor de mis dedos cuando me besó sin avisar, sin pactarlo, algo que no formaba parte del trato. También recuerdo cómo me miró después. Con los labios aún brillantes y solo mirándome como si todo lo demás no importara.

Y después en el porche con nuestras manos tocándose sin buscarlo. El calor entre los dedos y el tono de su voz cuando me dijo que no estaba fingiendo ni tampoco en el baile, ni en el desayuno y tampoco en el beso que acababa de darme.

¿Entonces? ¿Qué estamos haciendo? ¿Seguimos jugando? ¿O el juego se nos ha ido de las manos sin darnos cuenta?

Siento el pecho demasiado caliente, húmedo y el corazón la tiendo desbocado dentro de él. Me arde el recuerdo de sus labios, de su lengua y de cómo me apretó con los dedos como si supiera que necesitaba que me sujetara.

Esto no puede ser solo atracción. ¿O sí? ¿Y si él besa así a todas? ¿Y si yo me estoy haciendo una película que no existe? ¿Y si me estoy dejando llevar por el hambre, por el vacío o por las ganas de pertenecer a algo o a alguien, aunque solo sea por un rato?

Mi respiración cambia. Ahora es más superficial y tensa. Me paso una mano por el vientre, justo por encima del ombligo, intentando calmar esa corriente que me atraviesa sin permiso. Sigo sin moverme. Pero mi cabeza no para. Lo echo de menos sin haberlo tenido y eso me descoloca.

Me planteo levantarme e ir hasta salón y decirle que no puedo dormir, que he oído un ruido o que necesito agua. Pero no lo hago, porque si voy… si lo veo… no sabré parar. Así que me doy la vuelta, con el corazón apretado y la camiseta pegada a la piel.

—No pienses. Duerme —susurro en voz baja, intentando obedecerme, pero no lo consigo.

Me despierto sin saber si he dormido una hora o diez. No hay sonido de despertador, ni coches pasando, ni vecinos gritando desde lejos. Solo un murmullo suave que se cuela desde la cocina y un olor que me atrapa incluso antes de abrir los ojos: café recién hecho y pan tostado. Me quedo unos segundos quieta, tumbada boca arriba, con la camiseta subida hasta el muslo y el pelo enredado por la almohada. No tengo frío ni tampoco calor. No me noto cansada, aunque he dormido poco. No tengo ansiedad ni siento ese nudo en

el estómago que a veces me despierta antes que el sol. Siento… otra cosa. Como una resaca dulce.

Me incorporo despacio y camino descalza por el pasillo, con los pies sobre la tarima templada y la tela suelta de la camiseta pegándoseme a mi pecho cada vez que me muevo. La casa está silenciosa, pero viva. Como si ya no me sintiera invitada, sino parte del paisaje.

Cuando entro en la cocina, lo primero que veo es su espalda. Está de pie frente a la encimera, con la camisa desabrochada hasta el estómago y unos vaqueros que se abrazan a su cuerpo de forma perfecta y que lleva a medio abrochar. Los omóplatos se le marcan al mover los brazos, con una naturalidad que me da ganas de quedarme ahí parada sin decir nada y solo observarle.

No me ha oído o no lo parece, porque aún no se ha girado. Le veo coger una cuchara y mover algo en la sartén. Luego se estira para alcanzar el tarro del café y lo abre con gesto pausado.

Me apoyo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa tonta que se dibuja en mis labios sin permiso. Entonces se gira. Me ve. No dice nada. Solo me lanza una sonrisa tranquila, de esas que no buscan nada ni esperan respuesta y me señala una taza ya servida sobre la mesa.

—Es para ti —murmura con la voz ronca de quien ha hablado poco esta mañana.

—Gracias.

Camino hasta la mesa y la cojo entre las dos manos. El calor del café me sube por los dedos y me despierta más que la cafeína. Continuamos sin hablar mientras compartimos este momento y este lugar. Él termina de abrocharse los vaqueros, se sube la cremallera con un movimiento que no puedo evitar seguir con la mirada, y se coloca la camisa por dentro con ese descuido que le sienta tan bien.

Se pone el sombrero y se cuelga las llaves del cinturón.

—Voy al rancho —dice sin darle importancia—. Estaré fuera hasta la hora de comer.

Asiento con la cabeza, con los labios todavía apoyados en el borde de la taza.

Antes de salir, se acerca, se inclina un poco y me da un beso en la sien. Pero me deja sin aire, porque no lo hace como quien se despide de una visita sino como quien lo ha hecho otras veces. Después cierra la puerta y me quedo sola, pero no siento que la casa esté vacía. El olor del café aún flota en el aire. La sartén está en el fuego, apagado pero caliente y el respaldo de su silla está algo ladeado.

Sigo con la taza en la mano. Me sirvo más café sin pensarlo y me siento en una de las sillas de madera, la que da justo enfrente de la ventana. Apoyo los codos en la mesa, cierro los ojos un momento y respiro. Miro el móvil y veo que la pantalla está llena de notificaciones sin importancia. Silencio los grupos, paso por encima de un par de correos y me quedo quieta. Luego, sin pensarlo demasiado, marco el número de mi hermana, porque sé que, si no se lo cuento a ella, no se lo contaré a nadie.

Marco su número y me llevo el móvil a la oreja mientras doy un sorbo largo al café. El vapor me empaña un poco la cara y, por un segundo, me sorprende sentirme en paz, algo que no suele pasarme demasiado a menudo por la mañana.

—¿Hermana del alma? —responde Chloe con la voz cargada de sarcasmo y todavía un poco ronca por el sueño.

—Hola.

—¿Hola? Solo «hola» ... A ver, dime: ¿estás viva o has sido abducida por un cowboy con mandíbula marcada y sonrisa perfecta de anuncio?

—No te rías...

—¿Cómo quieres que no me ría? Te vas al culo del mundo, no das señales de vida en tres días y de repente llamas con voz de que te han hecho el amor con la mirada. A ver, cuéntame. ¡Todo!

Sonrío, porque no puedo evitarlo. Me recuesto en la silla y estiro las piernas por debajo de la mesa, como si así pudiera aflojar también lo que me pesa por dentro.

—Estoy en su casa —le confieso, casi sin darme cuenta.

—¿En casa del cowboy?

—Sí.

—Madre mía, Emma... —dice con un suspiro que suena más a emoción que a juicio—. ¿Y eso? ¿Vives allí ahora? ¿Te has instalado en el rancho? ¿Tienes ya caballo propio? —se ríe ahora.

—No seas idiota.

—Entonces dime algo. ¿Qué ha pasado?

Miro la taza que tengo entre las manos, como si dentro se escondiera la respuesta exacta que debo darle.

—No sé cómo contarlo. Ha pasado... algo. Bueno, cosas. No todas las que te estás imaginando —añado rápido, aunque sé que ella ya está inventando su propia película dentro de su cabeza.

—¿Te ha besado?

Me quedo callada.

—¡Lo ha hecho! ¿Ves? ¡Lo sabía! ¿Y ha sido uno de esos besos de *esto no es parte del trato*?

—Sí... —le confirmo en voz baja, casi como si fuera un secreto que aún me estuviera acostumbrando a escuchar.

—Y estás cagada de miedo —deduce ella con esa precisión que solo tienen las hermanas cuando te conocen mejor que tú misma.

—No sé si seguimos fingiendo o si esto se ha convertido en otra cosa. Tampoco sé si él lo sabe tampoco, pero yo sí empiezo a sentir algo... y eso me asusta. Mucho.

—Claro que te asusta, porque tú no sabes hacer las cosas a medias. Ni siquiera cuando finges. Siempre te metes hasta el fondo, Emma.

—No me ayuda nada que me lo digas así...

—Lo sé, pero tú solo quieres que te diga lo que quieres oír.

—Tal vez.

—Pues no lo voy a hacer. Lo que te voy a decir es esto: ¿y si dejas de analizarlo todo por una vez?

Me muerdo el interior de la mejilla y no le contesto.

—¿Y si por una vez te permites no tenerlo todo bajo control? ¿Y si solo... disfrutas?

—No sé si puedo.

—Pues empieza probando con una sola cosa: disfruta. Si duele después, ya lo gestionarás. Pero si lo dejas escapar por miedo, te vas a arrepentir y lo sabes.

Su frase me atraviesa el pecho. Me la quedo dentro, como quien se guarda algo que no está lista para soltar, pero tampoco quiere perder. Miro por la ventana y compruebo que el campo sigue ahí, respirando con esa calma que parece no depender de nada.

—Sigues ahí, ¿verdad?

—Sí.

—Pues repítelo en voz alta.

—¿El qué?

—Que vas a disfrutar sin analizar nada y sin huir.

Cierro los ojos un segundo y respiro.

—Voy a intentarlo.

—Eso es. Ya me contarás cuántas veces lo intentas... y cuántas lo disfrutas.

—Eres idiota.

—Tú más, pero te quiero igual.

—Yo también, hermanita —le digo con sinceridad.

Cuelgo la llamada y el clic seco del móvil me deja con un hueco tonto en el pecho, como si al terminar la llamada también se apagara esa cuerda invisible que me mantenía colgada del mundo real. Me quedo un instante con el aparato apoyado en el regazo, los dedos inmóviles, la mirada clavada en un punto indeterminado del techo de la cocina. Ni siquiera es un pensamiento lo que tengo dentro, es más bien una vibración. Algo que se mueve despacio, como la brasa de una cerilla a punto de apagarse o de prenderlo todo.

Vuelvo a mirar mi taza y entonces, aparece el recuerdo de nuestro beso en mi cabeza. Aparece pero no porque lo esté buscando, ni quiera regodearme en lo que ya sé que me está removiendo por dentro. Llega solo como el eco de una canción que se ha quedado anclada en el cuerpo incluso cuando la música ya ha terminado.

Su mano en mi nuca firme y decidida. El calor que me subió por la columna justo antes de que sus labios se pegaran a los míos.

Me besó con hambre y con la intensidad que tienen los que no besan por besar, sino por necesitarlo. Recuerdo cómo me abrió la boca sin pedir permiso, y cómo se detuvo un segundo, como si quisiera asegurarse de que no estaba fingiendo lo que me estaba haciendo sentir.

Trago saliva y siento cómo mis muslos se tensan, sin que haga nada para evitarlo. No siento ansiedad, ni miedo, ni esa vocecita que siempre me dice que no es buena idea ilusionarme. Hay algo más sencillo, más animal y visceral.

Luego me llega otro destello. El porche y sus dedos rozando los míos sin buscarme, sin querer sujetarme, pero quedándose ahí. Esa forma silenciosa de decir «te veo», aunque nadie más estuviera mirando. Aunque él mismo no supiera del todo lo que estaba diciendo con ese gesto.

Sonrío, aunque no de esa forma luminosa que estalla en la cara y alivia. Esta sonrisa es distinta. Se forma despacio, sin abrirse del todo, como si se quedara suspendida a medio camino entre los labios y el estómago, ocupando justo ese lugar donde también se guarda la duda. No es una sonrisa limpia, ni segura, pero tiene algo de verdad, de esas verdades que aún no te atreves a mirar de frente.

No voy a darle más vueltas esta vez.

No sé qué es exactamente lo que está pasando entre nosotros, ni si lo que siento es real o si simplemente se trata de una atracción que me ha pillado con las defensas bajas. No tengo claro si seguimos jugando a fingir o si ya hemos cruzado una línea sin darnos cuenta y, para qué engañarme, tampoco estoy segura de querer saberlo.

Pero hay una cosa que sí tengo clara, aunque me cueste reconocerla incluso en voz baja.

—«Fingido o no… me está gustando demasiado» —susurro, como si decirlo en voz alta pudiera romper algo. Como si las palabras, dichas así, suaves y sinceras, me dieran permiso para sentir lo que llevo días conteniéndome. Y lo que más me sorprende de todo, es que no siento la necesidad de huir, ni de escudarme detrás de una ironía, ni de racionalizar lo que me está ocurriendo.

Me limito a quedarme quieta, con las piernas dobladas sobre la silla, la taza entre los dedos y el olor a café mezclándose con el aroma que él ha dejado por toda la cocina.

La camiseta me cae por los muslos como una caricia larga. El silencio, esta vez, no me incomoda y este pensamiento que no para de repetirse en bucle en mi cabeza ya no me parece una amenaza, al contrario, me está gustando. Y no pienso frenarlo, ni esconderlo, ni protegerme de lo que venga después. Solo voy a dejar que ocurra.

Capítulo 16
Nate

Sentado en la mecedora doble del porche, noto cómo el calor del día aún vive en las vetas de la madera bajo mis muslos, pero es la brisa la que manda ahora. Corta el aire justo lo suficiente para mover con lentitud las hojas del álamo que hay junto al corral y traer hasta nosotros el olor del heno recién cortado, mezclado con el aroma de la mezcla de tierra viva, resina seca y algo animal que lo impregna todo cuando se hace tarde.

Emma está a mi lado, con las piernas dobladas bajo la manta de algodón que compartimos. No dice nada, solo se limita a apoyar la espalda en el respaldo mientras se lleva el botellín de cerveza a los labios. El suyo, porque me ha dejado claro que no piensa compartirlo y que ya me he bebido media mía antes de terminar de cenar. Lo ha dicho entre risas, con esa media sonrisa que se le forma en la comisura izquierda cuando finge que se está enfadando. Yo no he discutido, solo me la he quedado mirando, he levantado las manos en señal de tregua y me he reclinado, igual que ahora, sin muchas ganas de romper este silencio cómodo que se ha instalado entre los dos.

De vez en cuando se escucha el chasquido de una luciérnaga que se enciende en mitad de la oscuridad, como si la noche respirase luz a intervalos. A lo lejos, algún caballo ha resoplado en los establos y el maderamen viejo del porche cruje con un ritmo irregular que conozco bien. No hay música, aunque tampoco hace falta, porque el murmullo de la noche nos basta.

La miro de reojo mientras bebe. La camiseta que lleva le cae suelta por un hombro y el pelo se le ha enredado un poco por la humedad del aire. Tiene los ojos entrecerrados, como si estuviera intentando atrapar el sonido exacto del campo o tal vez anclarse a este momento con más fuerza de la que quiere reconocer.

—¿En qué piensas? —le pregunto sin mirarla directamente, solo lo justo para que sepa que la estoy escuchando, aunque parezca que estoy mirando al horizonte.

—En que hacía tiempo que no estaba así —responde tras una pausa breve, con la voz templada—. En paz.

No digo nada. Solo asiento despacio y bebo un trago más de la botella. El cristal está húmedo por fuera, y al pasarme el cuello por los labios, siento el contraste entre el frío del vidrio y el calor de la cerveza que ya no está tan fresca.

—¿Tú estás así muchas veces? —añade, girando la cabeza hacia mí y sus ojos me buscan, sin presión. Solo con curiosidad.

—No tantas como me gustaría —respondo sin adornarlo, porque es verdad. Porque aquí, entre los caballos, los turnos eternos, el polvo y las responsabilidades, la paz llega, pero lo hace a ráfagas, como las luciérnagas.

Ella vuelve a mirar al frente y yo la miro de nuevo.

El campo parece contener el aliento esta noche. Hasta los grillos cantan en una cadencia más baja, como si quisieran dejarles sitio a nuestras voces o a lo que aún no nos decimos.

No sé si ha sido la cena, el vino, la calma o la forma en la que ella se ha reído cuando le he contado lo de mi primer caballo, pero noto algo aflojándoseme por dentro. Una parte que suelo mantener bien sujeta y que ahora se deja ir, como si se fiara y no me hiciera falta defender nada. Y eso, para mí, es raro.

Emma habla con la voz algo más baja que hace un rato. Su tono tiene la textura de una verdad que se ha quedado tiempo guardada, como esas fotos que se arrugan en el fondo de un cajón y nadie se atreve a tirar.

—Cuando era pequeña creía que era invisible. Literalmente invisible. Me pasaba días sin que nadie me hablara más allá de lo imprescindible. Mi madre siempre estaba liada con algo, mi padre apenas estaba en casa, y Chloe... bueno, Chloe era la niña perfecta. Yo aprendí a no pedir, a no hacer ruido ni a estorbar.

No dice estas cosas como quien se queja sino como quien lleva toda la vida quitándole importancia a lo que duele. Se ha recogido las piernas sobre el banco de madera. Tiene los brazos

apoyados en las rodillas, la botella cogida con ambas manos y la mirada perdida más allá del porche. El pelo le cae por un lado del cuello y se mece apenas con el movimiento del aire. No lleva maquillaje y la camiseta que lleva es mía, pero hay algo en la forma en la que se le pega al cuerpo que me hace preguntarme por qué mierda he tardado tanto en verla de verdad.

No digo nada, ni intento completar su historia ni rellenar los huecos. Solo la escucho. Me inclino un poco hacia ella, con los codos sobre las rodillas, y la observo como quien intenta aprenderse un mapa nuevo que no estaba en ningún plano.

—Siempre he tenido la sensación de que ocupaba un sitio que no me correspondía. En mi casa, en los grupos, en todo. Como si, en cualquier momento, alguien fuera a pedirme que me apartara para dejar pasar a los demás.

Se ríe sin ganas y se encoge un poco de hombros para después bajar la mirada. Juguetea con la etiqueta de la botella, pero no me mira, aunque yo sí la miro. Le miro las manos, el perfil de la cara y la forma en la que se muerde el labio mientras se calla justo en el punto en que podría decir más. Le brilla la piel bajo la luz tenue que sale de la ventana de la cocina. La luz le resbala por la clavícula y se detiene en el hueco entre el cuello y el hombro. Me arde la garganta, ya no puedo contenerme más y lo dejo escapar de entre mis labios.

—Eres preciosa, Emma. Siempre lo has sido.

Ella deja de moverse. Detiene los dedos sobre la etiqueta medio rota de su botellín y, luego, muy despacio, gira la cabeza y me mira como si no supiera si lo he dicho en voz alta o lo ha imaginado. Pero yo sé que me ha oído. No hay burla en sus ojos. Me sostiene la mirada y algo cambia.

No dice nada. Solo se inclina hacia mí muy despacio y con una suavidad que no tiene nada de torpe, pero tampoco de ensayada. Sus labios rozan los míos y me besa sin rodeos, sin permisos ni condiciones. Y yo la beso también, aunque no como parte del trato sino porque me sale de dentro. Nos besamos como quien se reconoce y está empezando algo sin saberlo.

Sus dedos se aferran a mi camiseta. Yo dejo la botella en el suelo y le tomo la cara con una mano. La acaricio con el pulgar y noto que tiene la piel caliente y el cuello tenso. Se le escapa un suspiro, pequeño, como un hilo de voz que me sacude por dentro.

Nos damos un beso profundo, lento y de verdad.

Me tiemblan los dedos. Ella tiene los muslos pegados a los míos, la manta medio caída sobre nuestras piernas, y el aire ya no está templado. Ahora arde. Cuando se separa, no lo hace del todo y se queda a unos centímetros, respirando como si le costara.

—Esto no es parte del trato —murmura, con los labios húmedos y los ojos entrecerrados.

Niego con la cabeza y me acerco otra vez a ella.

—No. Esto es otra cosa —le susurro y vuelvo a besarla. Porque no puedo evitarlo.

Cuando Emma se aparta, lo hace sin romper del todo el contacto. Sus labios siguen rozando los míos como si no quisieran asumir que el beso ha terminado. La siento respirar contra mi boca. Me tiembla la mano sin disimulo. La que no ha soltado su cintura y que sigue apoyada justo encima de la manta en su costado, como si necesitara comprobar que sigue ahí y que no ha sido un espejismo de los que aparecen cuando uno está a punto de rendirse.

No sé cuánto tiempo pasa. Tal vez segundos o una eternidad que no sabría explicar. Lo único que tengo claro es que no quiero que se mueva ni que haga una broma para restarle importancia. Quiero que se quede así con la mirada fija en la mía y esa expresión que no le había visto nunca.

Yo no digo nada. ¿Para qué? Tengo miedo de que, si abro la boca, pueda romper esto, que parece demasiado frágil. Es la cuerda floja entre lo que fingimos para los demás y lo que acabamos hemos descubierto sin necesidad de testigos,

Emma baja la cabeza y apoya la frente en mi mejilla. Me trago la respiración, mientras su mano busca la mía por debajo de la manta. No la coge, solo la roza, pero en ese roce está toda la respuesta que no nos damos con palabras.

Nos quedamos ahí, en la frontera exacta entre lo que fuimos cuando empezó esta historia y lo que, aunque ninguno lo

admita todavía, ya estamos empezando a ser.

Capítulo 17
Emma

El suelo de madera cruje muy levemente bajo mis pies descalzos cuando entro en el salón. Siento el aire fresco en los brazos y en las piernas, porque la camiseta que llevo apenas me cubre más allá de los muslos. Me llevo una mano al pecho sin pensar y respiro hondo. Aún tengo los labios húmedos y el corazón al galope. Lo que acaba de pasar en el porche no ha sido una casualidad ni un error. Ha sido... algo más.

Detrás de mí, la puerta se cierra con un clic apenas audible. No me giro. Escucho sus pasos lentísimos sobre la tarima. Como si él tampoco supiera si seguir o quedarse ahí.

—Emma —me susurra.

Me giro despacio y lo encuentro a un par de pasos. Tiene los ojos clavados en mí. Lleva la camiseta negra que me gusta, la que se le pega al pecho y deja entrever la línea de los músculos. Los vaqueros gastados, el cinturón sin abrochar del todo. Le noto el pulso en el cuello. Yo tampoco disimulo. Mis pezones se han endurecido contra la tela y mis muslos no están quietos. Todo mi cuerpo está en vilo.

No decimos nada, solo nos quedamos con la distancia de un suspiro entre los dos. Él da un paso y después otro. Hasta que está tan cerca que le siento la respiración contra la cara. Levanto la barbilla y veo cómo me mira a los labios. Después a los ojos. Se le nota que está a punto de explotar, de rendirse o de besarme otra vez.

—Si no quieres... —empieza.

Pero no le dejo terminar, porque me pongo de puntillas y lo beso de nuevo. Le agarro la nuca con una mano y lo acerco a mí sin pensarlo. Sus labios son suaves al principio y después firmes. Sus manos me rodean la cintura y la camiseta se me sube un poco

cuando me aprieta contra él. Jadeo dentro del beso y él me responde con un gruñido grave, que me atraviesa.

Nos movemos torpes, pero con urgencia y le llevo hacia la habitación sin dejar de besarle. Él me sigue, pero con las manos abiertas sobre mis costados, como si me explorara por primera vez. Me río, aunque no sé si es por los nervios o porque me ha rozado justo en un punto sensible. Él también se ríe. Esa risa le brota de la garganta, como si no pudiera evitarlo. Acaricia mi mejilla con el dorso de los dedos y esa caricia es tan tímida, tan torpemente dulce, que me hace hervir por dentro. El calor me sube desde el centro del estómago y me atrapa en una risa baja y breve, que estalla antes de poder contenerla.

Él aparta la mano, sin dejar de mirarme, y se rasca la nuca, con ese gesto suyo que ya reconozco, ese que aparece cuando no sabe qué hacer con lo que siente. La comisura de sus labios se curva hacia un lado y le tiembla un poco la respiración.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gustas —le digo.

Nate parpadea, sorprendido, y en su rostro veo una mezcla de deseo, vértigo y ternura que me desarma del todo. Me acerco un poco más y él también se mueve. No como un paso decidido sino como una respuesta natural al magnetismo que hay entre los dos. Nuestras manos se encuentran en mitad del gesto. Siento su piel está caliente y la mía arde.

Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la frente en su clavícula. Sus dedos me tocan primero la espalda y luego se detienen en el borde de la camiseta. Tira de ella despacio, como si cada centímetro que descubre de mi cuerpo fuese algo que quiere memorizar. Levanto los brazos para ayudarle y la prenda se queda atrapada un segundo en mis codos, nos reímos los dos, y cuando por fin cae al suelo, él se queda inmóvil, con la camiseta aún en una mano, observándome.

No me cubro, ni aparto la mirada. Solo respiro, más fuerte y alto, mientras el calor me inunda las mejillas y me oprime el pecho. Nate me mira como si no terminara de creerse que le esté dejando verme así. Con la piel descubierta, los pezones tensos por el contraste del aire y del deseo.

Se le escapa un suspiro y deja la camiseta sobre la silla. Entonces, con los dedos aún inseguros, me roza el costado. Yo me estremezco y él se detiene.

—¿Estás segura? —pregunta sin solemnidad ni adorno.

Me acerco hasta que mi pecho roza el suyo, hasta que siento el vaivén de su respiración, hasta que no queda ni un espacio entre nuestras dudas. Le beso despacio con los labios suaves y las manos en su cuello. Le beso como si pudiera construir una respuesta con la boca, como si pudiera trazar sobre él el mapa exacto del deseo. Me responde con un beso más hondo, me atrapa la nuca con una mano y me acaricia la espalda con la otra.

Le desabrocho la camisa con dedos que se equivocan de botón y luego vuelven a empezar. Nos reímos otra vez. Él se encoge de hombros, se la quita y la lanza al suelo. Mis dedos recorren su pecho y el camino de vello que se pierde bajo la cinturilla del pantalón. Nate me besa el hombro, el cuello y la clavícula logrando que me estremezca con cada uno de sus besos.

Mi pantalón cae después, sin ceremonia. Él me mira de nuevo y se muerde el labio. Me coge de la mano y me lleva hasta la cama. El colchón hundido, las sábanas arrugadas, el hueco que dejé esta mañana... Todo está ahí esperándonos.

Me doy cuenta de que ahora ya no tengo coartadas, ni excusas, ni contratos que sostener con pinzas. Ahora no hay nada más que este temblor sordo bajo la piel y su mirada fija en mí, como si con solo verme pudiera intuir todo lo que todavía no me atrevo a decir.

La primera vez que nos tocamos de verdad no suena a ninguna canción de amor. No tiene música de fondo, ni frases perfectas, ni ropa que caiga al suelo como en las películas. Tiene mi respiración acelerada en su boca, su mano torpe recorriéndome la cintura y el pulso desbocado de ambos resonando como un eco entre las paredes de su habitación.

Y su voz. La forma en que pronuncia mi nombre, bajito, con una mezcla de deseo, desconcierto y reverencia. Como si no acabara de creerse que esto está pasando.

No hay ninguna prisa ni ningún guion que nos empuje. Nate se mueve con cuidado, como si temiera romper algo que no

sabe aún cómo sostener. Me roza la mejilla con los nudillos, me aparta un mechón que se ha pegado a mi cuello, y me observa como si cada gesto mío fuera una coordenada que quisiera aprender de memoria.

Cuando me tumbo sobre su cama y lo atraigo hacia mí, noto cómo su cuerpo se tensa al principio y dudara. Pero se acomoda enseguida. Apoya el peso de su cadera entre mis muslos, me mira como si estuviera esperando que le diga algo. Lo único que hago es llevar su mano hasta mi pecho. Y entonces lo entiendo todo. Porque su tacto no es el de alguien que toma, sino el de alguien que pide permiso con cada milímetro de piel que recorre.

Sus labios bajan por mi cuello, lentos, como si no necesitaran llegar a ningún destino, solo quedarse ahí, descubriéndome. Me lame con cuidado y me besa sin alardes. Yo también le exploro. Quiero saber cómo reacciona cuando le paso la lengua por la línea de la clavícula, cuándo se le eriza la piel y cuándo me agarra con más fuerza de la que pretendía. Mis manos se mueven por su espalda, se cuelan bajo la ropa que aún lleva, y me deleito en la firmeza de su cuerpo, en el calor que desprende y en el olor suave a jabón mezclado con la cerveza que hemos compartido.

Me besa el pecho con devoción, como si no se le ocurriera una manera más sincera de hablarme. Yo gimo bajito, me arqueo hacia él, le enredo los dedos en el pelo. Me gusta que me toque así, sin prisas ni torpeza ahora, como si todo lo aprendido se hubiera transformado en instinto.

Me quita la ropa interior con los dientes apretados y una mirada que no baja del todo. Parece concentrado en hacer las cosas bien, en leerme la piel como si fuera un idioma nuevo. Yo le dejo y me abro entera para él, no solo las piernas. Le dejo verme, que me sienta y que me escuche cuando le pido con los ojos que no se detenga.

Cuando baja por mi cuerpo lo hace con la boca entreabierta, como si cada centímetro de mi piel le supiera a algo distinto. Me muerde muy suave el borde de la cadera antes de apartarme las piernas con ambas manos, despacio y sin urgencias. Le noto cómo le tiembla un poco la respiración al hacerlo en mis

muslos y en la forma en que me roza con la nariz antes de besarme justo donde me arde el cuerpo.

Gimo en cuanto siento su lengua. No de sorpresa, sino de alivio, porque llevaba toda la noche necesitando justo esto: su boca, su hambre y su entrega absoluta.

Nate no tiene prisa. Pierde su lengua entre mis pliegues y me lame con una mezcla perfecta de torpeza y deseo que me pone al borde de la locura. Me acaricia con la lengua y con los labios como si quisiera aprenderme de memoria. Y cuando me agarra las caderas con ambas manos para pegarme más a su boca, pierdo la cabeza.

—Nate…

Mi voz es apenas un suspiro, pero a él le basta. Gime contra mí y me penetra con la lengua, despacio, hundiéndose en cada pliegue con una entrega que me sacude desde dentro. Mis piernas se tensan alrededor de su cabeza y una de mis manos le agarra el pelo.

El orgasmo me sacude con una fuerza brutal, imparable y ciega. Me arqueo, jadeo y grito su nombre como si fuera lo único que pudiera decir.

Cuando sube de nuevo por mi cuerpo tiene la boca brillante y los ojos nublados. Me mira como si no pudiera creer lo que acaba de hacerme. Nos besamos con urgencia, con hambre y con la necesidad de fundirnos del todo. Mi cuerpo sigue temblando cuando me abraza, yo lo enredo con mis piernas y me abro a él sin miedo.

Cuando entra en mí lo hace muy despacio. Me roza antes con su glande grueso y brillante y jadea contra mi cuello.

—Dime si necesitas que pare…

—No pares.

Sus caderas se empujan hasta quedar dentro de mí. Le noto entero y me cuesta respirar. Tengo que sujetarme a sus hombros para acomodarme a él. Es generoso y noto cómo mis paredes se estiran desde dentro tratando de adaptarse a su tamaño.

Nos miramos a los ojos mientras me llena. Sus pupilas están dilatadas y sus labios entreabiertos. Mis dedos se aferran a su nuca mientras me adapto a su tamaño y el dolor breve se

transforma en placer caliente, en un estremecimiento profundo que me baja por la espalda y me aprieta el vientre.

Empieza a moverse sin prisas con el cuerpo entero, con el alma. Me folla como si no existiera nada más que yo. Sus gemidos me empapan el oído. Me dice que soy preciosa, que nunca había sentido algo así. Yo le beso cuando se le corta la respiración y le acaricio la espalda, los costados y los brazos. Le digo que lo quiero, aunque no sé si lo digo en voz alta o solo lo pienso.

El ritmo se acelera sin que lo busquemos. Nos empuja a algo que no tiene nombre. Cuando me corro otra vez es como si se me rompiera el mundo dentro. Me arqueo, me agarro a él con todo el cuerpo, y grito su nombre contra su cuello. Nate me sigue al instante. Me llena de él gimiendo fuerte, con la frente en mi clavícula y el cuerpo tenso como un arco. Me aprieta como si se fuera a romper.

Después, cuando el mundo se queda quieto y el cuerpo aún nos tiembla con los últimos ecos de placer. Seguimos enredados, con la piel caliente y la respiración desordenada. Apoyo la mejilla sobre su pecho, donde su corazón sigue galopando, y él me rodea la cadera con una caricia que no tiene prisa.

No hablamos. Solo sus labios que vuelven a encontrar los míos, despacio, como si con ese beso nos lo estuviéramos diciendo todo.

Y lo que aún no hemos dicho… llegará. Cuando estemos preparados para nombrarlo.

Capítulo 18
Nate

Su respiración roza mi pecho. A nuestro alrededor no se escucha ni un grillo, ni un caballo. Nada. Solo el aliento de Emma, que me acaricia la piel con la misma dulzura con la que se ha dormido sobre mí.

Su cuerpo sigue pegado al mío como si no quisiera dejarme escapar. Su respiración es pausada, suave y acompasada con ese ritmo sereno del sueño profundo. Tiene una pierna sobre mi cadera, una mano abierta sobre mi pecho y el cabello extendido sobre la almohada. Hay algo tan jodidamente vulnerable en la forma en que duerme, en esa rendición sin defensas, que me deja sin aire.

Le aparto un mechón con cuidado. No quiero despertarla, solo acariciarla un poco, saber que es real y que está aquí después de todo lo que he hecho mal. No me lo merezco. Me duele pensarlo, pero lo pienso. No hay nada que haya hecho para merecer esta segunda oportunidad. Ningún gesto ni palabra que compense la cobardía de entonces, las veces que le di la espalda cuando lo único que necesitaba era que me quedara y le dijera que sí, que lo que teníamos era de verdad. Pero elegí complacer a los demás y a esa versión de mí que creía que era más hombre por no enamorarse de la chica que no era como las demás. La dejé sin pelear por ella y sin una puta explicación.

El recuerdo de aquella noche aparece en mi cabeza sin que pueda hacer nada por borrarlo. Recuerdo cómo me hizo con voz temblorosa aquella pregunta que no fue capaz de terminar, porque yo ya me había ido, porque no tuve cojones para decirle que estaba asustado y que me quedaba grande todo lo que sentía por ella.

Me giro un poco en la cama y apoyo el brazo en la almohada. La miro y la memorizo. Quiero grabar en mi memoria cada milímetro de su piel, la curva de su cadera bajo la sábana, el

lunar que tiene cerca del ombligo y el aire que entra y sale por su nariz cuando duerme tranquila.

—No merezco que me mire como me ha mirado esta noche —murmuro, solo para mí. Porque si lo dijera más alto, quizá mis palabras la despertarían y no quiero que se dé cuenta de que soy el mismo imbécil que una vez la dejó tirada. Aunque ahora haya cambiado y sepa lo que siente mi cuerpo cuando la toca, lo que arde mi garganta cuando me besa y lo que se desata dentro de mí cuando la escucho reír.

Me duele decir que no lo merezco, pero también hay otra verdad que me susurra por dentro, baja, insistente, como una brasa que no se apaga: la quiero. No sé desde cuándo, quizás desde siempre. Tal vez desde esa vez que me tocó la mano en clase y se rio como si no tuviera miedo a nada o tal vez desde que me escribió aquel mensaje de fin de curso y me dijo que lo nuestro había sido especial, aunque yo no tuve valor de contestarle. Me demostró tantas veces lo que sentía por mí… y yo fui tan imbécil que hui todas esas veces de ella.

La quiero no solo por cómo me hace sentir, sino por lo que despierta en mí y por cómo soy cuando estoy con ella: más sincero, más libre y más yo.

Por nada del mundo quiero que esto se acabe y sea solo una noche que recordemos con nostalgia o que ella borre de su memoria como una mala decisión. Lo que más anhelo es despertar con ella muchas veces más, ver cómo se despereza y me mira con cara de sueño o, también, cómo se enfada porque no hay café o porque me olvido de bajar la tapa del inodoro.

Quiero estar para ella, con ella, cuidarla, aprenderla, conocer todas sus versiones, hasta las que no le gustan, saber cómo consolarla cuando le duela el mundo y reírme con ella cuando todo esté bien. Aunque lo que más deseo es no volver a fallarle, porque ahora que la tengo entre los brazos y que me ha dejado volver a tocarla, a besarla y a mirarla como si tuviera derecho a hacerlo, sé que no podría soportar perderla otra vez.

La rodeo con el brazo y la acerco más. Su cuerpo encaja sin esfuerzo en el mío, como si no hubiese pasado una década y nunca

nos hubiéramos soltado. Apoyo la barbilla en lo alto de su cabeza y me quedo así, inmóvil, respirando el olor de su piel mezclado con el sexo y algo que solo tienen las madrugadas en las que no se dice nada porque todo está dicho. No hay palabras para lo que ha sido esto, ni forma de explicarlo sin que se rompa.

Le acaricio la mejilla con la punta de la nariz. Duerme profundamente, noto por cómo suspira de vez en cuando, tranquila, ajena a la tormenta que yo tengo dentro o quizá no tan ajena. Quizá lo sabe y también le tiembla algo por dentro, aunque no lo diga.

No quiero cerrar los ojos, porque tengo miedo de abrirlos y que no esté. De girarme en la cama y encontrar solo la marca de su cuerpo sobre la sábana y de que esta noche se convierta en eso que la gente guarda en la memoria como algo que no tuvo sitio en el mundo real.

No sé si esto va a durar ni si ella va a querer quedarse, pero lo que sí sé es que, si se marcha otra vez, no voy a tener fuerzas para fingir que me da igual. Le acaricio el brazo con los nudillos, despacio, mientras pienso que me dan ganas de decírselo todo, de confesarle que me pasé años evitándola porque sabía que no iba a poder verla sin querer besarla y que no ha habido ni una sola noche en la que me haya acostado con alguien sin pensar en cómo habría sido con ella. Pero no lo hago, porque hay cosas que no se pueden decir mientras el cuerpo sigue latiendo con el ritmo de antes. Hay cosas que se tienen que decir después, cuando todo se haya enfriado, no estemos desnudos y no me tiemble la voz.

La abrazo con más fuerza para recordarme que ha vuelto a mí y me ha mirado como si no le doliera recordarlo todo. Como si, por una puta vez, el pasado no pesara más que lo que sentimos ahora. Respiro hondo y me quedo en silencio, aunque por dentro hiervo del deseo de quedarme a su lado, aprender a quererla de verdad y mostrarle que esta vez no voy a salir corriendo.

Sé que tengo que hablar, porque con tocarla y quererla no es suficiente. Se lo explicaré todo, porque ya no me basta con desearla. Ahora quiero construir algo con ella.

Capítulo 19
Emma

Nate no estaba cuando he abierto los ojos, aunque el calor de su cuerpo aún permanecía en su lado de la cama, pero no su voz, ni su respiración cerca de mi cuello. Solo el hueco, su almohada hundida y su olor.

He intentado convencerme de que se ha ido a dar de comer a los caballos y que volverá en cualquier momento con una expresión entre seria y tierna tan típica de él y que me desmonta por dentro. Pero hay algo en mí que no se calma y me duele. Me visto con vaqueros y una camiseta vieja y decido bajar al pueblo. Necesito hacer algo que no implique quedarme tumbada mirando el techo intentando recordar el tono exacto de su voz, ni el tacto de su piel junto a la mía.

Las calles del centro de Cactus Valley están más tranquilas de lo habitual. Algunas mujeres ya montan sus puestos de flores y frutas en la plaza y hay un par de niños dando vueltas en bici junto a la pequeña fuente. En la entrada del bar, como cada mañana, Mabel acaricia a su perra mientras se abanica con desgana. Lleva el pelo teñido de un rubio demasiado amarillo para el tono de su piel y el mismo pintalabios granate, que ya usaba cuando yo era una cría. Tiene esa manera de hablar en voz baja, como si todo lo que dice fuera un secreto, aunque siempre se las arregla para que lo escuche medio pueblo.

—Buenos días, cielo —me dice, en cuanto me ve acercarme —. Vaya, te noto... distinta. Se te ve en la cara, ¿eh? ¿Te ha pasado algo bonito? ¿O debería decir alguien bonito?

Intento no hacer ningún gesto, pero se me escapa una sonrisa tonta. No le contesto, aunque Mabel ya ha sacado sus propias conclusiones y no va a tardar ni medio segundo en soltarlas a quién sea que se cruce con ella.

—Pues ya ves tú, con todo lo que se está diciendo por ahí...

Levanto la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Qué se está diciendo?

Ella hace un gesto con la mano, como quitándole importancia, pero no me mira a los ojos.

—Que lo de tú y Nate... que si os habéis montado la película para dejar a Austin mal… Vaya que si es para vengarte por lo de su boda… que sería una cosa muy de críos, ya sabes.

Su tono es ligero, aunque el contenido, no. Me detengo, miro el suelo y me doy cuenta de que estoy apretando los puños sin darme cuenta.

—¿Quién dice eso?

—Oh, hija, ya sabes qué pasa en los pueblos... Se empieza por un comentario en el supermercado, se sigue con un «me han dicho que» en la peluquería... Y al final todo el mundo lo da por hecho.

Siento que la piel me arde y me cuesta tragar como si se me hubiera clavado una espina seca en la garganta.

—¿Ha sido Whitney?

Mabel se encoge de hombros.

—¿Y quién si no? Anda que no va por ahí con esa sonrisa de anuncio y esas risitas de «pobrecita Emma» ...

Al confirmarme mi sospecha, dejo de escuchar, porque siento cómo me sube un calor a la cara que no solo es rubor, va mucho más allá, es vergüenza, humillación y rabia contenida. Me despido de Mabel con una excusa torpe, y empiezo a caminar calle abajo sin rumbo claro, con la sensación de que todo el mundo me mira por encima del hombro. Como si en cada escaparate y en cada coche que pasa, alguien estuviera esperando a que me derrumbara.

No sé si Nate habrá oído esos rumores, ni si se los creerá. Y de repente me atraviesa el miedo a que dude y piense que lo que ocurrió anoche entre él y yo no fue de verdad. Que yo solo le busqué porque estaba dolida y quería llamar la atención, porque necesito que alguien me elija aunque sea a medias. Y eso me duele más que todo lo demás.

Me cuesta respirar. Lo único que me apetece ahora mismo es meterme debajo de las mantas, cerrar las persianas y que pase el tiempo hasta que deje de doler, aunque tengo claro que mañana no me dolerá menos que ahora, ni pasado. Lanzo un hondo suspiro y sigo caminando de regreso al rancho. Cuando llego a casa de Nate, cierro la puerta, voy al baño y echo el pestillo. Mientras tengo la espalda pegada a la madera, me miro en el espejo. Tengo los ojos hinchados, las mejillas rojas, el pelo se me ha pegado a la frente y la camiseta que llevo de Nate, me sobra por todas partes, como si hasta la ropa se empeñara en recordarme que nunca encajo del todo.

No quiero seguir mirándome, pero lo hago y, justo por eso, me rompo sin hacer ruido. Aprieto los labios con los dientes, como si así pudiera retener algo, aunque no sirve para nada. Las lágrimas me caen despacio al principio, una tras otra, hasta que mi cuerpo entero decide rendirse. Me desplomo sobre la tapa del inodoro, me abrazo las piernas, y lloro. Lloro con la garganta cerrada y el estómago encogido como si se me hubiera metido algo muy frío en el pecho y no pudiera sacarlo. Lloro por todas las veces que he tenido que fingir que no me importaba y por todas las veces que me he dicho que no pasaba nada. Lloro porque el rumor de Whitney ha vuelto a ponerme en ese lugar del que tanto me ha costado salir. Lloro porque ya no sé si lo que viví anoche con Nate fue real o si solo me lo quise creer y por si él también ha empezado a dudar, porque, aunque su cuerpo dijera una cosa y sus manos hablaran el idioma del deseo, yo sé cómo funciona esto. Bastará con que alguien se lo repita dos o tres veces para que empiece a preguntarse si me ha malinterpretado, me he aprovechado o lo utilicé para sacarme una espina que tenía clavada desde hace años

Tal vez ya se ha arrepentido y por eso no ha vuelto o quizá ha pensado que esto es una locura. Puede ser que ahora piense que no debería haberme tocado o que he sido yo quién ha confundido todo.

Me paso las manos por los ojos, pero siguen cayendo más lágrimas. Me siento otra vez la chica que nadie eligió. La que todos miraban como si fuera una nota discordante. La que podía ser buena

amiga, pero no la que alguien elegiría para llevarse al baile. Ni la que nadie imaginaría desnuda, ni metería en su cama. Sin embargo, Nate me ha visto desnuda, me ha tenido piel contra piel y me ha dicho cosas que me hicieron arder. Pero… ¿y si solo se dejó llevar por la excitación del momento? ¿Y si lo ha olvidado ya? ¿Y si ha vuelto a recordarme como la Emma de siempre? ¿Esa a la que se quiere mucho, pero no así?

Me limpio la nariz con el papel y me enjuago la cara con agua fría. Me miro otra vez al espejo y veo que mis ojos ya no parecen míos. Me repito en voz baja, sin apenas oírme, que debería haberlo sabido, que no debí dejar que pasara y que no debí dejarme llevar. Porque cuando una se ilusiona, se arriesga y yo ya sé cómo terminan estas historias. Lo sé desde que hace años aprendí que las chicas como yo nunca son las protagonistas de nada que merezca la pena recordar. Las chicas como yo solo somos el decorado, el recuerdo simpático o la risa fácil, pero nunca alguien a quién amar con el corazón abierto y dispuesto.

Me siento en el suelo y el frío de las baldosas me calma las piernas. Tengo la espalda apoyada en la puerta y las mejillas aún mojadas, pegajosas, como si me hubieran pasado por dentro una esponja empapada de tristeza. Me abrazo las rodillas con fuerza y sigo temblando, aunque ya no lloro. Me quedo así, sin moverme, como si eso bastara para contener el dolor e impidiera que la tristeza siguiera creciendo.

No tengo ganas de nada. Ni de vestirme, ni de hablar, ni de peinarme. No quiero salir al porche ni mirar el móvil. No quiero que nadie me diga que no es para tanto, que son habladurías, que lo importante es lo que yo sé. No quiero que Nate venga con esa cara de hombre que siempre lo ha hecho todo bien y me diga que no me raye y que lo nuestro fue bonito, sí, pero que tampoco hace falta liarse la cabeza y que mejor si lo dejamos estar. Oír cómo lo dice en voz alta con ese tono sereno que él cree que ayuda y que a mí siempre me ha dejado más sola que nunca sería lo peor.

Tengo la boca seca y me pican los párpados. La piel se me ha quedado tirante, como si el llanto me hubiera vaciado por dentro. Ahora me siento llena de esa tristeza que no se grita ni discute. Esa

que se te cuela por dentro como un virus y te va ocupando, despacio y sin avisar.

Es la misma pena que sentía cuando era niña y me escondía en la cocina con el jersey subido hasta la nariz para que Chloe no me viera llorar. Esa tristeza que no pregunta nada, solo acepta que las cosas son así. Que hay que conformarse y agradecer las migajas porque, para muchas, ni eso llega.

Sigo así cuando empieza a cambiar la luz de la tarde. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me he encerrado en este baño, ni quiero saberlo. Lo que sí sé es que, de repente, escucho pasos en el porche. Sé que es él, porque reconozco su cadencia y la manera en que pisa la madera vieja y en cómo se detiene un segundo antes de subir el último escalón. Es él, lo sé sin ninguna duda y el corazón se me revuelve.

No me muevo, ni me levanto, ni abro. Ni siquiera pestañeo, porque tengo miedo de que me diga lo que no quiero oír, que todo lo que me he imaginado se confirme, que me mire como se mira a alguien que se ha pasado de la raya, que se ha equivocado, que se ha ilusionado demasiado y que ha confundido deseo con otra cosa.

Pero también hay otra razón. Una que me pincha muy dentro. No quiero ser yo quien le abra la puerta, ni quiero tener que suplicarle que me crea, que no escuche lo que dicen y que recuerde cómo me tocó y cómo me susurró que no me soltara.

Porque, si de verdad sintió algo de todo eso, debería ser él quien insista, me busque y quien no se rinda tan fácil.

Apoyo más fuerte la espalda contra la madera y siento el marco de la puerta vibrar cuando llama una vez, solo una. No golpea, ni pregunta, ni insiste. Mientras, yo sigo inmóvil, con la barbilla apoyada en las rodillas, la respiración encajada en la garganta esperando que sea él quien decida. Yo ya no tengo fuerzas para volver a mendigar cariño.

Capítulo 20
Nate

La primera vez que escucho el rumor, estoy en la tienda de forraje, justo cuando Bill, el dueño, baja la voz y dice: «Bueno, ya sabes cómo es la gente...». No hace falta que acabe la frase, porque sé exactamente a lo que se refiere. Sé quién ha empezado el chisme y tengo muy claro por qué lo ha hecho. El problema es que estoy seguro de que también sé a quién ha herido.

Salgo de la tienda sin comprar nada. Camino con pasos pesados y la mandíbula tan tensa que escucho cómo cruje. Me meto en el coche con las manos todavía llenas de polvo del saco que había estado cargando para comprarlo, pero que he dejado en el último momento, y arranco sin pensarlo. No me paro a darle vueltas, porque no necesito comprobar si es cierto. Ni de quién ha salido. Conozco a Whitney desde que éramos críos y sé lo cruel que puede ser cuando algo no gira a su favor.

Pero no es eso lo que me revuelve, sino lo peor de todo es imaginarme a Emma escuchándolo. Viendo esas miradas malintencionadas fijas en ella, oyendo los susurros a su espalda, y encogiéndose por dentro aunque finja que no le afecta. Conozco la expresión que pone cuando intenta parecer fuerte. Es el mismo gesto que parece que tiene grabado en la cara desde niña, cuando se tragaba las lágrimas y decía que estaba bien, aunque no lo estuviera.

Ahora no puedo permitir que lo pase sola, no después de lo que pasó anoche entre nosotros. Tengo que encontrarla y decirle que no está sola en esto y que no pienso dejarla.

Sé exactamente dónde ir. No tengo que pensarlo. Así que giro el volante de la camioneta en dirección al centro del pueblo y aparco frente a la vieja biblioteca. El edificio tiene las contraventanas desconchadas y la verja oxidada. Desde que éramos pequeños,

cuando necesitaba desaparecer del mundo, venía aquí. Se sentaba en el suelo, entre los estantes, con un libro en las rodillas y los auriculares para no tener que escuchar a nadie.

Entro sin llamar. Betty, la bibliotecaria, me ve desde el mostrador y alza una ceja, sorprendida.

—¿Buscas algo, Nate?

—A Emma —respondo sin rodeos.

Ella niega con la cabeza y me apunta con el bolígrafo que tiene entre los dedos.

—No la he visto en todo el día. ¿Ha pasado algo?

—Nada que no esperáramos —contesto, evitando entrar en detalles.

Reviso todos los rincones. El patio trasero, el banco bajo la ventana, incluso el hueco entre las estanterías donde solía esconderse cuando tenía doce años, pero no hay ni rastro de ella. Siento que de nuevo llego tarde. Me apoyo un segundo en la pared, cierro los ojos y maldigo en silencio.

No debería haberla dejado sola esta mañana. Debería haber estado con ella desde que se levantó. Haberle cogido la mano y haberle dicho que no tiene que esconderse de nada ni de nadie, pero no lo he hecho y ahora no sé dónde se ha metido.

Vuelvo al coche y abro la puerta con rabia contenida. El volante está caliente por el sol, aunque mis dedos lo agarran como si sujetarlo me ayudara a no perder el control. Sé que me estoy repitiendo, que me estoy culpando por cosas que aún no sé si han pasado. Pero lo siento en medio del pecho, que está sufriendo y está sola.

El camino de vuelta al rancho se me hace más largo de lo habitual. La carretera, que otras veces recorro casi sin pensar, hoy parece ser más estrecha que nunca. Las curvas se encogen y el paisaje entero calla, como si supiera que algo está a punto de romperse y se negara a distraerme. Cuando llego al fin, aparco frente a la entrada y apago el motor. Me quedo unos segundos con la frente apoyada en el volante. Luego bajo del coche y camino hacia la casa con una sensación que me tira desde dentro, como si me llevara arrastrando una culpa que no sé cómo quitarme de encima.

Al abrir la puerta, noto el aire cargado. No hay olor a café ni ruido de pasos ni el eco de su voz saludándome. Camino despacio por el pasillo. El salón está vacío y la cocina en orden, intacta. Ni un vaso fuera de lugar, ni una pista de ella. Solo un silencio que pesa, que avisa y un silencio que no es suyo.

Entonces lo escucho. No es un sonido claro, apenas un roce, pero basta. Viene del fondo. Me acerco y me paro frente a la puerta del baño y llamo con los nudillos.

—Emma.

Espero mientras noto cómo el corazón me late en las sienes.

—Emma, sé que estás ahí.

No dice nada. El grifo gotea con un ritmo lento al otro lado, como si el tiempo también esperara su respuesta. Apoyo la mano en la puerta y respiro hondo.

—Solo quiero mirarte a los ojos. No voy a irme hasta que lo haga.

Al otro lado, su voz suena tan apagada que apenas la reconozco.

—Estoy bien. No hace falta que te quedes.

Pero sé que no está bien. Lo sé por cómo lo ha dicho, por el vacío en sus palabras y por el silencio que le sigue. No sé si ha estado llorando o si solo se está escondiendo de lo que le duele, pero da igual. No voy a dejarla sola en esto.

—No me voy a mover de aquí —le digo, con la frente apoyada ahora contra la madera—. No pienso hacerlo después de lo que pasó anoche.

No responde. Solo escucho el sonido del pestillo, después de unos segundos, que se me hacen largos como una eternidad. Ese chasquido del pestillo me hace cerrar los ojos.

La puerta se abre con ese chirrido leve que solo hace cuando alguien la empuja despacio, como si no quisiera molestar ni al aire. Me mantengo donde estoy, de pie, a un paso de ella y sin moverme. Veo cómo se gira sin mirarme, sin decir nada, y se recoge contra la pared al fondo del baño con las piernas encogidas, la

espalda contra las baldosas y el cuerpo doblado sobre sí mismo como si estuviera intentando hacerse pequeña o desaparecer.

Tiene la cara mojada. No solo los ojos, sino también las mejillas, el cuello, incluso el borde de la camiseta. Esa que le queda grande. Le cuelga de los hombros como si fuera una carga. No sé si son las lágrimas o la tristeza lo que hace que le brille la piel, pero juro que me duele mirarla así.

No digo nada, solo me agacho. Bajo lento hasta que mis rodillas tocan el suelo frío y me siento a su lado, dejando un espacio entre los dos. No la toco ni la invado. Solo me quedo ahí. Sabiendo que eso, a veces, es lo único que alguien necesita para no caerse del todo.

Emma no se mueve, pero siento cómo cambia el ritmo de su pecho. La noto tragar saliva. Sé que sabe que estoy aquí, porque ha decidido abrirme la puerta y eso, viniendo de ella, lo es todo.

—No me importa lo que digan —le digo por fin, en voz baja, casi ronca—. Ni lo que piensen, ni lo que inventen. Lo que hay entre nosotros no es una mentira. Nunca lo ha sido.

No espero una reacción inmediata. Solo sigo mirando el veteado de las baldosas del suelo que tengo frente a mí.

—Te conozco de verdad, Emma. Desde que éramos críos. Sé quién eres cuando estás en silencio, y cuando sientes tanto que parece que te va a estallar por dentro. Sé cómo te haces la fuerte y cómo sonríes a pesar de que sientas que todo se te viene encima. Y no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo te encierran en lo mismo de siempre.

Ella no dice nada, pero oigo su respiración cortada y temblorosa. Casi como un sollozo contenido.

—Puedes pensar lo que quieras —añado más bajo, acercándome apenas un poco a ella—. Puedes seguir creyendo que esto va a romperse, o que te lo has imaginado. Pero yo sé lo que siento, lo he sabido desde hace tiempo, y lo que siento es a ti. Cada parte de ti. Incluso las que escondes y las que no soportas. Y no voy a parar hasta que te tomes en serio lo que yo ya tengo claro. Porque yo sí creo en esto. Porque te quiero, Emma.

Al principio no pasa nada. Ni dice nada ni se mueve. Luego, de pronto, me lanza los brazos al cuello. No lo hace con suavidad, ni con ritmo. Lo hace como quien no aguanta más y se agarra a lo único que le queda. Me abraza con fuerza, se me pega al pecho y es entonces cuando se rompe del todo y llora, pero ya no como alguien que se rinde. Llora como quien por fin encuentra un sitio donde dejarse caer. La rodeo con los brazos y le paso una mano por la espalda, sin decir nada. La abrazo como se abraza lo que no se piensa soltar. Como si con ese gesto pudiera curar cada golpe, cada rumor y cada vacío que ha tenido que soportar. Y me quedo así, con ella encima, el pecho mojado por su llanto y las manos quietas en su espalda, sabiendo que ya está. Que ahora ya hemos dicho lo más importante.

Capítulo 21
Emma

El reloj del microondas marca las seis y veinte cuando me levanto de la silla, después de llevar más de una hora allí sentada, en la penumbra de la cocina. Las luces están apagadas y solo la pálida claridad que entra por la ventana junto al fregadero me permite distinguir las siluetas del desayuno que me he preparado esta madrugada y no he tocado. Tengo los ojos hinchados, la garganta seca y la piel tan sensible que cualquier roce con la ropa me raspa.

La camisa de Nate, que llevaba anoche y que aún huele a él, está sobre el respaldo de la silla. No me atrevo a tocarla ni a mirarla mucho rato. Me basta con saber que está ahí para que mi pecho vuelva a apretarse.

Sigo dándole vueltas a todo. A su voz quebrada en el baño, a la forma en la que no me soltó ni un solo segundo, a su declaración tan brutalmente honesta que soltó como quien lanza un salvavidas y a lo que me provocó todo eso. Porque sentí que me caía, porque ya no tenía forma de sostenerme y que, si me aferraba a él, no iba a poder soltarme nunca y eso me da un miedo atroz.

Salgo al porche sin hacer ruido. El aire es fresco y todavía conserva la humedad de la noche. Huele a madera, a tierra mojada y a las primeras flores que están empezando a abrirse en el jardín. Camino hasta el primer escalón y me siento con las piernas recogidas y los brazos cruzados, intentando que el amanecer me calme, pero ni siquiera eso me da tregua, porque el torbellino que sigue girando a toda velocidad dentro de mí no sabe por dónde escapar.

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que Nate aparezca en la puerta. Está despeinado, descalzo y leva una camiseta blanca que le marca los hombros y un pantalón de deporte que cuelga bajo la cadera. Me mira sin decir nada. Solo baja los ojos hasta mis

manos, como si supiera que están temblando, y vuelve a alzar la vista muy despacio hasta mis ojos.

—¿Quieres café? —pregunta desde el umbral con voz grave.

Asiento sin mirarle. Él entra de nuevo en la casa y escucho el ruido familiar de la cafetera y el tintineo de las cucharillas.

Cuando regresa, me tiende una taza y sus dedos rozan los míos. Se sienta junto a mí en el mismo escalón, dejando un pequeño espacio entre los dos. Uno que, ahora, me parece un abismo.

Bebemos en silencio. El café está fuerte y amargo. Me raspa la garganta como si me castigara por no saber qué decir o por lo que estoy a punto de decir.

—Necesito irme —susurro, sin mirarle.

Nate se queda quieto, muy quieto, como si una ráfaga de viento hubiera congelado su cuerpo. Me atrevo a mirarle de reojo y veo que tiene la mirada clavada en el horizonte, donde la línea de los árboles empieza a volverse más nítida con la luz que crece.

—No porque no sienta nada —continúo, con la voz rota—. Es justo porque siento demasiado y se me ha venido todo encima. Porque esto me ha golpeado de frente y ni siquiera he tenido tiempo de digerirlo.

Él no me dice nada. Ni se gira, ni se mueve, pero algo en su mandíbula y en la forma en que aprieta los labios, me dice que está tragándose cada palabra con esfuerzo.

—Tengo que aclararme, Nate. Saber qué es de verdad y qué no. Qué viene del miedo, del pasado y de este caos. Y qué viene de mí, de lo que quiero y de lo que puedo sostener sin romperme otra vez.

Él asiente y hace una inclinación mínima de la cabeza, sin palabras ni reproches. No intenta convencerme ni me lanza preguntas, solo me escucha en silencio, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en los míos, como si cada palabra que le estoy diciendo le partiera algo por dentro. Podría gritarme y pedirme que no me vaya, pero no lo hace. Solo traga saliva, tenso, como quien sostiene una carga sin dejar que se note demasiado.

Cuando termino de hablar, se queda quieto un segundo más. Luego se inclina, levanta una mano y me acaricia la mejilla con

las yemas, apenas un roce. Un gesto que tiene más ternura que mil frases y me mira como si ya supiera que voy a irme, pero aún así decide quedarse.

—Tómate el tiempo que necesites —dice al fin, en voz baja, pero con palabras muy claras—. Pero no te olvides de lo que te dije anoche.

No le contesto, porque no puedo. Solo me limito a mirarlo y a sentir cómo se me encoge el pecho. Porque sé que lo que me ha dicho no se me va a olvidar jamás.

Cierro la puerta del apartamento que comparto con mi hermana sin hacer ruido. Todavía llevo la chaqueta mal puesta y el nudo en la garganta me aprieta tanto que me cuesta tragar. No he puesto música durante todo el trayecto, porque no he querido. Me habría distraído de ese ruido interno que llevo metido entre las costillas desde que he salido del rancho.

La carretera se ha ido volviendo más gris a medida que me acercaba a la ciudad. El verde de los campos ha ido desapareciendo poco a poco y las curvas suaves de Cactus Valley se han estirado hasta convertirse en rectas infinitas llenas de coches y edificios. El polvo del camino se ha quedado atrás, igual que la madera cálida de la casa de Nate, sus manos y su forma de pronunciar mi nombre. Las sábanas todavía conservaban mi olor cuando me he marchado, pero no he sido capaz de hacer la cama ni de cerrar del todo la puerta.

Ahora estoy aquí, en este piso que reconozco pero que siento que ahora no me acoge del todo. Cuando mi hermana abre la puerta, no digo nada. Solo la miro. Ella tampoco me pregunta nada, solo me abraza fuerte, como quien sabe que no hay palabras que puedan sostener lo que me pesa en el pecho.

Me dejo abrazar con el cuerpo entero. Tiro la bolsa en el suelo, igual que el bolso e igual que yo. El calor de su abrazo me rompe por completo, me hace temblar y me hace sentir que he vuelto a casa, aunque ahora ya no sé si eso es bueno o malo.

Nos sentamos en el sofá, una al lado de la otra. Ella me mira con la certeza de que en algún momento soltaré todo lo que llevo dentro, aunque no me presiona ni intenta rellenar el silencio. Solo espera.

—Estoy rota por dentro—susurro, cuando ya no puedo más —. Como si me hubiera olvidado algo que no sé si voy a recuperar.

Ella me escucha sin cambiar de expresión y me acaricia la pierna con suavidad.

—No sé si he hecho lo correcto —añado, más bajito—. Todo ha pasado tan deprisa... —-trago saliva—. Me siento vacía y al mismo tiempo llena de cosas que no sé manejar. Cuando él está cerca no puedo pensar. Me mira, me toca y… no puedo pensar.

Mi hermana no me interrumpe, solo espera un poco antes de preguntar:

—¿Y tú le quieres?

No respondo enseguida. Miro hacia la ventana y veo cómo las nubes se amontonan detrás del cristal. Me toco la cadena del cuello sin darme cuenta y la acaricio con los dedos, como si dentro tuviera guardado algo que me diera una respuesta.

—Sí —respondo al final, en voz baja—. Pero me da miedo quererle mal, desde lo roto. Quererle sin saber si voy a volver a huir.

Me mira con una ternura que me desarma, como cuando éramos pequeñas y me curaba las heridas sin preguntar cómo me las había hecho. Como si entendiera que hay dolores que no se pueden explicar.

—Si volver con él me da miedo… estar sin él me destroza —añado, antes de que me dé tiempo a pensarlo. Esas palabras se me escapan sin pensarlo de entre los labios, como una verdad que llevaba queriendo decir desde hace horas.

Ella no me responde, solo me abraza y no me resisto. Apoyo la cabeza en su hombro y dejo que las lágrimas salgan. No me tapo la cara ni intento contenerlas, porque, por primera vez desde que salí del rancho, necesito vaciar todo esto que llevo dentro. Solo así voy a entender lo que siento y podré volver a mirarle sin ese nudo. Solo así podré decirle que sí… o que no… pero desde un sitio que no tiemble.

Capítulo 22
Nate

Me despierto antes de que cante el gallo. No porque quiera, porque no puedo quedarme en esa cama un segundo más. Me siento en el borde del colchón, con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Pongo los pies desnudos en el suelo y siento el frío en las plantas. Miro hacia el lado de la cama, donde ella ha dormido, y me lo encuentro intacto. No he sido capaz de cambiar las sábanas ni de abrir bien la ventana, por miedo a que su olor desaparezca de esta habitación.

Cuando me levanto, el aire que entra por la rendija me da de lleno en el pecho y salgo sin hacer ruido del dormitorio. Bajo a la cocina, me sirvo un café y me lo bebo de pie, frente al fregadero. No enciendo ninguna luz, porque no necesito ver para saber que todo sigue en su sitio. El cuenco de cereales vacío que dejó, el posavasos con la mancha de su taza o el cuchillo que usó para cortar un melocotón.

Salgo al porche con la taza aún caliente entre las manos. El cielo está blanquecino, como si el día tampoco tuviera ganas de arrancar. Camino hacia el establo sin prisas y al acercarme escucho que los caballos ya se han despertado. Me reciben con un par de bufidos y unos golpes suaves contra la madera. Les hablo en voz baja y a pesar de que me esfuerzo por sonar normal, no lo consigo.

Paso la mañana limpiando el estiércol, cambiando el agua de los bebederos y cepillando al viejo Thunder que me mira como si supiera que me falta algo. Me tomo con calma la mañana, porque no tengo prisa por terminar ni por nada.

Cuando vuelvo a casa, veo que mi madre ha dejado unas camisas mías limpias y planchadas en una de las sillas del salón. Las dejo ahí y camino hacia la nevera para tomarme una cerveza fresca. Saco un botellín y justo al dar el primer trago veo de reojo el

calendario de la cocina y el círculo rojo sobre la fecha de la boda de Austin. Me obligo a mirarlo, aunque después aparto la vista chasqueando los labios.

Por la tarde, me quedo en el granero, sentado en la escalera que da al altillo. Hace calor y el olor a heno seco hace que me duela la cabeza. Me paso la manga de la camisa por la frente y sigo mirando el vacío, sin saber qué espero encontrar ahí, aunque lo único que tengo claro es que quiero que deje de doler, pero no lo hace.

Por las noches, duermo poco. Me despierto cada dos por tres. Miro el móvil, aunque en la pantalla no hay ni un mensaje, ni una llamada. Sé que no va a escribir y tengo claro que no debería esperarlo, pero lo hago igual, porque soy un idiota. Suelto el móvil sin siquiera mirarlo y me tumbo boca arriba, con los ojos clavados en el techo. Repaso cada palabra que dijimos aquella mañana, cada silencio y cada uno de sus gestos.

Cada vez que cierro los ojos, me parece que la oigo moviéndose por la cocina, o que noto el peso de su cuerpo en la cama. Pero cuando abro los párpados, la casa está vacía y mi pecho también.

El mundo no se detiene. El trabajo sigue. Pero yo voy a medias. Me muevo por inercia como si con eso fuera suficiente para seguir adelante. Pero hay algo en mi pecho que no se va ni con el sudor ni con la tierra ni con el agua helada de la ducha. Echo de menos a Emma, pero no solo a ellas, porque también añoro quién era yo cuando ella estaba aquí y eso me destroza.

Cuando el calor aprieta y el polvo empieza a pegarse a las botas, estoy en el corral con una pala en la mano y la mandíbula tensa. Muevo la tierra con movimientos lentos, mecánicos, como si sirviera de algo remover la mierda que se ha ido acumulando estos días. No oigo a nadie acercarse, porque estoy tan metido en mi cabeza que casi me sobresalto cuando escucho su voz justo detrás de mí.

—Así no, hijo.

Me giro y ahí está mi madre con las manos en las caderas, las cejas levantadas y ese delantal de flores que lleva desde que tengo memoria. Las botas de jardín le quedan grandes, pero no se inmuta, solo me mira como si pudiera ver todo lo que llevo por dentro.

—Esto no es vivir —suelta con un tono que no deja lugar a discusiones—. Esto es esconderte.

—No me estoy escondiendo —respondo, sin mirarla y vuelvo a meter la pala en la tierra.

—Claro que sí. Mírate. Pareces un fantasma. No hablas, no comes, no duermes y te pasas el día vagando por aquí como si este rancho pudiera seguir adelante de la mano de tu pena.

Intento seguir con lo mío, pero ella me arrebata la pala con un tirón seco.

—A la cocina. Ahora.

—Estoy trabajando, mamá. —Intento seguir cavando, aunque sé que no tiene sentido.

—Estás cavando tu propio encierro —dice, sin mover ni un músculo.

Noto que se me tensa la mandíbula. Me limpio el sudor de la frente con la manga y miro hacia otro lado, esperando que se canse y se marche. Pero no se va.

—Déjame en paz.

—Eso no va a pasar —responde, tan tranquila, como si supiera que ya ha ganado.

Me quedo un segundo más con la pala en las manos, sin moverme, sin mirarla. Hasta que la deja caer. Ese sonido seco, el golpe del metal contra la tierra, me atraviesa.

La miro y entonces veo en sus ojos, que no hay ni juicio ni reproche, solo una ternura que desarma. Suspiro hondo, dejo la pala clavada y camino detrás de ella como si volviera a tener diez años.

En la cocina huele a café recién hecho, a mantequilla fundida y a bizcocho de plátano, mi preferido y que veo que, para mi sorpresa, mi madre me ha traído. Todo este calor familiar me golpea de frente y me siento en una de las sillas de madera junto a la

mesa. Ella se sirve una taza, me sirve otra, y se sienta frente a mí. No dice nada, solo bebe y me observa.

—Cuando eras pequeño —empieza al cabo de un rato—, te caíste de la valla del corral. Tenías las rodillas hechas un mapa, pero no lloraste. Te quedaste mirando el suelo como si no mereciera la pena levantarse.

Me encojo de hombros.

—Entonces apareció Emma —dice, bajando un poco la voz —. Con una tirita de colores en la mano. Se te plantó delante y te soltó: «No eres un vaquero de verdad si no te vuelves a subir». Y tú te subiste. Llorando, sí. Pero te subiste.

Miro el café, porque no me atrevo a mirarla a ella, y noto cómo me arde la garganta.

—No me tienes que contar lo que ha pasado —continúa—. Pero si algo te importa de verdad, no lo dejas marchar sin más. Amar duele, sí. Pero quedarse con las manos vacías aún duele más.

Siento cómo se me cierra el pecho y me paso una mano por la nuca, porque no soy capaz de hablar.

Esa noche, me quedo solo en el porche, con una cerveza caliente que no me apetece y las botas sin desatar. El cielo está limpio y el canto de los grillos lo llena todo. De repente, Me viene a la cabeza el recuerdo de ella y veo a Emma con trenzas, corriendo por el campo con los zapatos en la mano. Emma gritándome desde lo alto del granero. Emma empujándome al lago. Emma llorando cuando murió el caballo más veterano del rancho. Emma enseñándome a subrayar los libros por colores. Emma riéndose con la boca llena de cerezas.

Y lo entiendo. No fue el beso, ni su cuerpo en mi cama ni la forma en que me mira como si pudiera ver todo lo que no digo. Fue mucho antes. Ha sido ella desde siempre. Solo que yo no he sabido verlo hasta ahora.

El despertador suena a las cinco y media, pero yo ya estoy despierto desde que el primer camión ha pasado por la carretera. La

habitación sigue a oscuras y el aire es frío. Me froto la cara antes de sentarme. El suelo me hiela los pies. Me pongo los vaqueros sin pensar, como siempre, pero esta vez no cojo lo primero que veo en el armario.

Afuera huele a humedad y a leña apagada. Los perros no ladran, pero se me quedan mirando desde la valla como si supieran que algo ha cambiado. Paso por delante del gallinero, rodeo el granero y entro en el establo por la puerta trasera. Moccasin relincha en cuanto me ve y golpea el suelo con la pezuña y estira el cuello por encima del cercado. Se mueve inquieto desde que Emma se fue, como si también la buscara por las esquinas del rancho. Le acerco una zanahoria y la mastica con ansiedad. Me quedo un rato allí, con la frente apoyada en la madera, sintiendo el calor del animal contra mi brazo. Cuando termino de revisarlo, salgo al patio con la pala al hombro. Hoy no espero a que me digan nada, no necesito instrucciones. Los chicos me miran de reojo, pero no dicen gran cosa. Me acerco a Tommy y le lanzo una broma que no tiene demasiada gracia, pero él se ríe igual.

A la hora de comer, me siento en la mesa del porche con mi madre, que hoy come conmigo porque me ha preparado estofado y pan caliente. No hablamos mucho. Ella me observa, pero no dice nada. Me basta con su presencia y con que no se levante ni me pida explicaciones.

Después de fregar los platos, subo a mi habitación y abro el segundo cajón de la cómoda. Ahí está, entre libretas viejas y unos cuantos recibos olvidados: la libreta de tapas blandas, con la esquina inferior doblada. Emma escribió ahí durante todo un verano. Sus listas de libros, frases que no quería olvidar y pequeñas notas sin destinatario. Recuerdo que me quedé este cuaderno cuando ella se marchó al instituto de la ciudad y nunca se la devolví.

La abro por la mitad y observo las están repletas de garabatos. En una, Emma había escrito: «Si algún día alguien me quiere de verdad, ojalá me lo diga sin miedo». Me apoyo en el borde de la cama con la libreta en las manos y siento cómo esas palabras se me clavan en el pecho como si las hubiera escrito ayer.

La boda de Austin está a la vuelta de la esquina y todo el mundo está pendiente de los preparativos. El menú, los trajes, las mesas, pero yo solo pienso en ese momento en que Emma entre en la plaza, me mire y entienda que no ha habido un solo día sin ella dentro de mí y que cada día sin su voz ha sido una sequía dentro de mi pecho.

Si Emma decide volver, quiero que sepa que este ya no es el mismo hombre que la dejó marcharse, porque ahora he dejado de tener miedo y he aprendido a mirar de frente y a decir lo que siento sin esconderme tras excusas ni silencios.

Este soy yo. Esperándola, pero no de brazos cruzados, sino con el corazón abierto, aunque tiemble de pies a cabeza como una hoja mecida por el viento.

Capítulo 23
Emma

El reloj del salón marca las seis y cuarto, aunque parece más temprano. Estoy sentada en el borde del sofá y con una taza de café entre las manos. Llevo la misma camiseta que anoche, y el cuello desbocado deja ver parte del tirante del sujetador. Tengo los ojos secos de tanto llorar o quizá ya no me quedan lágrimas.

Me quedo así un rato, con los pies descalzos sobre la alfombra, escuchando cómo pasan los coches por la calle. Ninguno reduce la velocidad, ni ninguno se detiene, aunque tampoco espero que lo hagan.

Dejo la taza a medio acabar en la encimera, porque el café se ha quedado frío, pero me da igual porque tengo el estómago hecho un puño y no me apetece beber ni comer nada. Así que me meto en la ducha con el cuerpo entumecido. Cuando el agua me cae sobre la cabeza no siento alivio. Solo una especie de vacío caliente que no limpia nada. Me enjabono con movimientos lentos, casi sin mirar, como si me costara habitar mi propia piel. Después, me seco con una toalla fina y me recojo el pelo en un moño flojo. No tengo ganas de maquillarme, ni de echarme perfume, ni de enjoyarme. Lo único que me apetece es vestirme y salir de aquí, aunque no tenga ni idea de por qué lo estoy haciendo.

Saco el neceser del último cajón de la cómoda de mi habitación y frente al espejo del baño, intento maquillarme los ojos. Me tiemblan las manos y los pinceles se me escapan. Paso la brocha con cuidado, pero al llegar a la máscara de pestañas, la primera lágrima se deja caer por mi mejilla y lo arrastra todo. Chasqueo los labios y cojo un disco de algodón con un poco de desmaquillante y borro el rastro negro. Vuelvo a empezar otra vez y otra. Me esfuerzo, pero la tristeza no deja espacio para nada más. Está pegada a mi piel, a mis pestañas y al hueco de mi cuello.

La imagen que el espejo me devuelve es la de una cara que no reconozco del todo. Hay algo en la forma de mi boca, en mi mirada sin brillo, en la curva caída de mis hombros, que parezco como si estuviera agotada de sostener algo invisible o como si el esfuerzo por mantenerme entera hubiera roto una parte que ya no sé reparar.

No sé si lo más ridículo es plantarme hoy en esa boda sola o haber llegado a creer, aunque solo fuera por un instante, que lo de Nate y yo podía funcionar. Me miro en el espejo del pasillo y ni siquiera sé quién es la mujer que me devuelve la mirada. Llevo el vestido azul que compré hace un par de semanas, cuando todavía pensaba que sería para llevarlo en cualquier ocasión especial y no para ponérmelo con el estómago hecho un nudo y las manos frías. Me he recogido el pelo con esmero, aunque hay un mechón que se me escapa todo el rato y no hay horquilla que lo sujete. Cada vez que intento colocarlo, vuelve a caer… Como yo.

He vuelto a maquillarme otra vez, pero el corrector no tapa las ojeras, ni la máscara de pestañas consigue mantenerse en su sitio. Las lágrimas no dan tregua, aunque ya ni siquiera salgan con fuerza. Son lentas, silenciosas y casi vergonzosas, parece que también ellas se sienten tan ridículas como me siento yo.

Voy sola. Otra vez. Y no al cine ni a una cafetería, sino a una boda, la de Austin. Sola después de haber montado aquella farsa absurda. Sola tras arrastrar a Nate a este paripé que no ha servido más que para dejarme más vacía de lo que ya estaba. ¿Qué clase de idiota se cree que puede fingir algo así sin acabar completamente rota? ¿Qué me imaginaba? ¿Un beso improvisado que lo solucionara todo? ¿Un baile lento que nos devolviera lo que nunca fue nuestro del todo? ¿De verdad pensé que mi vida iba a parecerse a una de esas películas tontas que tanto me empeñaba en ver con una manta hasta la barbilla?

Creía que ya habría aprendido a llegar sin que nadie me espere. A entrar en lugares sin buscar ojos que me busquen. A sentarme sin contar con un hueco reservado y a no echar en falta

una mano que se cruce con la mía cuando empiezo a temblar por dentro. Pero no. Hoy no. Hoy la soledad no es algo abstracto. Hoy tiene nombre, rostro, cuerpo y me atraviesa el pecho como una katana, porque no se trata de estar sola, sino de no estar con él.

Nate no fue una estrategia, ni una salida improvisada ni una mentira piadosa. No fue el clavo que pretendía usar para sacar otro. Fue eso que no sabía que estaba buscando. Fue refugio, calma, carne, vértigo y hogar, aunque se rompiera antes de que pudiera entenderlo del todo.

Y ahora me duele. No desde el estómago ni desde la cabeza, sino desde el centro exacto del pecho. Desde ese lugar que nadie ve y que no se alivia con aspirinas ni baños calientes. No me duele por lo que fue sino por lo que no llegó a ser. Porque el amor, cuando no tiene dónde quedarse, se convierte en un animal herido que se revuelve dentro. No descansa, ni se disipa, ni se resigna. Solo muerde.

A veces pienso que, si lo hubiera dejado todo antes, si me hubiera atrevido a decirle que se quedara, que lo eligiera todo conmigo... Pero no, no lo hice. Porque tampoco sabía si yo era suficiente para sostenerlo y me dio miedo que dijera que no.

Me coloco el vestido con movimientos torpes, como si la tela pesara más que de costumbre. Intento abrochar la pulsera de madreperla que llevé a la inauguración de la biblioteca, pero se me resbala entre los dedos. La dejo encima de la cómoda. No tengo fuerzas para adornos. Así que me pongo los tacones con una lentitud que me hace sentir ochenta años más vieja. Cada gesto y cada movimiento, es una pelea contra ese cansancio invisible que arrastro desde que no estoy con él. Un peso que no se ve, pero que me dobla por dentro. Una especie de tristeza que se ha pegado a mis costillas y que no puedo arrancarla de ahí por mucho que lo intente.

Me miro por última vez al espejo. No estoy bien, pero parece que lo estoy. Y con eso, hoy, tengo bastante. Salgo del apartamento y cierro la puerta sin ruido, como si no quisiera despertarme del todo.

El volante de mi coche me quema las palmas, aunque el aire acondicionado lleva rato funcionando. Es la ansiedad. Esa que no se nota por fuera, pero que convierte los gestos más cotidianos en una tortura íntima. Arranco el coche sin poner música. No quiero interferencias, lo único que deseo es llegar cuanto antes a Cactus Valley y que todo esto pase lo antes posible. Salgo del aparcamiento como quien se saca una tirita, rápido y sin mirar atrás.

Las calles de la ciudad tienen aspecto de postal impostada: terrazas con gente hablando alto, escaparates con carteles de rebajas, niños con helados de colores en las manos. El semáforo se pone en verde y avanzo. Paso junto al puente que cruza el río y luego por la rotonda de la gasolinera. Todo está en calma y parece tan fácil para el resto menos para mí.

Avanzo sobre el asfalto con un nudo bajo el esternón que no se deshace. Miro por la ventanilla sin ver. Los árboles me acompañan un rato y después dan paso a los campos abiertos. A lo lejos, los primeros tejados de Cactus Valley asoman como un recuerdo al que no sé si me alegra volver o me parte por dentro. Cuando entro en el pueblo, la decoración para la boda ya ha colonizado cada rincón. Guirnaldas de luces que cruzan las calles, farolillos de papel colgados de las ventanas, flores en los marcos de las tiendas. Un grupo de mujeres camina en dirección a la finca, con vestidos vaporosos y peinados perfectos. Las risas se escuchan desde dentro del coche. Yo reduzco la velocidad. Paso junto a la cafetería donde tomamos aquel desayuno, la plaza donde ensayamos el baile, el callejón donde me rozó la mano por primera vez. Cada esquina tiene un eco de él… de nosotros.

Aparco al final del camino de tierra que lleva a la finca y me quedo un instante con las manos quietas sobre el volante. No sé si estoy preparada ni si alguna vez lo estaré, pero salgo del coche igual. Cada paso que doy sobre la grava me deja un sabor metálico en la lengua. Me cuesta tragar.

El lugar está precioso. Es un espacio abierto, amplio, rodeado de árboles bajos y mesas decoradas con manteles blancos. Hay bancos de madera perfectamente alineados frente a una tarima con decoración floral. Las flores silvestres trepan por los soportes

con una gracia desordenada. La música que suena es instrumental, apenas un susurro, como si el mundo contuviera el aliento hasta que llegue el gran momento. No se oye a nadie hablar en voz alta, solo pasos suaves, un par de sillas que crujen y el rumor de alguien riéndose a medias.

Busco con la mirada el asiento más alejado, porque no quiero estar en medio de nada ni de nadie. Me siento en un extremo, detrás de una pareja mayor que ni siquiera me mira. Me ajusto el bajo del vestido sobre las piernas y me inclino un poco hacia un lado, como si eso me volviera invisible. No quiero saludar, ni quiero cruzar miradas con nadie, ni siquiera con él. Pero lo veo al fondo, a un par de metros de la tarima. Austin está de pie con la chaqueta abierta, el cuello de la camisa descolocado y una expresión tensa que no consigue disimular. Cuando me reconoce, se queda quieto. No hace ningún un gesto, ni siquiera sonríe. Solo me observa como si no supiera muy bien qué hacer con mi presencia allí, como si me hubiera dado por perdida y ahora no supiera dónde colocarme en esta escena que ya no me pertenece.

Yo aparto la mirada. No he venido por él, ni siquiera por esta boda. He venido por algo que no sé poner en palabras y que tiene más que ver con una necesidad que con una decisión. Como si mi cuerpo supiera que debía estar aquí, aunque mi cabeza siga buscando una excusa que lo justifique.

La novia aún no ha llegado. La gente se mueve en los bancos. Algunos se levantan para mirar hacia la entrada y otros cuchichean. El murmullo flota sobre nuestras cabezas. Me recoloco el escote con disimulo, miro el reloj, aunque no me interesa la hora, y trago saliva con dificultad. Y entonces, escucho un ruido que me es familiar y mi mirada se dirige hacia el final de la alfombra roja que marca el recorrido hasta el altar.

El sonido de las botas sobre la gravilla me recorre por dentro. Un crujido que no destaca entre el murmullo suave de la música ni entre los movimientos contenidos de la gente, pero que yo escucho con una nitidez que me hiela la sangre. No levanto la cabeza en un primer momento. Pero, no puedo continuar resistiéndome más y alzo la mirada y lo veo.

Su silueta atraviesa el claro entre los bancos y camina como si supiera exactamente hacia dónde va. Lleva un traje oscuro que le queda demasiado bien. La americana abierta, la camisa blanca sin abrochar del todo y el sombrero encajado justo hasta donde debe. Podría parecer que viene de una sesión de fotos o de una película, pero no. Solo es él.

Todo el mundo gira la cabeza. Algunos cuchichean y otros se quedan en silencio. Yo, sin embargo, no soy capaz de moverme. El corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que temo que alguien lo oiga. Me arde la garganta, me sudan las manos y tengo la sensación de que no hay aire suficiente en esta finca para lo que empieza a removerse en mi pecho.

Nate se detiene junto a la tarima. Mira alrededor sin prisa, se quita el sombrero con un gesto breve y pide el micrófono. Alguien se lo acerca y la música se detiene. El murmullo se apaga. Todo el mundo lo mira. Incluido Austin, que no oculta su sorpresa. Yo contengo la respiración, porque algo dentro de mí sabe que no debo interrumpir lo que está a punto de pasar.

—No voy a robaros mucho tiempo —dice con una voz que no tiembla—. Pero necesito decir algo. No para esta boda, ni para vosotros, sino para mí.

No menciona ningún nombre, porque no hace falta. Su voz es baja y firme y cada una de sus palabras cae como un golpe de lluvia sobre tierra reseca.

—He aprendido que lo que más miedo da es, a veces, lo que más merece la pena. Que uno puede pasarse la vida entera huyendo sin saberlo de lo que le hace sentir de verdad. Y que hay personas que llegan sin avisar, con la calma de una brisa o la violencia de un huracán, y te desmontan todo lo que dabas por hecho.

Una mujer de la tercera fila se tapa la boca. Pero yo solo escucho, porque lo único que puedo escuchar es a él.

—Hay una chica que apareció en mi vida, pero no se esforzó en encajar, ni intentó ser perfecta ni buena ni dócil. Solo fue ella y con eso me bastó para saber que estaba perdido.

Las palabras me rasgan el pecho, me acarician y me envuelven. No sé si me duelen o si me curan. Solo sé que me atraviesan y que yo no hago nada por protegerme.

—Tuve que perderla para entender que lo único que quería era quedarme a su lado. Que nada de lo que tenía cobraba sentido sin ella y que el orgullo no sirve de nada cuando lo que te falta es una persona, su voz, su forma de mirarte como si no fueras tan complicado como crees y su manía de poner orden en tu caos sin tocar ni una sola de tus ruinas.

Mientras lo escucho, la emoción me rompe por dentro y me descompone en pedazos que ya no puedo sostener.

—Amar no es cómodo, ni limpio, ni fácil. A veces escuece y se clava como una astilla. Pero también te llena de vida, te da un motivo y te hace respirar mejor. Y cuando encuentras a alguien que te hace sentir eso... no la dejas ir. Jamás.

En ese instante, su mirada se clava en la mía y no hay nada más ahora mismo que esos ojos hablándome desde donde está.

—Si esa persona me está escuchando, solo quiero que sepa, que no pienso dejarla escapar.

Cuando acaba de hablar no hay aplausos ni palabras, solo el latido de mi corazón retumbando dentro de mis oídos. Las lágrimas me corren por las mejillas como un torrente imposible de contener. No me las seco ni las intento disimular.

Lloro como si por fin me estuviera permitido y con la certeza absoluta de que este discurso es mío. Lo sé. Lo he sabido desde la primera frase. Desde el primer paso que ha dado sobre la gravilla. Desde el momento en que levanté la cabeza y lo vi mirándome como si el mundo se hubiera quedado en pausa.

El corazón me tiembla dentro del pecho. No porque no sepa lo que siento, sino porque, por primera vez, me doy permiso para sentirlo sin miedo.

Capítulo 24
Nate

El micrófono sigue encendido, porque lo oigo chispear, como si la electricidad no supiera qué hacer con tanto silencio.

Me bajo del escenario sin mirar a nadie. Los escalones crujen bajo mis botas, igual que el suelo de madera que han colocado en esta zona próxima al altar improvisado. El aire está cargado de un calor que no viene del sol, sino de los cuerpos que se han quedado quietos, expectantes y conteniendo la respiración al verme. Nadie habla, porque nadie se atreve.

Camino entre los bancos, donde están sentados los asistentes, como si avanzara por un terreno desconocido. Reconozco las caras de la gente del pueblo, que van vestidos de gala. Todos me siguen con los ojos, pero nadie me llama. Ni siquiera mi madre ni la novia que debería estar en el centro de todo esto, que ahora mismo no sé ni dónde está. Pero nada de eso me importa, porque ahora mismo solo tengo un objetivo y una dirección.

Emma está de pie, al final de los bancos, con los dedos crispados alrededor del bolso y me mira fijamente, aunque sé que le cuesta hacerlo. Se le nota en la forma en la que aprieta la mandíbula, en cómo contiene la respiración sin conseguir que el temblor del pecho desaparezca del todo. Tiene los ojos tan llenos de lágrimas que parecen a punto de romperse.

Está preciosa, aunque el pelo se le haya soltado por los lados y lleve el vestido algo arrugado, como si hubiera estado sentada demasiado tiempo. Aunque sus labios estén marcados por una línea tensa que grita todo lo que no dice. Es la mujer más jodidamente bonita que he visto en mi vida. Pero no es eso lo que me parte por dentro sino la forma en la que me mira. Como si no supiera si dar un paso más o salir corriendo.

Me acerco hacia ella. Un paso. Otro y todo a mi alrededor desaparece. La decoración de la explanada, el murmullo de los invitados, los pétalos marchitos sobre las sillas. Todo se queda en segundo plano. Solo existe ella.

Cuando llego a su altura, me detengo frente a su cuerpo menudo. No dice nada, aunque no hace falta. Tiene los labios apretados y las pestañas cargadas de lágrimas que no se atreve a soltar. No me da tiempo a pensar. Solo alzo la mano y la apoyo en su mejilla, con los dedos bien abiertos y la acaricio como si tuviera que comprobar que está aquí de verdad, que no es un espejismo que me ha inventado el miedo. Al notar mi contacto, cierra los ojos un segundo y suspira por la nariz, como si esa caricia le doliera o la calmara o las dos cosas al mismo tiempo.

Con la otra mano le busco la suya y se la agarro sin pedir permiso, con la urgencia de quien sabe que, si no lo hace ahora, no volverá a tener otra oportunidad. La aferro con fuerza, como si en ese gesto pudiera meter todo lo que he callado y todo lo que me he negado a ver.

A nuestro alrededor, las cabezas empiezan a girarse. Las conversaciones se apagan. Nadie se atreve a decir una palabra. La música sigue sin sonar. Solo el viento que corre por la explanada, moviendo los lazos colgados en los arcos, como si el tiempo se hubiera doblado para darnos este momento.

Desde el otro lado, Whitney, que no sé cuándo ha llegado, nos observa. Sigue en el altar, clavada en el sitio. Tiene la boca entreabierta y la mirada congelada, pero no me importa. No estoy aquí por ella, ni por lo que piensen los demás. Estoy aquí por Emma.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta de que eras tú —le digo. La voz me sale baja y rota, pero firme. Como si cada palabra me estuviera abriendo el pecho desde dentro—. Pero ya no quiero seguir sin ti. No quiero volver a besar a nadie más que no seas tú, Emma.

No me arrodillo, ni levanto la voz. Lo digo de pie, mirándola a los ojos. Emma parpadea y veo cómo le resbala una lágrima por la mejilla y le tiembla la barbilla, pero no suelta mi mano. Se queda ahí, conmigo, como si estuviera decidiendo si darme ese trozo de

ella que aún no ha compartido con nadie y le pesara todo lo que ha pasado y, aun así, no pudiera soltarme.

—¿Sabes lo que más me ha dolido? —susurra, sin mover apenas los labios—. Que creía que lo habías entendido y que por fin habías visto todo lo que yo no podía decirte.

Le aprieto los dedos. No para que se calle sino para que siga.

—Estaba empezando a pensar que quizá esta vez... no iba a tener que marcharme yo sola.

Me trago la rabia de haberle fallado y no haberle dicho antes todo esto, porque lo supe desde que la vi bajarse del coche aquella primera tarde. Desde que la escuché reír con la cara manchada de harina o desde que se quedó dormida sobre mi pecho.

—No quiero que te vayas sola —le digo—. No quiero que vuelvas a sentirte sola nunca más.

Ella baja la mirada un segundo y veo cómo el cuerpo le tiembla, como si estuviera a punto de romperse en dos.

—Tú no sabes lo que dices —susurra—. No sabes lo que es vivir con la sensación constante de estar fuera de lugar y de no encajar nunca del todo.

—Sí que lo sé —respondo—. Y sé que tú sí encajas aquí en mi vida, en este lugar y en mí.

Vuelve a mirarme, pero esta vez no parpadea. Tiene los ojos cristalinos, pero ya no están llenos de miedo, sino solo de emoción y de eso que se lleva tiempo callando. Y entonces asiente lentamente con un temblor en la barbilla que ya no consigue controlar. Me aprieta los dedos y da un paso. Solo uno, pero suficiente. Yo no digo nada. Solo cierro los ojos un segundo y, cuando los abro, me acerco a ella hasta que noto su respiración contra la mía. Le llevo la mano libre a la nuca y la acerco. Le rozo la frente, después la nariz y, por último, la boca y la beso despacio. No hay prisa ni vergüenza, solo el temblor suave de su cuerpo, la forma en que me aprieta la camisa y la respiración entrecortada que se me escapa por la garganta cuando noto que ella me lo devuelve.

Es un beso que sabe a todo lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Cuando nos separamos, solo unos centímetros, me quedo quieto con la frente apoyada en la suya, con los ojos cerrados y los labios húmedos.

—Quiero que vengas conmigo —le digo.

Ella sonríe levemente sin dejar de mirarme.

—¿A dónde?

—Donde sea, pero que sea contigo.

Al principio se escucha un murmullo a nuestro alrededor. Un «oh» contenido, como el crujido de un tronco que anuncia que algo va a romperse. Luego alguien aplaude con timidez, como si no estuviera seguro de si debe hacerlo. Después otro se le suma y otro. En menos de diez segundos, la explanada entera estalla en aplausos, vítores, silbidos y risas, hasta que una voz masculina grita:

—¡Viva el amor!

Y desde el fondo le responde otra, con acento sureño y carcajada entre dientes:

—¡Ya era hora, cojones!

Las cámaras de los móviles se levantan. Algunas señoras mayores se secan los ojos con los pañuelos, que llevaban guardados en los bolsos por si la emoción les sobrevenía… aunque no para esta escena. No para este final alternativo que nadie esperaba pero todos, en el fondo, deseaban.

Los amigos de mi infancia, los de verdad, los que me han visto jodido por dentro sin necesidad de explicaciones se miran entre ellos. Algunos sonríen y otros me aplauden. Hay una mezcla de orgullo y alivio en sus caras. Como si por fin todo encajara y nosotros seguimos besándonos y con los ojos cerrados y el cuerpo entregado.

En mitad del bullicio, de los flashes, de las sillas arrastradas por los que se levantan para ver mejor. En mitad de ese caos contenido y de esa euforia improvisada, seguimos anclados el uno al otro. Como si nada más importara y como si los verdaderos protagonistas de esta boda no fueran los que se han quedado clavados en el altar, sino nosotros, los que por fin hemos dejado de escondernos.

Ella me besa como si acabara de soltar una piedra que llevaba años arrastrando. Yo la sostengo como si tuviera miedo de que se esfumara en cuanto abriese los ojos. No sé cuánto tiempo pasa ni me importa.

Solo cuando el ruido empieza a diluirse, cuando la música tímidamente empieza a sonar por los altavoces, Emma se separa un poco, apenas unos centímetros. Lo justo para respirar. Tiene los labios húmedos y la respiración acelerada. Las mejillas coloradas y los ojos entornados como si estuviera despertando de un sueño.

Me mira sin decir nada.

—¿Estás bien? —le pregunto. Me sale tan bajito que apenas lo oigo yo.

Asiente, pero no se aparta.

—No me sueltes —susurra.

—Ni aunque quisieras.

Le paso la mano por la espalda y la atraigo otra vez hacia mí. Le hundo la nariz en el pelo, en ese hueco entre la oreja y la mandíbula. Ella se agarra a mi camisa, como si todavía no creyera que esto esté pasando de verdad. Y mientras la tengo así, mientras el mundo sigue girando a nuestro alrededor, pienso que no me importa que nos estén mirando, ni que Whitney esté a cinco pasos, ni lo que vayan a decir los que se han pasado semanas organizando esta boda. Tampoco me importa lo que pase mañana, porque por primera en mi vida, sé exactamente lo que quiero y lo tengo entre los brazos.

Capítulo 25
Emma

Siento el cuerpo más ligero, aunque los pies me arden. Camino descalza desde el coche hasta la puerta, con los tacones en la mano, el vestido arrugado y el pulso todavía acelerado. Con cada paso que doy, noto las costuras tensas contra mi piel y el roce áspero de las cintas del sujetador, pero no me importa. Sé que ahora mismo no debería sentirme cómoda, pero lo estoy, porque estoy con Nate y estamos juntos.

Empujo la puerta de la casa con cuidado, que cede con un quejido largo que ya reconozco como parte del rancho. Todo está igual que hace una semana, igual que siempre, aunque me parece diferente, aunque quizá sea por la mirada con la que lo observo todo ahora.

La lámpara de la mesita, que hay junto al sofá, sigue encendida. La bombilla de luz cálida baña el salón con una claridad suave, amarilla y lo bastante tenue como para que los muebles se dibujen en sombras irregulares, pero no tanto como para que nos obligue a encender otra luz. Las paredes de madera, la alfombra tejida con colores que ya me resultan familiares, la chimenea apagada, los libros apilados sobre el aparador… todo me habla de él, me envuelve y me abraza con calidez haciéndome sentir en calma.

Avanzo despacio y escucho cómo crujen las tablas bajo las botas de Nate. No dice nada, aunque no lo necesito. Siento su presencia llenando el espacio con esa energía callada que siempre ha tenido, pero que ahora noto que vibra de forma más tensa y expectante. Me detengo junto al respaldo del sofá y dejo los zapatos en el suelo sin hacer ruido.

Me quedo unos segundos de espaldas a Nate, dándole tiempo y dándomelo a mí. Cuando me giro, sigue a medio camino entre la puerta y el salón, con las manos en los bolsillos y la

chaqueta desabrochada. Tiene el pelo algo revuelto, la camisa blanca se le ha salido un poco por un lado del pantalón y en las mangas aún tiene restos de polvo del suelo de la explanada. Me mira como si llevara horas deseando hacerlo, aunque no hablamos, pero nuestros ojos se encuentran en ese espacio breve entre todo lo que ha pasado y lo que va a pasar. No hay nervios entre nosotros, solo una calma densa, que no pesa ni aprieta. Que simplemente está.

Doy un paso y Nate se mueve al mismo tiempo, aunque no se acerca, solo me observa en silencio, con una expresión nueva que me cuesta identificar y siento que me mira como si me acabara de ver por primera vez. Me llevo las manos al cuello para buscar el cierre del vestido, aunque no consigo desabrocharlo a la primera, porque los dedos me tiemblan por la emoción que empieza a invadirme el pecho poco a poco. Él se acerca por fin sin decir nada y se coloca detrás de mí. Me roza la espalda con los nudillos antes de bajar la cremallera un poco, como si entendiera que necesito respirar antes de seguir.

—¿Estás cansada? —murmura con voz grave, apenas audible.

Niego con la cabeza sin volverme.

—Estoy viva —le digo girándome despacio hacia él para estar cara a cara.

Cuando me giro, descubro que estamos tan cerca que noto el calor que desprende su cuerpo. Su expresión cambia. Sus cejas se relajan y sus hombros también. Me observa con calma la boca, la clavícula, el escote arrugado del vestido y mis manos que no saben dónde quedarse. Sus dedos me rozan el brazo y bajan por mi antebrazo hasta alcanzar la muñeca. Me acaricia la piel como si fuera a aprenderse cada uno de mis poros. No me aparto, porque no necesito más señales, estamos solos y en casa, no me hace falta nada más.

—Ven —le digo sin alzar la voz, aunque no es una orden, ni una petición, sino una rendición.

Nate da el último paso y me abraza sin presión ni urgencia. Me sostiene como si no supiera hacerlo de otra forma y apoyo la

cabeza en su pecho y cierro los ojos. Cojo aire profundamente y me concentro en el latido de su corazón fuerte y regular.

—No quiero que esto se acabe —susurro.

—No se va a acabar —responde sin dejar de abrazarme.

Sus palabras no me suenan como una promesa vacía, sino como una certeza. Levanto la cabeza y le acaricio la mejilla con los dedos. Tiene la piel caliente y le brilla la mirada. Me sonríe mientras yo le empiezo a desabotonar la camisa despacio, botón a botón. Él espera sin dejar de observarme y se deja hacer.

—No tengo prisa —le digo en apenas un susurro.

—Yo tampoco.

Lo beso en el esternón y sobre la piel que va quedando a la vista. Noto cómo me tiemblan las manos y el resto del cuerpo, pero ahora ya no es de miedo, sino de emoción y de saber que, al fin, estamos juntos y que nada ni nadie podrá con nosotros.

Me sigue observando con una fijeza que no se parece al deseo ni al hambre, sino a algo mucho más profundo, algo que me acaricia desde dentro antes incluso de que sus manos me toquen, como si solo con mirarme ya supiera cómo abrirme por dentro sin romper nada. Estamos frente a frente, los dos de pie en esta habitación que ya no me resulta ajena, porque la he recorrido tantas veces con la mirada, que podría dibujarla con los párpados cerrados, aunque esta noche hay algo diferente que lo cambia todo. Algo que me envuelve con la misma suavidad que las sábanas revueltas de esta cama que ahora huele a futuro. La lámpara encendida en el rincón deja una luz cálida, teñida de ese ámbar suave que lo acaricia todo sin deslumbrar. La tela de la pantalla proyecta un resplandor irregular sobre la colcha, sobre el suelo, sobre nuestros cuerpos, y todo en esta escena parece a la espera de que ocurra lo inevitable. Nate no se mueve, ni me dice nada. Me deja el espacio y me deja el poder, como si hubiera decidido que esta primera vez en la que no hay pretextos ni mentiras ni silencios, la decisión fuera solo mía. Y lo es.

Alzo los brazos sin prisa y llevo los dedos hasta la cremallera del vestido, que me aprieta la piel. La bajo por completo despacio, diente por diente, sintiendo cómo el tejido cede poco a

poco y se desprende de mis hombros con una docilidad casi indecente. Me mantengo con los labios apretados y los ojos fijos en los suyos, que no se apartan de mí ni por un instante, como si cada centímetro de piel que va quedando al descubierto fuera un secreto que lleva tiempo esperando escuchar. La tela resbala hasta mi cintura y siento el aire de la habitación posarse sobre mis pechos, sobre el vientre y sobre esa zona blanda que se encoge cuando alguien te mira sin juzgarte. Tiemblo de pies a cabeza y al verlo, avanza solo un paso, lo suficiente para rodearme con las manos. Me abraza por la espalda con una delicadeza que me atraviesa. Sus dedos, calientes y decididos, recorren mi columna, rozan mis omóplatos, bajan el vestido hasta las caderas sin tirar ni exigir, solo tocando lo justo, como si supiera que hay cosas que no se conquistan, sino se ofrecen. Cuando sus nudillos se acercan al borde de las braguitas, el pulgar le tiembla, pero no se precipita. No hay ansiedad sino ese respeto tembloroso que me atraviesa la piel y me arranca un suspiro que no controlo.

—Eres preciosa —susurra.

Le sonrío, bajo la cabeza y me cubro un pecho con la mano, no por vergüenza, sino porque no sé dónde colocar esta ternura que me desborda y me llena de un calor tan hondo que me cuesta sostenerlo. Él me levanta la barbilla con dos dedos y me la sostiene como quien no quiere perderse ni un segundo de lo que tiene delante.

—No te tapes —me ruega—. Te he esperado demasiado para no poder mirarte entera.

Me echo a reír bajito, como si su frase me rozara por dentro de una forma que solo yo sé descifrar.

—¿Te estás poniendo poético?

—Estoy diciendo la verdad.

—Pues sigue —le concedo, porque quiero más de esa voz y de esa mirada y de todo eso que se cuela entre frase y frase.

Me quita la mano con suavidad, me la besa y luego la suelta, dejándola caer entre nosotros, sin artificio ni teatralidad. Baja la vista hacia mi cuerpo, me acaricia la cintura con lentitud, como si mis curvas le hablaran en un idioma que solo él entiende. Yo le meto

los dedos bajo la camisa y le subo el tejido hasta dejarle el abdomen al descubierto. Tiene la piel tibia, tersa y le huele a campo y a jabón, a algo limpio y vivo que me enreda por dentro sin necesidad de perfume.

Le desabrocho el botón del pantalón con cierta torpeza.

—No mires —le pido, mientras intento que no se me note que los dedos me tiemblan.

—No puedo prometerlo —contesta, con una sonrisa medio seria y rendida.

Me mira desde arriba, con una expresión divertida, pero no añade nada. Solo espera. Mientras yo le bajo la cremallera y me agacho con cuidado para ayudarle a quitarse el pantalón. Lo bajo hasta los tobillos, con una lentitud ceremonial que no necesita palabras. Él colabora, primero un pie y después el otro, aunque pierde ligeramente el equilibrio, y yo me agarro a sus muslos. Me sostiene por la cintura y le echo una mirada rápida a sus pies.

—Un calcetín —le señalo, conteniéndome para no soltar la carcajada.

—Ya, no me juzgues —murmura, como si acabara de confesar un delito encogiéndose de hombros y con una sonrisa en los labios.

Se lo quito con un tirón torpe, le beso el tobillo sin pensar y me incorporo. Me vuelve a rodear con los brazos, me aprieta por la cintura, me besa la clavícula y me muerde justo en esa parte del hombro donde la piel se vuelve más sensible y frágil.

—¿Esto también es poético? —le susurro al oído.

—Esto ya no sé lo que es.

Pero yo sí. Es ese momento en el que dos cuerpos se reconocen más allá de la carne. No por lo que se han dicho, sino por todo lo que han sentido cuando no podían ponerlo en palabras.

Nate lleva sus manos a mi espalda y me mira los pechos no hay deseo crudo, ni avidez, ni posesión. Solo reverencia. Como si estuviera contemplando algo que no se atreve a tocar por completo porque sabe lo que hay detrás. Y eso, precisamente eso, me enciende más que cualquier roce. Yo le acaricio el pecho con las yemas de los dedos, lentamente, desde la clavícula hasta el ombligo.

Al llegar al centro, le beso justo entre las costillas, y noto cómo se le tensa el vientre.

—Tú también estás precioso —le digo.

—No digas eso —responde con una sonrisa dulce.

—¿Por qué no?

—Porque me va a dar un infarto.

Nos reímos los dos. No porque haga gracia, sino porque la intimidad pesa tanto que reírse se vuelve la única forma de sostenerla sin que nos invada del todo.

Nos hemos quitado la ropa. Todo menos la risa y eso lo hace más real que cualquier otra cosa. Nos quedamos frente a frente, completamente desnudos, sin tocarnos más de lo necesario. La habitación está tranquila, apenas agitada por la brisa suave que entra por la ventana abierta y por nuestras respiraciones, que se van acompasando como si hubieran ensayado toda la vida para encontrarse aquí. Él da un paso y yo doy otro. Y, en ese encuentro, se cierra algo o se abre, no lo sé. Me acaricia la cara, me recoge un mechón detrás de la oreja y me besa en la frente.

—¿Quieres apagar la luz? —me pregunta en voz baja.

—No.

—¿Segura?

—Quiero verte y que tú también me veas a mí.

Entonces me abraza y me aprieta con firmeza. Su piel está caliente, palpitante y viva. Siento su respiración pegada al cuello y el latido de su corazón retumbando contra mi pecho. Me besa en la boca despacio y sin lengua ni prisa. Con los labios apenas separados, como si cada roce fuera una caricia más. Nos tumbamos sobre la cama, sin dejar de mirarnos. El colchón cede con nuestro peso. Él se acomoda a un lado y yo al otro. Nos buscamos con los dedos, entrelazamos las manos, nos tocamos con los pies, nos olemos sin vergüenza y nos sonreímos sin defensa.

—¿Sabes qué hora es? —me pregunta él.

—No me importa.

—A mí tampoco. Solo quería comprobarlo.

—¿El qué?

—Que es cierto que estamos aquí.

Nos besamos de nuevo, pero esta vez con más deseo. Con la boca abierta y la lengua lenta. Con esa mezcla de temblor y ternura que nace cuando el amor y el sexo se reconocen al mismo tiempo.

Él me acaricia los muslos con la palma abierta. Yo le rodeo la cintura con las piernas, le paso la mano por la espalda y le araño la cadera, sin querer. Gemimos bajito, el uno en la boca del otro como si lo que estamos haciendo solo pudiera decirse así, con el cuerpo, con el aliento, con la piel.

—Te quiero —le susurro.

No me responde con palabras, pero me besa el pecho, el centro del esternón y la curva del abdomen. Me besa donde nadie ha llegado nunca.

Cuando me penetra, lo hace con una lentitud que me deja sin aire. Apoya la frente en la mía, me mira con los ojos abiertos y con la boca temblorosa, como si no se atreviera a cerrar los párpados por miedo a perderse algo. Me lleno de él sin miedo y me abro sin resistencia. Nos movemos juntos sin coreografías ni instrucciones. Como si ya supiéramos hacerlo, porque ese ritmo nos perteneciera desde siempre. Nos tocamos con la suavidad de quien sabe que, esta vez, no se va a acabar y nos miramos como si quisiéramos grabar esto para siempre en nuestras retinas.

Cuando nuestros cuerpos se rinden, la piel arde, las respiraciones se mezclan y los gemidos ya no caben en la garganta, nos dejamos ir juntos, sin necesidad de palabras, pero mirándonos a los ojos. Nos quedamos abrazados, enredados y pegados por el sudor. Con el pecho aún agitado, las piernas alrededor de sus caderas y la nariz contra su cuello. Él no me suelta y yo no quiero separarme. Nos miramos a los ojos y nos respiramos, con la certeza de que todo está en calma. La calma que aparece después de una tormenta. Esa que deja olor a tierra mojada y a promesa cumplida.

Todavía siento el vaivén de su respiración pegado al centro de mi pecho, como si su aliento se hubiera quedado suspendido entre la piel y el aire, cálido y constante, envolviéndome como si fuera una

segunda manta. Su cuerpo sigue sobre el mío, sin aplastarme, sin imponer peso, solo con la presencia exacta de quien sabe cómo quedarse, sin hacer daño y sin empujar ni pedir. Sus dedos me acarician el costado de forma pausada, distraída y como si no pudiera evitar comprobar una y otra vez que sigo aquí, que no me he ido ni me voy a ir.

Estamos envueltos en las sábanas, desnudos, con la piel aún húmeda y el cuerpo todavía cargado de esa electricidad silenciosa que queda después del deseo satisfecho. La habitación entera huele a sexo sin filtro y a esa mezcla buena de cuerpos que se han buscado y encontrado sin medida. No hay música ni palabras, solo la lámpara encendida en el rincón, con su luz tibia que ya no ilumina, sino que arropa. Aunque no necesitamos nada más que a nosotros.

Él me acaricia el muslo, con la mano completamente abierta, en un gesto que no lleva intención, ni rumbo, ni destino, pero que me estremece igual. Yo le paso los dedos por la nuca, justo donde el pelo empieza a ondularse por el sudor, y me quedo ahí, en ese hueco que empiezo a reconocer. Me siento llena, por lo que se ha deshecho dentro de mí, por todo lo que he soltado, por todo lo que me pesaba y esta cama ha recogido sin reproches.

No quiero hablar todavía, porque no quiero romper esta calma, esta cosa rara que flota entre los dos, como una pompa que no quieres tocar por si se rompe. Pero sé que él va a hablar. Lo sé por cómo respira y por cómo me besa el hombro con esa dulzura que a veces dice más que cualquier frase. Cada roce es una palabra contenida, una frase que no se atreve a dejar salir por la boca, pero que se le escapa por la piel.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —me susurra con la voz ronca, más que nunca, como si la tuviera abierta por dentro.

—¿El qué? —pregunto sin moverme, con los labios pegados a su pecho, notando cómo vibra cuando le hablo.

—Que ya no tengo que imaginarlo.

—¿El qué?

—Que tú estés aquí y así.

Me giro sobre su pecho, le enredo una pierna por la cadera y apoyo la mano en el centro de su esternón, que aún sube y baja con ese ritmo tranquilo de quien por fin ha soltado algo que llevaba demasiado tiempo conteniéndose. Le beso la piel sin prisa, solo para sentirle el sabor, el olor, el calor y me quedo ahí, con la mejilla apoyada sobre su cuerpo.

—¿Y ahora qué? —pregunto en voz baja, sin apenas separarme.

—Ahora te quedas —responde, y es como si su frase se instalara dentro de mí, justo en ese lugar donde las cosas importantes echan raíces.

Levanto la cabeza y le busco la mirada. Está despierto del todo. No hay ni rastro de sueño ni de duda. Tiene los ojos muy abiertos, brillantes y con esa seriedad que no da miedo, sino confianza.

—¿Así, sin más?

—Así, con todo.

Se incorpora un poco, apoya el codo sobre el colchón y con la otra mano me aparta el pelo de la cara y me acaricia la mejilla como si mi piel fuera un mapa que se supiera de memoria, pero aún le impresionara tocar.

—Tengo sitio —me dice—. Aquí para ti y para tus libros, aunque sean demasiados.

Al escucharle, no puedo evitar reírme, aunque me tiemblen los labios.

—No sabes en lo que te estás metiendo.

—Sí lo sé y me encanta.

—¿Y si te los ordeno por colores? —bromeo, entornando los ojos con malicia.

—Me arruinas el sistema.

—¿Tienes sistema?

—Por tamaño. No me juzgues.

Le muerdo el labio inferior, con la punta de los dientes de forma suave y lenta.

—Vale. Pero necesito una habitación solo para eso.

—Te construyo una —responde sin pestañear, con una firmeza que me sacude entera.

Me quedo en silencio. No porque dude, ni porque tenga miedo. Me callo porque esa frase, tan sencilla y directa, me atraviesa con una fuerza que no esperaba, porque no solo me está ofreciendo espacio, sino que me ofrece que eche raíces.

—¿Qué pasa? —susurra, al notar cómo se me encoge el cuerpo.

—Nada. Es solo que…

—Dímelo.

—Nadie me ha construido nada nunca —le digo bajito y sin mirarle.

Nate me aprieta contra él. Me envuelve por completo, como si su abrazo pudiera protegerme de todos los inviernos, incluso de los que aún no han llegado. Me besa en la frente. M y se retira para dejarme espacio para respirar y sentir. No me exige nada, solo me abraza y en ese abrazo, lo tengo todo.

—Pues prepárate —me dice—. Porque voy a construirlo todo.

No le contesto, porque no hace falta. Nos quedamos en silencio, mientras siento su piel pegada a la mía.

—Quiero vivir contigo —le digo, y no es una propuesta ni una idea lanzada al aire. Es una decisión.

Nate me mira sin parpadear.

—Yo ya lo estoy haciendo.

—No. Me refiero a vivir de verdad. A estar aquí cuando llegues por la tarde, a pelearme contigo por el mando, a hacer la compra juntos, aunque no nos pongamos de acuerdo, a tener nuestras rutinas, nuestras comidas y a llenar el congelador de helado solo porque yo soy un desastre con los antojos.

Él asiente, sin apartar sus ojos de los míos. No se ríe, solo me acaricia la mejilla, baja la mano hasta mi cuello y la deja ahí, como si en ese gesto cupiera una vida entera.

—Todo eso y más —añade sonriéndome.

—¿Y si soy un coñazo?

—Ya lo eres.

—Idiota.

—Mi idiota.

Me echo sobre él, lo beso y nos reímos, otra vez. Pero ahora no es una risa cualquiera, sino una que no pesa, ni incómoda y que no esconde nada.

Nate me da la vuelta con delicadeza y me deja tumbada boca arriba, se acomoda a mi lado, me pone la cabeza sobre su hombro y me rodea la cintura con un brazo. Me acaricia el vientre, muy despacio, como si dibujara algo invisible sobre mi piel.

—¿Y si no se parece a lo que esperabas? —pregunta, con esa forma suya de mirar que a veces asusta, porque lo ve todo.

—¿El qué?

—Esto. Yo. Nosotros.

—Entonces será mejor, porque no me esperaba nada. Solo quería no estar tan perdida.

Él se inclina, me besa en el hueco entre el cuello y la mandíbula, me muerde con cuidado y me deja la piel ardiendo. Luego me habla al oído, con una voz que ya no es suya, sino nuestra.

—Pues quédate aquí conmigo para que no te pierdas más.

No lo veo venir, pero me cae una lágrima caliente y sincera. Me la limpio con el dorso de la mano, casi con vergüenza, pero él lo ve y me acaricia el párpado con el pulgar, como si me lo cerrara para protegerme del mundo.

—No me despiertes nunca —le susurro, clavándole los ojos con más verdad de la que puedo sostener.

Él me sostiene la mirada.

—No pienso dejarte dormir sola ni una noche más.

Nos besamos con la lentitud de quienes ya no tienen que demostrar nada y con la ternura de quienes han llegado al sitio exacto al que no sabían que querían ir. Nos abrazamos y nos rendimos. Nos quedamos quietos, fundidos en esta cama que huele a verano, a casa y a historia recién estrenada. Y sé con absoluta certeza que esta vez no tengo que irme, porque esta vez, por fin, me puedo quedar.

Lo beso con todo lo que me ha quedado intacto después de esta noche, con lo que me ha reconstruido y con lo que me ha devuelto. No es un beso de película, sino uno de los de verdad. De los que saben a lo que nunca tuvimos y a lo que no vamos a volver a perder.

Me acurruco sobre él. Me enrosco en su cuerpo con una naturalidad que no he sentido jamás. Le paso un brazo por la cintura y dejo caer el peso entero de mi cabeza sobre su pecho. Siento su mano en mi espalda, el calor de su piel que ya no pide, sino que solo da y su presencia sin exigencias, sin ruido y sin necesidad de promesas.

Me duermo sin darme cuenta con la boca dibujando una sonrisa leve que ni siquiera soy consciente de tener. Con la certeza, por fin, de que este sueño es real.

Nate apaga la lámpara sin hacer ruido. No dice nada. Solo me besa en la frente antes de quedarse inmóvil, como si no quisiera perturbar el silencio que hemos construido entre los dos. Pero no hay oscuridad ni sombras. Ahora solo hay descanso, calor y un cuerpo unido al otro para siempre.

Epílogo
Unos meses después
Emma

Hay una paz distinta en el aire, como si llevara semanas caminando a mi lado sin que me diera cuenta del todo. Se cuela por las ventanas abiertas, se mezcla con el olor del pan que Nate ha horneado esta mañana y con el de los libros viejos que llevo toda la tarde sacando, hojeando, ordenando y, a veces, acariciando sin querer. La luz que entra por la ventana es cálida y constante, como si supiera que ahora no me hace falta mirar el reloj para saber que aquí, por fin, el tiempo no apremia, solo pasa.

Estoy de rodillas sobre la alfombra, rodeada por pequeños montones que he ido formando según criterios que solo yo entiendo. He empezado a separarlos por género, luego por editorial, después por fecha de edición, y ahora por colores, lo cual probablemente arruine todo lo anterior, pero me da igual. Hay algo profundamente satisfactorio en ver cómo se agrupan las cubiertas rojas en una esquina, los verdes en otra y los blancos en el estante central.

La habitación huele a madera recién encerada, a café con canela y a mi champú, porque a pesar de que llevo el pelo recogido en una coleta mal hecha, se me escapan algunos mechones por la cara y me los voy apartando con el dorso de la mano cada dos por tres. Me he quitado las zapatillas hace rato y tengo los pies fríos sobre la alfombra y las rodillas entumecidas, pero no me importa. Este cuarto, esta biblioteca pequeña que Nate y yo acondicionamos con más ilusión que dinero, es ya mi sitio favorito de toda la casa. Las estanterías llegan hasta el techo, la escalera de madera cruje cuando la mueves y las cortinas están siempre recogidas. Hay un sillón viejo que encontramos en un mercadillo de pueblo y que él tapizó con una tela de flores demasiado grande para el espacio, pero que me encanta igual.

La casa entera respira con nosotros y se ha ido llenando poco a poco de ruidos pequeños: el golpeteo de las botas de Nate en la entrada, el mugido lejano de las vacas, el roce del viento entre las ramas que se cuelan por la ventana del baño y el crujido del porche cuando me siento a leer allí las tardes de lluvia. Hay ropa tendida en el jardín, una valla que nunca terminamos de pintar y un columpio de cuerda que cuelga de una viga lateral, aunque ninguno de los dos lo use nunca. Y, sin embargo, ahí sigue como si supiera que en esta casa todo lo que no sirve también encuentra su lugar.

—Los de tapa dura juntos, los de poesía con los de ensayo no, por favor… —murmuro, mientras cojo un ejemplar especialmente grande y lo dejo con cuidado en la pila equivocada.

Me río en voz baja, sola, pero no me siento sola. Nunca he hablado tanto conmigo misma como desde que vivo aquí. A veces me contesto, otras veces me sorprendo terminando frases en alto y otras me descubro tarareando melodías que ni siquiera sé si existen, o si me las estoy inventando.

Por fin ya no soy «la forastera» en Cactus Valley, a pesar de que me crié aquí. Esa etiqueta ha empezado a caerse sola, sin que nadie lo diga en voz alta. Ahora soy la que trabaja en la biblioteca del pueblo, la que lleva pasteles al comité, aunque se le quemen por abajo, la que se enreda en conversaciones en la panadería, porque aún no se acostumbra a que aquí todo el mundo se saluda como si fueran de la familia. Me siguen llamando «la de los libros» o «la que regresó después de tantos años», pero ahora lo hacen con una media sonrisa y no con ese gesto de sospecha que antes me encogía los hombros sin querer.

Lo más raro es que yo tampoco me imagino ya en otro sitio. Tampoco pienso en irme. Ahora ya no tengo un pie fuera, ni una maleta en el armario, ni una excusa a medio pensar. Ya no tengo miedo de hacer planes, porque ya los estoy haciendo.

Me estiro despacio, giro el cuello hacia un lado y escucho cómo suenan mis vértebras. Me dejo caer de espaldas sobre la alfombra, con un libro abierto sobre el vientre y los ojos fijos en el techo. Cierro los párpados un momento y escucho los ruidos que hay

a mi alrededor. La casa no está en silencio, porque está viva y late, como yo.

Un instante después, el crujido de la tarima vieja me llega antes que su sombra. Es un sonido reconocible, de esos que se te quedan dentro, como una canción que no quieres dejar de tararear. No necesito abrir los ojos para saber que es él. No me hace falta confirmar nada, porque el suelo lo ha dicho todo. Levanto la cabeza desde donde estoy, y me incorporo entre libros apilados, con las piernas cruzadas sobre la alfombra que huele a mimbre y a polvo de historias bien leídas. Me apoyo un poco en el brazo y lo miro. Nate está de pie en el umbral de la puerta, con el sombrero ladeado sobre la frente, las botas cubiertas de tierra seca y el resto de su cuerpo al descubierto.

La escena, por absurda que parezca, no me arranca una risa, sino algo más parecido a un suspiro. A esa punzada suave en el vientre que mezcla deseo y ternura. Se apoya en el marco con un brazo, sin moverse y con los ojos clavados en mí. La expresión entre pícara y serena, como si esto fuera un ritual ensayado mil veces y, sin embargo, cada vez distinto y, también, mejor.

No digo nada al principio solo recorro su cuerpo con la mirada con lentitud, desde las botas hasta los ojos y me detengo justo en esa media sonrisa que me enloquece por completo.

—¿Se ha perdido algún caballo… o vienes a darme otro motivo para desordenarlo todo otra vez? —pregunto, sin alterar el tono ni el ritmo de mi voz, como si lo que tuviera delante no fuera una escena de esas que te dejan sin aire.

Él no responde con palabras, solo se acerca hasta mí despacio. Cuando llega a mi altura, no se agacha de inmediato. Me observa desde arriba y después, como quien interrumpe un pensamiento porque ya no puede esperar más, se inclina, coge uno de los libros de las manos y lo deja caer al suelo sin brusquedad, pero con intención.

—Espero que no tengas pensado hacer esto cada vez que te aburras —le digo, sin apartar la mirada.

Él se encoge de hombros, aunque su expresión no tiene nada de inocente.

—No estoy aburrido. Estoy muy ocupado queriendo follarme a la bibliotecaria.

La carcajada se me escapa sin permiso. No son sus palabras lo que me sacude, sino su forma de decirlas. Su tono bajo y ronco, con esa mezcla exacta de provocación y devoción que solo él sabe usar conmigo. Me lanzo sobre él sin levantarme del todo. Le agarro la nuca y le muerdo el labio inferior con una sonrisa torpe. Él me besa con ansía y nos reímos entre dientes. Rodamos sobre la alfombra y mi vestido se sube sin que me importe. Él me aparta los mechones de la cara con torpeza. Me suelta la coleta y me libera el pelo. Me besa los párpados. Me lame la clavícula y me atrapa con las piernas y con las manos.

Entre libros abiertos, estanterías llenas y el eco de nuestras respiraciones, me dejo ir. Me dejo amar como si esta fuera la primera vez y también la última. Como si esta casa, esta tarde y esta piel fuera el sitio al que he estado regresando siempre.

Él me arranca una risa sin querer, justo cuando me aprieta contra su pecho y murmura algo ininteligible y entonces pienso en medio del beso con el cuerpo encajado con el suyo y en medio del caos de nuestros nombres pronunciados entre jadeos, que empecé fingiendo estar enamorada y ahora, en cambio, no puedo imaginar un solo día sin él.

Recuerdo que me juré que no volvería a dejarme arrastrar por nadie y, sin embargo, aquí estoy en el suelo, con la espalda llena de marcas de alfombra, el alma ligera y libre como nunca lo he sido.

«No beses al cowboy», me decían.

Pero nadie me advirtió que cuando lo haces… ya no puedes parar.

Nota de la autora

Querida lectora (sí, tú, la que está ahí con el corazón todavía un poco desordenado y el flequillo revuelto de tanto suspirar por un cowboy que ni existe... o sí),

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las GRACIAS. En mayúsculas y con abrazo incluido. Gracias por confiar en esta historia, por dejarte llevar por los vaivenes de Emma y Nate, por reír, enfadarte, emocionarte, y, sobre todo, por seguir leyendo cuando quizá tenías mil cosas más que hacer.

Esta novela es muy especial para mí. Es la primera de una serie de comedias románticas que espero que te hagan sonreír, morderte el labio y suspirar sin remedio. La he escrito con todo el cariño, con toda la emoción y con todos los cafés que caben en una historia así.

Si te ha gustado —o incluso si no, pero te ha removido algo por dentro—, te agradecería muchísimo que hablaras de ella. En tus redes sociales, en tu grupo de amigas o en una comida familiar, donde te pregunten qué estás leyendo mientras tú piensas en vaqueros sin camiseta. ¡Recomiéndala! Y si te animas a dejar una opinión sincera en Amazon, te lo agradeceré infinito, porque así me ayudas muchísimo a que otras lectoras encuentren esta historia… y a que yo pueda seguir escribiendo las siguientes.

Ojalá este libro te haya hecho sentir y vuelvas a por otra más de mis novelas.

Con cariño, risas y muchas ganas de seguir creando historias para ti,
Valerie Nash

Mis otras novelas

Además de *No beses al cowboy*, también he publicado *Un cowboy bajo la nieve*. Te invito a descubrir esta historia y, para que te animes a conocerla, te dejo las primeras páginas para que puedas leerlas:

Un *cowboy* bajo la nieve

Serie *Cowboys* de Colorado, 1

Prólogo

Clara

La cafetería está llena, como de costumbre a estas horas. El tintineo de las cucharillas contra las tazas se mezcla con el murmullo de conversaciones cruzadas. Un grupo de turistas se agolpa junto a la barra, señalando los pasteles tras el cristal, mientras una camarera intenta explicarles en un inglés atropellado qué es cada uno. A mi alrededor, parejas, amigos y solitarios ocupan cada mesa, algunos enfrascados en sus móviles y otros en debates apasionados.

Afuera, Madrid ya se ha vestido de Navidad, aunque el calendario diga otra cosa. Faltan casi dos meses para Nochebuena, pero las luces adornan las calles como si mañana fuese 24 de diciembre. Desde mi rincón junto a la ventana, veo a un hombre disfrazado de Papá Noel, repartiendo

folletos frente a una tienda de electrodomésticos. El sonido de los villancicos llega amortiguado hasta aquí, mezclándose con el bullicio del tráfico.

Llevo casi una hora sentada en esta mesa, con la misma taza de café enfriándose entre mis manos. Frente a mí, un sobre. No lo abro, no porque no sepa lo que contiene, sino porque el peso de las decisiones pendientes que contiene me oprime el pecho.

El sobre no tiene nada especial. Es de esos blancos con bordes azulados que usan las gestorías y los despachos de abogados. Sin embargo, su contenido es cualquier cosa menos rutinario. Cuando lo recibí hace una semana, pensé que era un error. Pero el nombre en la carta no dejaba lugar a dudas: Clara Montoro. Yo.

Una herencia. Un rancho en Colorado.

Mis labios se curvan en una sonrisa irónica. Si esto fuese una película, ahora sería el momento en que el protagonista se lanza a la aventura y descubre que la vida tiene giros inesperados que la llevan a la felicidad. Pero no estamos en una película, y lo único que siento es una mezcla de incredulidad y algo que no puedo definir, porque no tengo ni idea de lo que es.

Mis dedos rozan el sobre mientras mis pensamientos vagan. Mi abuelo materno, un hombre al que apenas conocí, decidió dejarme su rancho al otro lado del Atlántico. Silver Pines, lo llaman. Un nombre bonito, aunque vete tú a saber lo que significa en realidad. Para mí, ese hombre siempre

fue una sombra, alguien que abandonó a mi abuela y a mi madre cuando más lo necesitaban.

Mi madre nunca quiso hablar de él. Cuando le preguntaba, se limitaba a sacudir la cabeza y cambiar de tema. «No vale la pena remover el pasado», solía decir, pero la tensión en su voz siempre la traicionaba. Mi abuela era menos discreta. «Era un egoísta», decía con amargura, «un hombre que puso sus sueños por encima de su familia».

Cierro los ojos y respiro hondo. El problema es que ahora ese *egoísta* me ha dejado su rancho. Una propiedad en medio de Colorado, un lugar que apenas puedo situar en el mapa, y que ahora está a mi nombre.

El café ya está frío, pero le doy un sorbo de todas formas. Necesito algo que me despierte,

aunque sea el sabor amargo de este espresso olvidado. Miro de nuevo por la ventana. La Navidad temprana inunda las calles con un brillo que parece forzado. Madrid nunca se detiene, siempre está en movimiento, siempre avanzando, y yo me siento estancada.

Hace meses que mi negocio de decoración de interiores quedó reducido a cenizas. Todo empezó como un sueño: mi pequeño estudio, mis clientes fieles, proyectos que llenaban mis días y mi cuenta bancaria. Pero entonces llegó ese cliente, uno que prometía ser mi gran oportunidad. Invertí tiempo, dinero y energía en su proyecto, solo para descubrir, demasiado tarde, que había desaparecido dejándome con una factura de miles de euros por pagar.

El fracaso dejó una marca en mí. Desde entonces, he estado sobreviviendo a base de trabajos pequeños y un orgullo maltrecho. Y como si eso no fuese suficiente, mi vida sentimental decidió añadir un toque extra de dramatismo al guion.

La imagen de Jaime besando a su secretaria en el despacho se graba en mi mente con una nitidez que preferiría no tener. No fue solo el acto en sí, sino la humillación, la traición que convirtió a mi relación en un cliché de novela barata.

«Perdóname, Clara. Fue un error». Esa fue su defensa. Un error. Como si todo se pudiera resumir en una palabra tan vacía. Sacudo la cabeza, apartando ese recuerdo. No merece más espacio en mi día. Lo que importa ahora está frente a mí, en este sobre. Aunque también podría quedarme en

Madrid y aceptar la oferta de trabajo de un antiguo cliente que insiste en que mi talento no debe desperdiciarse. Lo mejor es que es una opción segura, una que me mantendría en esta ciudad que amo y odio al mismo tiempo. Pero entonces, cada esquina, cada café y cada rincón seguirían recordándome lo que perdí.

Miro el sobre una vez más y suelto un suspiro. La idea de Colorado, de ese rancho desconocido, me intriga tanto como me aterra. ¿Qué sé yo de ranchos? Nada. Absolutamente nada. Pero quizás eso sea lo que necesito: un cambio radical, algo que me saque de esta monotonía gris que me envuelve desde hace meses.

Mis dedos teclean en mi móvil antes de que pueda detenerme. «Vuelos a Denver desde

Madrid». La búsqueda arroja resultados al instante. Uno de ellos, sale mañana. No es caro… No me lo pienso demasiado y lo reservo.

El ruido de la cafetería parece desvanecerse por un instante. Afuera, las luces navideñas brillan con una intensidad que ahora parece menos artificial. Hay algo en este impulso que me da una sensación de vértigo, pero también de alivio.

Recojo mis cosas y salgo al frío de la tarde. Madrid sigue latiendo a mi alrededor: los coches, las voces, las luces y ese Papa Noel de disfraz maltrecho. Camino sin un rumbo claro, dejando que el aire frío despeje mi mente.

De vuelta en casa, abro la maleta y empiezo a meter cosas. Ropa cómoda, un par de

libros, mi portátil. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero tampoco quiero pensar demasiado en ello.

Antes de acostarme, abro el correo y repaso los documentos que me enviaron los abogados. La carta de mi abuelo está ahí, breve y directa. No hay disculpas, ni explicaciones, solo un traspaso de responsabilidades. Por alguna razón, esa frialdad me duele más de lo que esperaba, pero prefiero no darle vueltas. Así que compruebo que he puesto el despertador y silencio mi teléfono antes de ponerlo boca abajo sobre la mesita de noche.

Por la mañana, el aeropuerto bulle con una energía que no consigo compartir. Las colas interminables en los mostradores de facturación, los

anuncios constantes por megafonía y el ir y venir de pasajeros con maletas parecen formar parte de un caos organizado. Miro a mi alrededor mientras me acerco al control de seguridad, intentando encontrar algún sentido a todo este movimiento frenético. Hay familias discutiendo sobre qué puerta es la correcta, parejas abrazándose con promesas susurradas al oído, y viajeros solitarios con auriculares puestos, aislados en su propio mundo.

La fila para pasar el control es larga. Mientras avanzo a paso lento, abro mi bolso y me doy cuenta de que mis dedos encuentran el sobre antes que cualquier otra cosa. Lo saco casi sin pensar, sosteniéndolo entre mis manos como si fuese algo más que un simple conjunto de papeles. La textura áspera del papel contra mi piel es un

recordatorio constante de lo que estoy a punto de hacer.

¿Por qué no puedo dejarlo en la maleta? Lo miro y me sorprende la forma en que parece haberse convertido en un ancla y, al mismo tiempo, en un símbolo de todo lo desconocido que me espera. Paso los dedos por el borde cerrado, casi como si acariciarlo pudiera darme respuestas a las preguntas que me niego a formular.

Superado el control, camino hacia la puerta de embarque con paso lento. El ambiente no cambia. Más voces, más movimiento y más anuncios de vuelos que salen con retraso. Me detengo frente a una pequeña cafetería, pero descarto la idea de pedir algo. El nudo que siento en mi estómago hace imposible que piense en comida.

Finalmente, me siento en una de las incómodas sillas de plástico de la sala de espera. Frente a mí, una familia con dos niños pequeños intenta mantenerlos entretenidos. Ellos juegan con coches de juguete mientras los padres comparten una mirada exasperada. Me pregunto si ese tipo de rutina frenética es lo que me espera si decido quedarme en Madrid y aceptar la oferta de trabajo. Un día tras otro lleno de obligaciones previsibles, donde cada decisión ya está tomada antes incluso de que llegue el momento.

Miro el panel que anuncia mi vuelo y siento un cosquilleo de ansiedad cuando veo que faltan apenas treinta minutos para el embarque. Mi mano derecha sigue sosteniendo el sobre, y me doy

cuenta de que lo he apretado tanto que las esquinas se han marcado en mis dedos.

Un aviso por megafonía anuncia que podemos embarcar, y mi cuerpo responde antes de que mi mente lo procese del todo. Me levanto, me ajusto el bolso al hombro y me dirijo hacia la fila que empieza a formarse. El sobre, ahora arrugado, permanece firme en mi mano, como si deshacerme de él no fuera una opción.

Dentro del avión, busco mi asiento junto a la ventanilla y coloco el bolso debajo del asiento delantero. El sobre sigue conmigo, como si temiera que, de dejarlo fuera de mi alcance, toda esta decisión se desmoronase. Me acomodo en la estrecha butaca y cierro el cinturón alrededor de mi

cuerpo con un clic que parece más definitivo de lo que debería.

Cuando el avión comienza a moverse por la pista, miro por la pequeña ventanilla. Madrid, mi hogar desde siempre, se extiende bajo un cielo gris. Las luces navideñas que tanto esfuerzo había puesto en ignorar ahora parecen difusas, como si el avión ya estuviera borrando mi conexión con ellas.

El rugido de los motores llena el espacio, y mi estómago se retuerce al sentir el empuje del despegue. A medida que el avión se eleva, la ciudad empieza a desaparecer, sustituida por un manto de nubes blancas que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Apoyo la cabeza contra el cristal frío y dejo que un suspiro escape de mis labios. Por

primera vez en días, el constante murmullo de dudas en mi cabeza parece acallarse. La sensación de vértigo sigue ahí, pero también hay algo más: una calma inesperada, como si al abandonar el suelo hubiese soltado parte del peso que me arrastraba hacia abajo.

No miro hacia adelante con claridad, pero tampoco siento la necesidad de hacerlo. El futuro sigue siendo incierto, un terreno que no puedo controlar ni prever. Y, sin embargo, aquí estoy, volando hacia lo desconocido, con un sobre en la mano y una mezcla de miedo y esperanza que no consigo definir.

Cierro los ojos mientras las palabras de mi abuelo, esas que he leído tantas veces en su carta, regresan a mi mente: «Silver Pines es tuyo

ahora, Clara. Haz con él lo que creas mejor». No sé lo que eso significa aún, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que quiero descubrirlo.

Capítulo 1

Clara

El avión toca tierra con un leve temblor que sacude mi estómago, aunque no estoy segura de si es por el aterrizaje o por los nervios que llevo acumulando desde que salí de Madrid. A través de la pequeña ventanilla, Denver aparece cubierta por una capa de nieve que parece no tener fin. Blancura inmaculada, árboles desnudos y un cielo gris que presiona el horizonte como una losa de cemento.

El frío me da la bienvenida nada más cruzar las puertas del aeropuerto. Es un aire seco que corta la piel y parece atravesar incluso el abrigo más grueso. Cargo con mi maleta hasta el mostrador de alquiler de coches, intentando recordar si alguna vez había sentido un frío tan intenso. La respuesta es no.

—¿Primera vez en Denver? —me pregunta la mujer que atiende el mostrador.

Asiento con una sonrisa educada mientras le paso mi carné de conducir, esperando que lo acepte. No tengo ganas de charla, no después de diez horas de vuelo y un cruce de miradas hostiles con el oficial de aduanas que parecía convencido de que iba a traficar con algo.

—Va a conducir hasta Snowridge —dice más como una afirmación que como una pregunta mientras teclea algo en el ordenador—. Tenga cuidado con las carreteras. Dicen que habrá tormenta de nieve esta noche.

«Genial», pienso mientras guardo las llaves del coche en el bolso. No sabía que llegar hasta Silver Pines implicaba aventurarse en medio de una tormenta de nieve. Pero ya estoy aquí, y volver atrás no es una opción.

La carretera parece interminable, un camino que serpentea entre montañas cubiertas de nieve y bosques que se extienden hasta donde alcanza la vista. El paisaje tiene algo de hipnótico, casi surrealista, como si hubiese sido creado por un artista con predilección por el blanco y el gris.

Aunque intento concentrarme en la carretera, mi mente divaga constantemente hacia lo que me espera al final del trayecto.

Cuando el GPS anuncia que he llegado, lo primero que noto es el silencio. No hay coches, ni voces, ni siquiera el murmullo de ramas agitadas por el viento. Solo el crujido de mis botas al pisar la nieve mientras me acerco a la casa principal.

La tormenta ya ha empezado, aunque de momento solo son ráfagas de viento que levantan pequeños torbellinos de nieve alrededor de los árboles. La casa está ahí, frente a mí, como un gigante dormido cubierto por un manto de polvo y abandono. Es hermosa, no puedo negarlo. Con sus vigas de madera oscura y su porche amplio, parece sacada de un catálogo navideño. Pero el descuido es

evidente: la pintura está desconchada, el porche cruje bajo mis pies y las ventanas parecen haber perdido su brillo hace décadas.

—Desde luego, tú y yo no tenemos nada en común —murmuro mientras observo la casa con ojos de decoradora. Mi abuelo, al parecer, no compartía mi obsesión por los detalles.

Con un suspiro, me acerco al porche y trato de abrir la puerta principal. El pomo está helado, tanto que me duele al tocarlo con los dedos desnudos. Intento girarlo, pero está atascado. Lo intento de nuevo, esta vez con más fuerza, pero no hay manera. Frustrada, miro a mi alrededor buscando algo con lo que romper la capa de hielo que parece sellar la cerradura.

Finalmente, después de lo que parecen siglos, consigo abrir la puerta con un empujón que me hace perder el equilibrio. Entro tambaleándome en un espacio oscuro y helado, y lo primero que noto es el olor: una mezcla de polvo, madera vieja y abandono.

—Genial, Clara. Bienvenida a Silver Pines.

Dejo mi maleta junto a la puerta y busco algo para iluminar la estancia. Encuentro una lámpara de queroseno sobre una mesa, y después de varios intentos logro encenderla. La luz es tenue, apenas suficiente para revelar un salón amplio con muebles cubiertos por sábanas y un suelo de madera que cruje bajo mis pies.

No tengo tiempo de explorar más. Un golpe fuerte en la puerta me hace dar un salto y casi dejar caer la lámpara. El sonido se repite, esta vez más insistente, y mi corazón empieza a latir con fuerza. ¿Quién puede ser? ¿Un vecino? ¿Alguien perdido? O quizás... alguien con intenciones menos amables. Respiro hondo, intentando calmarme, y camino hacia la puerta con pasos vacilantes. La abro con cautela, esperando encontrarme con una cara amable. Lo que veo en su lugar es un hombre. Un hombre alto, con botas cubiertas de nieve, un sombrero de vaquero inclinado sobre el rostro y una expresión que podría congelar incluso la tormenta que ruge afuera.

—¿Tú quién eres? —pregunta sin preámbulos. Su voz es grave y con un deje que

delata su origen local.

—Yo... Soy Clara Montoro. La nueva dueña de Silver Pines —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento.

El hombre me observa de arriba abajo, como si estuviese evaluando si soy real o algún tipo de broma. Finalmente, entra sin esperar a que le invite, dejando un rastro de nieve en el suelo tras él.

—Luke Callahan. Encargado del rancho —dice, cerrando la puerta de un portazo que resuena en toda la casa.

—Ah, claro. Encantada.

Mi intento de ser cordial no parece impresionar a Luke, que se quita el sombrero y lo sacude antes de mirarme con los ojos entrecerrados.

—Así que eres la nieta del viejo Henry.

—No lo dice como una pregunta, sino más bien como una acusación.

—Sí, eso parece.

—No pareces el tipo de persona que sabe manejar un rancho.

Su comentario me pilla desprevenida, pero en lugar de enfadarme, me cruzo de brazos y lo miro directamente a los ojos.

—Y tú no pareces del tipo de persona que sabe tratar con gente.

Por un instante, parece sorprendido por mi respuesta, pero esa sorpresa se desvanece rápidamente, reemplazada por una media sonrisa que no logro descifrar.

—Bueno, al menos sabes hablar inglés. Pensé que tendría que explicarte todo con dibujitos.

Sus palabras me irritan, pero decido no darle el gusto de mostrarlo.

—Qué considerado por tu parte.

Luke da un paso hacia mí, y de repente la sala parece mucho más pequeña. Su presencia es imponente, casi intimidante, pero hay algo en su mirada que me intriga tanto como me molesta.

—No durarás aquí más de dos días.

Su declaración, tan directa como todo lo demás que ha dicho, me enciende.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Y con eso, se pone el sombrero de nuevo y se dirige a la puerta. No me da tiempo a

responder antes de que desaparezca en la tormenta, dejando tras de sí un silencio que parece aún más pesado que antes.

Me quedo en el salón, temblando de frío y de furia.

—Pues ya veremos, Luke Callahan. Ya veremos.

Capítulo 2

Luke

El viento ruge alrededor del granero con una furia que parece desafiar todo a su paso. Su aullido se cuela entre las grietas de la madera y choca con las puertas como si intentara derribarlas. Afuera, la nieve cae con una intensidad abrumadora,

convirtiendo el paisaje en una extensión infinita de blanco que borra cualquier rastro de color o vida. Cada copo se une al siguiente, cubriendo todo con una capa gruesa que pesa sobre los árboles, los tejados y hasta sobre los viejos cercados que delimitan las praderas. Es un espectáculo tan bello como hostil, una muestra de lo que este lugar puede ofrecer: grandeza y crudeza en partes iguales.

Dentro, el contraste es palpable. Aunque el aire sigue siendo frío, el aliento cálido de los caballos crea una atmósfera más llevadera. El olor a heno seco y a madera vieja llena el espacio, envolviéndome en una sensación de familiaridad que no encuentro en ningún otro lugar. Este granero no es solo un refugio para los animales, es también un recordatorio constante de lo que significa trabajar

para mantener algo vivo, algo que tiene raíces más profundas que las de cualquier árbol que rodee Silver Pines.

Mientras ajusto una manta sobre el lomo de uno de los caballos, mis manos se mueven casi por instinto, revisando cada detalle como he hecho miles de veces. Es un trabajo que nunca acaba, pero no lo cambiaría por nada. Cada hebilla que cierro y cada cerrojo que refuerzo me recuerda que este lugar es más que un simple rancho. Es mi hogar. No es perfecto, ni mucho menos. Las paredes tienen cicatrices de tormentas pasadas, los establos necesitan reparaciones constantes y siempre hay algo que hacer, pero cada imperfección lleva la huella de mi padre y de cada sacrificio que hizo para mantener Silver Pines en pie.

Todo aquí tiene un significado. El crujido de las tablas bajo mis botas, el sonido rítmico de los caballos al mover sus patas sobre el suelo cubierto de paja e incluso las corrientes de aire, que se cuelan por las rendijas, son parte de algo más grande, algo que llevo en las venas. Este rancho no es solo tierra o madera, es la suma de recuerdos, trabajo duro y las horas interminables que he invertido en él desde que me dejó a cargo. Aquí no hay nada que no haya ganado con esfuerzo, y por eso todo me pertenece de una forma que nadie podría entender.

No me gusta el cambio. Nunca me ha gustado. Cambiar significa arriesgarse, abrir la puerta a lo

desconocido, y en mi experiencia, lo desconocido siempre acaba siendo un desastre. Es por eso que, cuando esa mujer apareció en la puerta esta tarde, mi primera reacción fue querer largarme. Clara Montoro, la nieta del viejo Henry, una completa extraña que ahora se supone que manda aquí.

Ajusto el cierre de una de las puertas del establo, que el viento no para de sacudir, y maldigo en voz baja. Henry nunca fue un santo, pero al menos entendía lo que significaba Silver Pines. Sabía lo que costaba mantenerlo. Y ahora, se lo deja a una mujer que parece más preparada para posar en una revista, que para limpiar estiércol o soportar un invierno aquí.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella en el salón. Es menuda, aunque

camina como si fuese más alta, con un aire de ciudad que se ve a la legua. Todo en ella grita que no pertenece a este lugar: su ropa impecable, su piel pálida y, sobre todo, esa forma de mirarme, como si ya me hubiera catalogado.

«Soy Clara Montoro. La nueva dueña de Silver Pines». Sus palabras aún resuenan en mi cabeza, tan seguras como si ella tuviera alguna idea de lo que significa ser dueña de este sitio.

—¿Qué sabrás tú de Silver Pines? —murmuro mientras reviso la cerradura de uno de los corrales.

Desde la ventana del granero, puedo ver la casa principal, una sombra oscura entre la nieve. Las luces de dentro apenas iluminan los alrededores, pero algo me llama la atención: la figura de Clara,

luchando con la puerta del porche que el viento parece decidido a arrancar de sus goznes.

No puedo evitar observarla durante unos segundos. Lleva una chaqueta que claramente no está hecha para este tipo de clima y sus movimientos son torpes, como si no supiera por dónde empezar. Me cruzo de brazos y la miro desde la distancia, dejando que una sonrisa amarga se asome a mis labios.

—Mira tú qué sorpresa —murmuro—. La niña de ciudad no sabe cerrar una puerta.

Sin embargo, hay algo en su expresión que me detiene. A pesar de su torpeza, sigue intentando cerrar la puerta, luchando contra el viento que casi la tira al suelo. Se agacha, tira, empuja, y

aunque cada movimiento parece más inútil que el anterior, no se rinde.

Resoplo y aparto la mirada, volviendo a centrarme en mi trabajo. Es inútil pensar en eso. Por mucho que pueda admirar su... empeño, eso no cambia el hecho de que ella es un peligro para este lugar.

He visto lo que pasa cuando alguien que no entiende Silver Pines intenta meter mano en él. Una decisión equivocada, una venta apresurada, y este rancho podría terminar siendo un complejo turístico o una urbanización de lujo. Todo por un puñado de dólares que probablemente ni necesite.

Los caballos relinchan suavemente, inquietos por la tormenta. Camino entre ellos, dándoles unas palmadas en los flancos y revisando

que tengan suficiente agua y comida. Maverick, el viejo caballo que fue de mi padre, levanta la cabeza y me mira con esos ojos tranquilos que siempre parecen saber más de lo que debería saber un animal.

—No te preocupes, chico. Aquí no cambiará nada. No lo permitiré.

Sin embargo, la imagen de Clara vuelve a mi mente sin quererlo. Recuerdo cómo me ha respondido antes, con esa mirada desafiante y no me invade una sensación de respeto mezclada con irritación. ¿Cómo una mujer que parece tan fuera de lugar puede tener ese carácter?

Me acerco a la ventana del granero otra vez, más por impulso que por curiosidad, y la veo sentarse en los escalones del porche después de

finalmente lograr cerrar la puerta. Su cabello está despeinado por el viento, y parece estar hablando consigo misma mientras frota sus manos contra sus piernas, intentando entrar en calor.

Una parte de mí quiere ignorarla, seguir con lo mío y dejar que descubra por su cuenta lo duro que es este lugar. Pero otra parte, una que no quiero admitir que existe, siente un leve tirón de algo que podría ser simpatía.

—Tiene agallas, eso no se puede negar.

Maverick resopla detrás de mí, como si estuviera comentando lo que acabo de murmurar y suelto un suspiro. No significa nada. Tener agallas no es suficiente para sobrevivir aquí y mucho menos para dirigir un rancho como Silver Pines.

Recojo mis herramientas y me aseguro de que todo está en su lugar antes de cerrar el granero. Afuera, el viento corta como una navaja y el frío se mete por el cuello de mi chaqueta. Mientras camino de vuelta a la casa principal, siento el peso de todo lo que podría salir mal con esta mujer aquí.

Antes de entrar, echo un último vistazo a las montañas que rodean el rancho. A pesar de la tormenta, hay una belleza en ellas que nunca deja de impresionarme. Este lugar es más que un pedazo de tierra; es mi vida, mi refugio y no pienso dejar que nadie lo arruine.

Subo los escalones del porche y me detengo al ver la luz de la sala principal encendida. Clara sigue ahí, probablemente pensando que ha ganado la primera batalla. Pero esto no es una

batalla, es una guerra, y yo pienso ganar. Mientras abro la puerta y el calor de la casa me envuelve, una única certeza cruza mi mente: puede que Clara Montoro tenga más agallas de las que aparenta, pero eso no significa que vaya a quedarse.

Capítulo 3

Clara

Al despertar, parece que el mundo entero ha decidido transformarse. Donde anoche había un vendaval furioso que hacía vibrar las ventanas y el rugido del viento llenaba cada rincón de la casa, ahora solo hay un silencio absoluto. Me acerco a la ventana del dormitorio, donde los cristales están empañados por el contraste entre el calor de la casa y el frío que reina fuera. Limpio un pequeño círculo con la palma

de la mano y descubro un paisaje que parece sacado de una postal invernal: todo está cubierto por un manto blanco que brilla con una pureza casi irreal. La nieve ha borrado cualquier rastro de huellas o de vida y ha creado una extensión inmaculada que se pierde en el horizonte.

Decido salir al porche y sentir el aire fresco en mi rostro, aunque sé que es una decisión poco sensata con el abrigo tan ligero que llevo. En cuanto abro la puerta, un frío seco y cortante me recibe, obligándome a ajustar el cuello del abrigo alrededor de mi garganta. Respiro hondo y el aire helado se cuela en mis pulmones, dejándome una sensación punzante, como si miles de agujas invisibles se clavaran en mi pecho.

La tormenta se ha llevado consigo no solo el ruido, sino también cualquier indicio de caos. Todo parece suspendido, inmóvil, como si el tiempo hubiera decidido detenerse para contemplar la belleza de este instante. Los árboles que rodean la casa están cubiertos de nieve, sus ramas desnudas sostienen pequeños montículos blancos que parecen demasiado frágiles para permanecer allí. Los cercados del rancho, que anoche parecían tambalearse bajo el embate del viento, ahora están firmes y decorados con una capa de nieve que se acumula sobre la madera desgastada.

Me detengo en el borde del porche, con las manos metidas en los bolsillos, y dejo que mis ojos se pierdan en las montañas que se alzan a lo lejos. Su imponente silueta se dibuja contra un cielo

claro pero opaco, un gris uniforme que refleja la blancura del paisaje. El viento de la noche anterior, que parecía querer arrancar la casa de sus cimientos, ahora solo es un susurro lejano, como un recuerdo que se desvanece.

A pesar del frío que se filtra a través de mi ropa, me quedo unos minutos más, absorbiendo cada detalle de esta escena. Hay algo profundamente tranquilizador en este silencio, en este instante donde todo parece estar en equilibrio. Pero también hay algo inquietante, como si la nieve hubiese enterrado no solo el caos, sino también cualquier rastro de vida.

Luke aparece desde el granero, caminando con pasos firmes que dejan huellas profundas en la nieve. Su chaqueta de cuero parece

diseñada para resistir cualquier inclemencia, y su sombrero proyecta una sombra que oculta parte de su expresión. Lleva una cuerda en la mano, y detrás de él camina un caballo marrón, enorme y robusto, con la melena despeinada por el viento.

—Espero que estés lista —dice sin preámbulos, deteniéndose frente a mí.

—¿Lista para qué? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

Luke alza una ceja y hace un gesto hacia el caballo.

—Silver Pines no se gestiona desde un despacho ni con papeles. Vas a aprender a montar.

Intento no mostrar mi sorpresa. No esperaba que empezara tan pronto con esta especie de *entrenamiento de supervivencia*, pero tampoco

voy a darle la satisfacción de parecer que su propuesta me ha intimidado.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

Luke me observa de arriba abajo, deteniéndose en mis botas, claramente inapropiadas para el terreno, y en mi abrigo, más elegante que funcional. Niega con la cabeza.

—Primero, intentar no caerte.

El sarcasmo en su voz me irrita, pero no le respondo. En su lugar, me acerco al caballo, intentando recordar alguna de las pocas veces que he visto montar a alguien. Extiendo una mano hacia el animal, que gira su enorme cabeza para mirarme. Sus ojos oscuros me observan con una mezcla de curiosidad y paciencia, y de repente me siento como

una niña pequeña intentando impresionar a un adulto que sabe que no va a conseguirlo.

—Se llama Rusty —dice Luke, colocándose a mi lado—. No muerde, pero tampoco le gustan los movimientos bruscos.

Rusty mueve una oreja en mi dirección, y aprovecho para acariciarle el hocico. Su piel es áspera y cálida bajo mis dedos, y eso me da un poco de confianza.

—Bien, ahora pon un pie en el estribo y súbete. Yo sostendré las riendas.

Respiro hondo y hago lo que me dice, aunque no es tan fácil como parece. La silla de montar está más alta de lo que imaginaba, y mis intentos de impulsarme son torpes y poco elegantes. Luke no dice nada, pero siento su mirada fija en mí,

cargada de ese juicio silencioso que empieza a ser habitual.

—Vamos, no tenemos todo el día —gruñe al cabo de un rato.

Frustrada, hago un esfuerzo mayor y, con algo de suerte, consigo subir. El mundo desde aquí arriba parece diferente, más inestable. Rusty se mueve ligeramente, y yo me agarro con fuerza a las riendas, como si mi vida dependiera de ello.

—No tires tan fuerte —dice Luke, poniéndose delante de mí—. No es un coche, no necesitas controlar cada movimiento. Relájate.

—¿Relajarme? —respondo, sin poder evitar la ironía—. Estoy a punto de caerme, y tú me dices que me relaje.

Luke suspira y da un paso atrás, cruzándose de brazos.

—Si te caes, te levantas. Así es como se aprende.

La indiferencia en su tono me enfurece, pero no respondo. Intento seguir sus instrucciones mientras Rusty da sus primeros pasos. El movimiento del animal es más fluido de lo que esperaba, aunque sigue siendo extraño. Mis piernas parecen no encontrar la posición adecuada, y siento que me tambaleo con cada paso del caballo.

—Endereza la espalda —ordena Luke desde el suelo, caminando junto a nosotros—. Si sigues encorvada, Rusty pensará que no sabes lo que haces.

—No sé lo que hago —murmuro, pero enderezo la espalda de todos modos.

Los minutos pasan y, aunque sigo sintiéndome como una marioneta mal manejada, empiezo a entender el ritmo del movimiento del animal. Luke me da indicaciones con su voz firme, corrigiendo cada pequeño error con una paciencia que no sabía que tenía.

—Muy bien, ahora tira ligeramente de las riendas para que se detenga.

Obedezco y, para mi sorpresa, Rusty se detiene. Me giro hacia Luke con una pequeña sonrisa de triunfo, pero él solo asiente.

—No está mal para ser tu primer día.

Antes de que pueda responder, Rusty se mueve de nuevo, esta vez sin previo aviso. Intento

sujetarme, pero pierdo el equilibrio y, en un segundo, estoy en el suelo. La nieve amortigua la caída, pero el golpe es suficiente para dejarme sin aliento.

—¿Estás bien? —Luke se acerca rápidamente con una expresión en su cara más seria de lo habitual.

—Sí, creo que sí —respondo, aunque me siento más humillada que otra cosa.

Luke me ofrece una mano y, aunque mi orgullo me dice que no la acepte, la tomo. Su agarre es firme y cuando me levanta, nuestros ojos se encuentran por un breve instante. Hay algo en su mirada que no consigo identificar, quizás una mezcla de irritación y... ¿preocupación?

—Te lo dije —dice finalmente, rompiendo el momento—. Te levantas y vuelves a

intentarlo.

—Eso haré —le respondo tratando de no mostrar el más mínimo fastidio.

Rusty me mira desde su posición, como si estuviera evaluando si merezco una segunda oportunidad. Decidida a no rendirme, me acerco de nuevo al caballo y, esta vez, subo con menos torpeza. La lección continúa y, aunque me caigo una vez más, consigo terminar montando sin perder el equilibrio. Al final, cuando Luke me ayuda a desmontar, hay una ligera curva en sus labios, casi una sonrisa.

—No lo has hecho tan mal —dice, y su voz tiene un tono más suave que antes.

—¿Eso es un cumplido? —pregunto, arqueando una ceja.

—No te emociones.

Mientras camino de vuelta a la casa, siento su mirada en mi espalda. Es una sensación extraña, pero en lugar de incomodarme, me da fuerzas. Puede que Luke Callahan piense que no soy capaz, pero voy a demostrarle que se equivoca. Silver Pines puede que no sea mi hogar todavía, pero pienso ganarme el derecho a llamarlo así.

Puedes seguir leyendo aquí.